

LA BUENA NOTICIA DE JESÚS

CICLO A

JOSÉ ANTONIO
PAGOLA



LA BUENA NOTICIA DE JESÚS CICLO A

José Antonio Pagola



PRESENTACIÓN

Esta publicación se titula *La Buena Noticia de Jesús* y consta de tres pequeños volúmenes dedicados a comentar brevemente los textos evangélicos que se leerán sucesivamente en las comunidades cristianas durante los ciclos A, B y C. Fue precisamente Marcos, el primer evangelista que recogió el mensaje y la actuación de Jesús, quien no encontró un título más adecuado para su pequeño escrito que este: «Buena Noticia de Jesucristo».

Es fácil entender por qué la gente de Galilea sentía a Jesús como «Buena Noticia». Lo que Jesús les dice les hace bien: les quita el miedo a Dios, les hace sentir su misericordia, les ayuda a vivir con confianza, alentados y perdonados por el Padre de todos. Por otra parte, la manera de ser de Jesús es algo bueno para todos: Jesús acoge a todos, se acerca a los más olvidados, abraza a los más pequeños, bendice a los enfermos, se fija en los últimos. Toda su actuación introduce en la vida de las personas algo bueno: salud, perdón, verdad, fuerza para vivir, esperanza. ¡Es una buena noticia encontrarnos con Jesús!

¿Cómo encontrarnos cada domingo con él y descubrirlo como «Buena Noticia»? Los cristianos decimos cosas admirables de Jesús: en él está la «salvación» de la humanidad, la «redención» del mundo, la «liberación definitiva» del ser humano... Todo esto es cierto, pero no basta. No es lo mismo exponer verdades cuyo contenido es teóricamente bueno para el mundo que hacer que los hombres y mujeres de hoy puedan experimentar a Jesús como algo «nuevo» y «bueno» en su propia vida.

Por eso los comentarios que ofrezco a las comunidades cristianas están redactados desde estas claves básicas: destaco la Buena Noticia de Dios anunciada por Jesús, fuente inagotable de vida, de misericordia y perdón; sugiero caminos para seguir a Jesús aprendiendo a vivir hoy su estilo de vida y sus actitudes; ofrezco sugerencias para impulsar la renovación de las comunidades cristianas escuchando las llamadas del papa Francisco; recuerdo las llamadas de Jesús a abrir caminos al proyecto humanizador del reino de Dios y su justicia; invito a vivir estos tiempos de crisis e incertidumbre arraigados en la esperanza en Cristo resucitado.

Al ofrecer estos comentarios pienso sobre todo en las parroquias y comunidades cristianas, necesitadas de aliento y de nuevo vigor espiritual. Deseo que pueda llegar hasta ellas la invitación del papa Francisco a «volver a la

fuelle para recuperar la frescura original del Evangelio». Como he dicho en alguna otra ocasión, quiero recuperar la Buena Noticia de Jesús para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Quiero que conozcan un Jesús vivo y concreto. Con un mensaje claro en sus labios: el amor inmenso de un Dios Padre que quiere una vida más digna y dichosa para todos. Con un proyecto bien definido: humanizar el mundo implantando el reino de Dios y su justicia. Con una predilección muy concreta en su corazón: los últimos, los indefensos, las mujeres, los oprimidos por los poderosos, los olvidados por la religión... Sé que, para muchos, Jesús puede ser la mejor noticia.

Este volumen dedicado al ciclo A contiene los comentarios al texto evangélico de todos los domingos, incluso los que no serán proclamados este año. Además se ofrecen los comentarios de las fiestas de Navidad: Natividad del Señor (25 de diciembre), Santa María, Madre de Dios (1 de enero) y Epifanía del Señor (6 de enero). (No hay que olvidar que, en la distribución del año litúrgico, el Tiempo Ordinario está repartido en dos bloques, interrumpido por la Cuaresma y el Tiempo Pascual.)

De esta manera, este volumen podrá ser utilizado no solo en 2016-2017, sino también siempre que toque el ciclo A, es decir: 2016-2017, 2019-2020, 2022-2023, 2025-2026...

CON LOS OJOS ABIERTOS

MATEO 24,37-44

I ADVIENTO

³⁷ Cuando venga el Hijo del hombre sucederá lo mismo que en tiempos de Noé. ³⁸ En los días que precedieron al diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que entró Noé en el arca; ³⁹ y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos. Pues así será también la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰ Entonces, de dos que haya en el campo, uno será tomado y otro dejado. ⁴¹ De dos que estén moliendo juntas, una desaparecerá y otra quedará. ⁴² Así que velad, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor. ⁴³ Tened presente que si el amo de casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no le dejaría asaltar su casa. ⁴⁴ Lo mismo vosotros, estad preparados; porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.

* * *

Las primeras comunidades cristianas vivieron años muy difíciles. Perdidos en el vasto Imperio de Roma, en medio de conflictos y persecuciones, aquellos cristianos buscaban fuerza y aliento esperando la pronta venida de Jesús y recordando sus palabras: «Vigilad. Vivid despiertos. Tened los ojos abiertos. Estad alerta».

¿Significan todavía algo para nosotros estas llamadas de Jesús a vivir despiertos? ¿Qué es hoy para los cristianos poner nuestra esperanza en Dios viviendo con los ojos abiertos? ¿Dejaremos que se agote definitivamente en nuestro mundo secular la esperanza en una última justicia de Dios para esa inmensa mayoría de víctimas inocentes que sufren sin culpa alguna?

Precisamente, la manera más fácil de falsear la esperanza cristiana es esperar

de Dios nuestra propia salvación eterna mientras damos la espalda al sufrimiento que hay ahora mismo en el mundo. Un día tendremos que reconocer nuestra ceguera ante Cristo Juez: ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, extranjero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Este será nuestro diálogo final con él si vivimos con los ojos cerrados.

Hemos de despertar y abrir bien los ojos. Vivir vigilantes para mirar más allá de nuestros pequeños intereses y preocupaciones. La esperanza del cristiano no es una actitud ciega, pues no olvida a los que sufren. La espiritualidad cristiana no consiste solo en una mirada hacia el interior, pues su corazón está atento a quienes viven abandonados a su suerte.

En las comunidades cristianas hemos de cuidar cada vez más que nuestro modo de vivir la esperanza no nos lleve a la indiferencia y el olvido de los pobres. No podemos aislarnos en la religión para no oír el clamor de los que mueren diariamente de hambre. No nos está permitido alimentar nuestra ilusión de inocencia para defender nuestra tranquilidad.

Una esperanza en Dios que se olvida de los que viven en esta tierra sin poder esperar nada, ¿no puede ser considerada como una versión religiosa de un optimismo a toda costa, vivido sin lucidez ni responsabilidad? Una búsqueda de la propia salvación eterna de espaldas a los que sufren, ¿no puede ser acusada de ser un sutil «egoísmo alargado hacia el más allá»?

Probablemente, la poca sensibilidad al sufrimiento inmenso que hay en el mundo sea uno de los síntomas más graves del envejecimiento del cristianismo actual. Cuando el papa Francisco reclama «una Iglesia más pobre y de los pobres», nos está gritando su mensaje más importante e interpelador a los cristianos de los países del bienestar.

RECORRER CAMINOS NUEVOS

MATEO 3,1-12

II ADVIENTO

¹ En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea. ² Decía:

–Arrepentíos, porque está llegando el reino de los cielos.

³ A él se refería el profeta Isaías cuando dijo:

Voz del que grita en el desierto:

*«Preparad el camino al Señor,
allanad sus senderos».*

⁴ Llevaba Juan un vestido de pelo de camello y una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵ Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán; ⁶ ellos reconocían sus pecados y Juan los bautizaba en el río Jordán.

⁷ Viendo que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

–¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a escapar del juicio inminente? ⁸ Dad frutos que prueben vuestra conversión ⁹ y no creáis que basta con decir: «Somos descendientes de Abrahán». Porque os digo que Dios puede sacar de estas piedras descendientes de Abrahán.

¹⁰ Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto va a ser cortado y echado al fuego. ¹¹ Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no soy digno de quitarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹² Tiene en su mano el biello y va a aventar su parva; recogerá su trigo en el granero, y la paja la quemará con un fuego que no se apaga.

* * *

Por los años 27 o 28 apareció en el desierto en torno al Jordán un profeta original e independiente que provocó un fuerte impacto en el pueblo judío: las primeras generaciones cristianas lo vieron siempre como el hombre que preparó el camino a Jesús.

Todo su mensaje se puede concentrar en un grito: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos». Después de veinte siglos, el papa Francisco nos está gritando el mismo mensaje a los cristianos: abrid caminos a Dios, volved a Jesús, acoged el Evangelio.

Su propósito es claro: «Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos». No será fácil. Hemos vivido estos últimos años paralizados por el miedo. El papa no se sorprende: «La novedad nos da siempre un poco de miedo porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos y planificamos nuestra vida». Y nos hace una pregunta a la que hemos de responder: «¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas que han perdido capacidad de respuesta?».

Algunos sectores de la Iglesia piden al papa que acometa cuanto antes diferentes reformas que consideran urgentes. Sin embargo, Francisco ha manifestado su postura de manera clara: «Algunos esperan y me piden reformas en la Iglesia, y debe haberlas. Pero antes es necesario un cambio de actitudes».

Me parece admirable la clarividencia evangélica del papa. Lo primero no es firmar decretos reformistas. Antes es necesario poner a las comunidades cristianas en estado de conversión y recuperar en el interior de la Iglesia las actitudes evangélicas más básicas. Solo en ese clima será posible acometer de manera eficaz y con espíritu evangélico las reformas que necesita urgentemente la Iglesia.

El mismo Francisco nos está indicando todos los días los cambios de actitudes que necesitamos. Señalaré algunos de gran importancia. Poner a Jesús en el centro de la Iglesia: «Una Iglesia que no lleva a Jesús es una Iglesia muerta». No vivir en una Iglesia cerrada y autorreferencial: «Una Iglesia que se encierra en el pasado traiciona su propia identidad». Actuar siempre movidos por la misericordia de Dios hacia todos sus hijos: no cultivar «un cristianismo restauracionista y legalista que lo quiere todo claro y seguro, y no halla nada». Buscar una Iglesia pobre y de los pobres. Anclar nuestra vida en la esperanza, no «en nuestras reglas, nuestros comportamientos eclesiásticos, nuestros clericalismos».

CURAR HERIDAS

MATEO 11,2-11

III ADVIENTO

² Juan, que había oído hablar en la cárcel de las obras del Mesías, envió a sus discípulos ³ a preguntarle:

–¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?

⁴ Jesús les respondió:

–Id a contar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: ⁵ los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia. ⁶ ¡Y dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo!

⁷ Cuando se marcharon, Jesús se puso a hablar de Juan a la gente:

–¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ⁸ ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes. ⁹ ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, y más que un profeta. ¹⁰ Este es de quien está escrito: «Yo envío mi mensajero delante de ti; él te preparará el camino». ¹¹ Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él.

* * *

La actuación de Jesús dejó desconcertado al Bautista. Él esperaba un Mesías que extirparía del mundo el pecado imponiendo el juicio riguroso de Dios, no un Mesías dedicado a curar heridas y aliviar sufrimientos. Desde la prisión de Maqueronte envía un mensaje a Jesús: «¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?».

Jesús le responde con su vida de profeta curador: «Id a contar a Juan lo que

estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan; los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia». Este es el verdadero Mesías: el que viene a aliviar el sufrimiento, curar la vida y abrir un horizonte de esperanza a los pobres.

Jesús se siente enviado por un Padre misericordioso que quiere para todos un mundo más digno y dichoso. Por eso se entrega a curar heridas, sanar dolencias y liberar la vida. Y por eso pide a todos: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo».

Jesús no se siente enviado por un Juez riguroso para juzgar a los pecadores y condenar al mundo. Por eso no atemoriza a nadie con gestos justicieros, sino que ofrece a pecadores y prostitutas su amistad y su perdón. Y por eso pide a todos: «No juzguéis y no seréis juzgados».

Jesús no cura nunca de manera arbitraria o por puro sensacionalismo. Cura movido por la compasión, buscando restaurar la vida de esas gentes enfermas, abatidas y rotas. Son las primeras que han de experimentar que Dios es amigo de una vida digna y sana.

Jesús no insistió nunca en el carácter prodigioso de sus curaciones ni pensó en ellas como receta fácil para suprimir el sufrimiento en el mundo. Presentó su actividad curadora como signo para mostrar a sus seguidores en qué dirección hemos de actuar para abrir caminos a ese proyecto humanizador del Padre que él llamaba «reino de Dios».

El papa Francisco afirma que «curar heridas» es una tarea urgente: «Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita hoy es capacidad de curar heridas». Habla luego de «hacernos cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano, que lava, limpia y consuela». Habla también de «caminar con las personas en la noche, saber dialogar e incluso descender a su noche y oscuridad sin perdernos».

Al confiar su misión a los discípulos, Jesús no los imagina como doctores, jerarcas, liturgistas o teólogos, sino como curadores. Siempre les confía una doble tarea: curar enfermos y anunciar que el reino de Dios está cerca.

EXPERIENCIA INTERIOR

MATEO 1,18-24

IV ADVIENTO

¹⁸ El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre María estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. ²⁰ Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta:

²³ *La virgen concebirá y dará a luz un hijo,
a quien pondrán por nombre Emmanuel
(que significa: Dios con nosotros).*

²⁴ Cuando José despertó del sueño hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa ²⁵ y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús.

* * *

El evangelista Mateo tiene un interés especial en decir a sus lectores que Jesús ha de ser llamado también «Emmanuel». Sabe muy bien que puede resultar chocante y extraño. ¿A quién se le puede llamar con un nombre que significa «Dios con nosotros»? Sin embargo, este nombre encierra el núcleo de la fe cristiana y es el centro de la celebración de la Navidad.

Ese misterio último que nos rodea por todas partes y que los creyentes llamamos «Dios» no es algo lejano y distante. Está con todos y cada uno de nosotros. ¿Cómo lo puedo saber? ¿Es posible creer de manera razonable que Dios está conmigo si yo no tengo alguna experiencia personal, por pequeña que sea?

De ordinario, a los cristianos no se nos ha enseñado a percibir la presencia del misterio de Dios en nuestro interior. Por eso muchos lo imaginan en algún lugar indefinido y abstracto del universo. Otros lo buscan adorando a Cristo presente en la eucaristía. Bastantes tratan de escucharlo en la Biblia. Para otros, el mejor camino es Jesús.

El misterio de Dios tiene, sin duda, sus caminos para hacerse presente en cada vida. Pero se puede decir que, en la cultura actual, si no lo experimentamos de alguna manera vivo dentro de nosotros, difícilmente lo hallaremos fuera. Por el contrario, si percibimos su presencia en nosotros podremos rastrear su presencia en nuestro entorno.

¿Es posible? El secreto consiste sobre todo en saber estar con los ojos cerrados y en silencio apacible, acogiendo con un corazón sencillo esa presencia misteriosa que nos está alentando y sosteniendo. No se trata de pensar en eso, sino de estar «acogiendo» la paz, la vida, el amor, el perdón... que nos llega desde lo más íntimo de nuestro ser.

Es normal que, al adentrarnos en nuestro propio misterio, nos encontremos con nuestros miedos y preocupaciones, nuestras heridas y tristezas, nuestra mediocridad y nuestro pecado. No hemos de inquietarnos, sino permanecer en el silencio. La presencia amistosa que está en el fondo más íntimo de nosotros nos irá apaciguando, liberando y sanando.

Karl Rahner, uno de los teólogos más importantes del siglo XX, afirma que, en medio de la sociedad secular de nuestros días, «esta experiencia del corazón es la única con la que se puede comprender el mensaje de fe de la Navidad: Dios se ha hecho hombre». El misterio último de la vida es un misterio de bondad, de perdón y salvación, que está con nosotros: dentro de todos y cada uno de nosotros. Si lo acogemos en silencio conoceremos la alegría de la Navidad.

UN DIOS CERCANO

LUCAS 2,1-14

NATIVIDAD DEL SEÑOR

¹ En aquellos días apareció un decreto del emperador Augusto ordenando que se empadronasen los habitantes del imperio. ² Este censo fue el primero que se hizo durante el mandato de Quirino, gobernador de Siria. ³ Todos iban a inscribirse a su ciudad. ⁴ También José, por ser de la estirpe y familia de David, subió desde Galilea, desde la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, ⁵ para inscribirse con María, su esposa, que estaba encinta. ⁶ Mientras estaban en Belén le llegó a María el tiempo del parto, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

⁸ Había en aquellos campos unos pastores que pasaban la noche al raso velando sus rebaños. ⁹ Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces les entró un gran miedo, ¹⁰ pero el ángel les dijo:

—No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: ¹¹ os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. ¹² Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

¹³ Y de repente se juntó al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo:

¹⁴ —¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!

* * *

La Navidad es mucho más que todo ese ambiente superficial y manipulado que

se respira estos días en nuestras calles. Una fiesta mucho más honda y gozosa que todos los artilugios de nuestra sociedad de consumo.

Los creyentes tenemos que recuperar de nuevo el corazón de esta fiesta y descubrir detrás de tanta superficialidad y aturdimiento el misterio que da origen a nuestra alegría. Tenemos que aprender a «celebrar» la Navidad. No todos saben lo que es celebrar. No todos saben lo que es abrir el corazón a la alegría.

Y, sin embargo, no entenderemos la Navidad si no sabemos hacer silencio en nuestro corazón, abrir nuestra alma al misterio de un Dios que se nos acerca, alegrarnos con la vida que se nos ofrece y saborear la fiesta de la llegada de un Dios Amigo.

En medio de nuestro vivir diario, a veces tan aburrido, apagado y triste, se nos invita a la alegría. «No puede haber tristeza cuando nace la vida» (León Magno). No se trata de una alegría insulsa y superficial. La alegría de quienes están alegres sin saber por qué. «Tenemos motivos para el júbilo radiante, para la alegría plena y para la fiesta solemne: Dios se ha hecho hombre y ha venido a habitar entre nosotros» (Leonardo Boff). Hay una alegría que solo pueden disfrutar quienes se abren a la cercanía de Dios y se dejan atraer por su ternura.

Una alegría que nos libera de miedos, desconfianzas e inhibiciones ante Dios. ¿Cómo temer a un Dios que se nos acerca como niño? ¿Cómo rehuir a quien se nos ofrece como un pequeño frágil e indefenso? Dios no ha venido armado de poder para imponerse a los hombres. Se nos ha acercado en la ternura de un niño a quien podemos acoger o rechazar.

Dios no puede ser ya el Ser «omnipotente» y «poderoso» que nosotros sospechamos, encerrado en la seriedad y el misterio de un mundo inaccesible. Dios es este niño entregado cariñosamente a la humanidad, este pequeño que busca nuestra mirada para alegrarnos con su sonrisa.

El hecho de que Dios se haya hecho niño dice mucho más de cómo es Dios que todas nuestras cavilaciones y especulaciones sobre su misterio. Si supiéramos detenernos en silencio ante este niño y acoger desde el fondo de nuestro ser toda la cercanía y la ternura de Dios, quizá entenderíamos por qué el corazón de un creyente debe estar transido de una alegría diferente estos días de Navidad.

ABIERTOS AL PROYECTO DE DIOS

MATEO 2,13-15.19-23 LA SAGRADA FAMILIA

¹³ Cuando se marcharon, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

–Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise; porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

¹⁴ José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y partió hacia Egipto, ¹⁵ donde permaneció hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por el profeta: *De Egipto llamé a mi hijo.*

¹⁹ Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto ²⁰ y le dijo:

–Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

²¹ José se levantó, tomó al niño y a su madre y regresó con ellos a la tierra de Israel. ²² Pero, al oír que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí. Entonces, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea ²³ y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. De esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: que sería llamado *nazareno*.

* * *

Los relatos evangélicos no ofrecen duda alguna. Según Jesús, Dios tiene un gran proyecto: construir en el mundo una gran familia humana. Atraído por este proyecto, Jesús se dedica enteramente a que todos sientan a Dios como Padre y todos aprendan a convivir como hermanos. Este es el camino que conduce a la

salvación del género humano.

Para algunos, la familia actual se está arruinando porque se ha perdido el ideal tradicional de «familia cristiana». Para otros, cualquier novedad es un progreso hacia una sociedad nueva. Pero, ¿cómo es una familia abierta al proyecto humanizador de Dios? ¿Qué rasgos podríamos destacar?

Amor entre los esposos. Es lo primero. El hogar está vivo cuando los padres saben quererse, apoyarse mutuamente, compartir penas y alegrías, perdonarse, dialogar y confiar el uno en el otro. La familia se empieza a deshumanizar cuando crece el egoísmo, las discusiones y malentendidos.

Relación entre padres e hijos. No basta el amor entre los esposos. Cuando padres e hijos viven enfrentados y sin apenas comunicación alguna, la vida familiar se hace imposible, la alegría desaparece, todos sufren. La familia necesita un clima de confianza mutua para pensar en el bien de todos.

Atención a los más frágiles. Todos han de encontrar en su hogar acogida, apoyo y comprensión. Pero la familia se hace más humana sobre todo cuando en ella se cuida con amor y cariño a los más pequeños, cuando se quiere con respeto y paciencia a los mayores, cuando se atiende con solicitud a los enfermos o discapacitados, cuando no se abandona a quien lo está pasando mal.

Apertura a los necesitados. Una familia trabaja por un mundo más humano cuando no se encierra en sus problemas e intereses, sino que vive abierta a las necesidades de otras familias: hogares rotos que viven situaciones conflictivas y dolorosas, y que necesitan apoyo y comprensión; familias sin trabajo ni ingreso alguno que necesitan ayuda material; familias de inmigrantes que piden acogida y amistad.

Crecimiento de la fe. En la familia se aprende a vivir las cosas más importantes. Por eso es el mejor lugar para aprender a creer en ese Dios bueno, Padre de todos; para ir conociendo el estilo de vida de Jesús; para descubrir su Buena Noticia; para rezar juntos en torno a la mesa; para tomar parte en la vida de la comunidad de seguidores de Jesús. Estas familias cristianas contribuyen a construir ese mundo más justo, digno y dichoso querido por Dios. Son una bendición para la sociedad.

LA MADRE

LUCAS 2,16-21

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

¹⁶ Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷ Al verlo, contaron lo que el ángel les había dicho de este niño. ¹⁸ Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores se quedaban admirados. ¹⁹ María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón. ²⁰ Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído correspondía a cuanto les habían dicho.

²¹ A los ocho días, cuando lo circuncidaron, le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de la concepción.

* * *

A muchos les puede extrañar que la Iglesia haga coincidir el primer día del nuevo año civil con la fiesta de Santa María, Madre de Dios. Y, sin embargo, es significativo que, desde el siglo IV, la Iglesia, después de celebrar solemnemente el nacimiento del Salvador, desee comenzar el año nuevo bajo la protección maternal de María, Madre del Salvador y Madre nuestra.

Los cristianos de hoy nos tenemos que preguntar qué hemos hecho de María estos últimos años, pues probablemente hayamos empobrecido nuestra fe eliminándola de manera inconsciente de nuestra vida.

Movidos, sin duda, por una voluntad sincera de purificar nuestra vivencia religiosa y encontrar una fe más sólida, hemos abandonado excesos piadosos, devociones exageradas, costumbres superficiales y extraviadas. Hemos tratado de superar una falsa mariolatría en la que tal vez sustituíamos a Cristo por María y veíamos en ella la salvación, el perdón y la redención, que, en realidad, hemos de acoger de su Hijo.

Si todo ha sido corregir desviaciones y colocar a María en el lugar auténtico que le corresponde como Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia, nos tendríamos que alegrar y reafirmar en nuestra postura. Pero, ¿ha sido exactamente así? ¿No la hemos olvidado excesivamente? ¿No la hemos arrinconado en algún lugar oscuro del alma junto a las cosas que nos parecen de poca utilidad?

El abandono de María, sin ahondar más en su misión y en el lugar que ha de ocupar en nuestra vida, no enriquecerá jamás nuestra vivencia cristiana, sino que la empobrecerá. Probablemente hayamos cometido excesos de mariolatría en el pasado, pero ahora corremos el riesgo de empobrecernos con su ausencia casi total en nuestras vidas.

María es la Madre de Jesús. Pero aquel Cristo que nació de su seno estaba destinado a crecer e incorporar a numerosos hermanos, hombres y mujeres que vivirían un día de su Palabra y de su Espíritu. Hoy María no es solo Madre de Jesús. Es la Madre del Cristo total. Es la Madre de todos los creyentes.

Es bueno que, al comenzar un año nuevo, lo hagamos elevando nuestros ojos hacia María. Ella nos acompañará a lo largo de los días con cuidado y ternura de madre. Ella cuidará nuestra fe y nuestra esperanza. No la olvidemos a lo largo del año.

RECUPERAR LA FRESCURA DEL EVANGELIO

JUAN 1,1-18

II DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

¹ Al principio ya existía la Palabra.

La Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.

² Ya al principio ella estaba junto a Dios.

³ Todo fue hecho por ella,
y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir.

⁴ En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres;

⁵ la luz resplandece en las tinieblas,
y las tinieblas no la sofocaron.

⁶ Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. ⁷ Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él. ⁸ No era él la luz, sino testigo de la luz.

⁹ La Palabra era la luz verdadera
que con su venida al mundo
ilumina a todo hombre.

¹⁰ Estaba en el mundo, pero el mundo,
aunque fue hecho por ella, no la reconoció.

¹¹ Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron.

¹² A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre,
les dio poder para ser hijos de Dios.

¹³ Estos son los que no nacen por vía de generación humana, ni
porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios.

¹⁴ Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros;

**y hemos visto su gloria,
la gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.**

¹⁵ Juan dio testimonio de él, proclamando:

–Este es aquel de quien yo dije: «El que viene detrás de mí es superior a mí, porque existía antes que yo».

¹⁶ En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia.

¹⁷ Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús. ¹⁸ A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer.

*** * ***

En el prólogo del evangelio de Juan se hacen dos afirmaciones básicas que nos obligan a revisar de manera radical nuestra manera de entender y de vivir la fe cristiana después de veinte siglos de no pocas desviaciones, reduccionismos y enfoques poco fieles al Evangelio de Jesús.

La primera afirmación es esta: «La Palabra de Dios se ha hecho carne». Dios no ha permanecido callado, encerrado para siempre en su misterio. Nos ha hablado. Pero no se nos ha revelado por medio de conceptos y doctrinas sublimes. Su Palabra se ha encarnado en la vida entrañable de Jesús para que la puedan entender y acoger hasta los más sencillos.

La segunda afirmación dice así: «A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer». Los teólogos decimos muchas cosas de Dios, pero ninguno de nosotros lo ha visto. Los dirigentes religiosos y los predicadores hablamos de él con seguridad, pero ninguno de nosotros ha visto su rostro. Solo Jesús, el Hijo único del Padre, nos ha contado cómo es Dios, cómo nos quiere y cómo busca construir un mundo más humano para todos.

Estas dos afirmaciones están en el trasfondo del programa renovador del papa Francisco. Por eso busca una Iglesia arraigada en el Evangelio de Jesús, sin enredarnos en doctrinas o costumbres «no directamente ligadas al núcleo del Evangelio». Si no lo hacemos así, «no será el Evangelio lo que se anuncie, sino algunos acentos doctrinales o morales que proceden de determinadas opciones ideológicas».

La actitud del papa es clara. Solo en Jesús se nos ha revelado la misericordia

de Dios. Por eso hemos de volver a la fuerza transformadora del primer anuncio evangélico sin eclipsar la Buena Noticia de Jesús y «sin obsesionarnos por una multitud de doctrinas que se intentan imponer a fuerza de insistencia».

El papa piensa en una Iglesia en la que el Evangelio pueda recuperar su fuerza de atracción sin quedar oscurecida por otras formas de entender y vivir hoy la fe cristiana. Por eso nos invita a «recuperar la frescura original del Evangelio» como «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo, y, al mismo tiempo, lo más necesario», sin encerrar a Jesús «en nuestros esquemas aburridos».

No nos podemos permitir en estos momentos vivir la fe sin impulsar en nuestras comunidades cristianas esa conversión a Jesucristo y a su Evangelio a la que nos llama el papa. Él mismo nos pide a todos «que apliquemos con generosidad y valentía sus orientaciones sin prohibiciones ni miedos».

RESPONDER A LA LUZ

MATEO 2,1-12

EPIFANÍA DEL SEÑOR

¹ Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces, unos sabios de oriente se presentaron en Jerusalén, ² preguntando:

–¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.

³ Al oír esto, el rey Herodes se sobresaltó, y con él toda Jerusalén. ⁴ Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. ⁵ Ellos le respondieron:

–En Belén de Judea, pues así está escrito en el profeta:

⁶ *Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres, ni mucho menos, la menor
entre las ciudades principales de Judá;
porque de ti saldrá un jefe,
que será pastor de mi pueblo, Israel.*

⁷ Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, hizo que le informaran con exactitud acerca del momento en que había aparecido la estrella, ⁸ y los envió a Belén con este encargo:

–Id e informaos bien sobre ese niño; y, cuando lo encontréis, avisadme para ir yo también a adorarlo.

⁹ Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guió hasta que llegó y se paró encima de donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. ¹¹ Entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra. ¹² Y, advertidos en sueños de que no

volvieron donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.

* * *

Según el gran teólogo Paul Tillich, la gran tragedia del hombre moderno es haber perdido la dimensión de profundidad. Ya no es capaz de preguntar de dónde viene y adónde va. No sabe interrogarse por lo que hace y debe hacer de sí mismo en este breve lapso de tiempo entre su nacimiento y su muerte.

Estas preguntas no encuentran ya respuesta alguna en muchos hombres y mujeres de hoy. Más aún, ni siquiera son planteadas cuando se ha perdido esa «dimensión de profundidad». Las generaciones actuales no tienen ya el coraje de plantearse estas cuestiones con la seriedad y la hondura con que lo han hecho las generaciones pasadas. Prefieren seguir caminando en tinieblas.

Por eso, en estos tiempos hemos de volver a recordar que ser creyente es, antes que nada, preguntar apasionadamente por el sentido de nuestra vida y estar abiertos a una respuesta, aun cuando no la veamos de manera clara y precisa.

El relato de los magos ha sido visto por los Padres de la Iglesia como ejemplo de unos hombres que, aun viviendo en las tinieblas del paganismo, han sido capaces de responder fielmente a la luz que los llamaba a la fe. Son hombres que, con su actuación, nos invitan a escuchar toda llamada que nos urge a caminar de manera fiel hacia Cristo.

Nuestra vida transcurre con frecuencia en la corteza de la existencia. Trabajos, contactos, problemas, encuentros, ocupaciones diversas, nos llevan y traen, y la vida se nos va pasando llenando cada instante con algo que hemos de hacer, decir, ver o planear.

Corremos así el riesgo de perder nuestra propia identidad, convertirnos en una cosa más entre otras y vivir sin saber ya en qué dirección caminar. ¿Hay una luz capaz de orientar nuestra existencia? ¿Hay una respuesta a nuestros anhelos y aspiraciones más profundas? Desde la fe cristiana, esa respuesta existe. Esa luz brilla ya en ese Niño nacido en Belén.

Lo importante es tomar conciencia de que vivimos en tinieblas, de que hemos perdido el sentido fundamental de la vida. Quien reconoce esto no se encuentra lejos de iniciar la búsqueda del camino acertado.

Ojalá en medio de nuestro vivir diario no perdamos nunca la capacidad de estar abiertos a toda luz que pueda iluminar nuestra existencia, a toda llamada que pueda dar profundidad a nuestra vida.

UNA NUEVA ETAPA

MATEO 3,13-17

BAUTISMO DEL SEÑOR

¹³ Entonces llegó Jesús desde Galilea al Jordán y se dirigió a Juan para que lo bautizara. ¹⁴ Pero Juan trataba de impedirselo diciendo:

–Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y eres tú el que vienes a mí?

¹⁵ Jesús le respondió:

–Deja eso ahora, pues conviene que cumplamos lo que Dios ha dispuesto.

Entonces Juan accedió. ¹⁶ Nada más ser bautizado, Jesús salió del agua y, mientras salía, se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y descendía sobre él. ¹⁷ Y una voz que procedía del cielo decía:

–Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.

* * *

Antes de narrar su actividad profética, los evangelistas nos hablan de una experiencia que va a transformar radicalmente la vida de Jesús. Después de ser bautizado por Juan, Jesús se siente el Hijo querido de Dios, habitado plenamente por su Espíritu. Alentado por ese Espíritu, Jesús se pone en marcha para anunciar a todos con su vida y su mensaje la Buena Noticia de un Dios amigo y salvador del ser humano.

No es extraño que, al invitarnos a vivir en los próximos años «una nueva etapa evangelizadora», el papa nos recuerde que la Iglesia necesita más que nunca «evangelizadores de Espíritu». Sabe muy bien que solo el Espíritu de Jesús nos puede infundir fuerza para poner en marcha la conversión radical que necesita la Iglesia. ¿Por qué caminos?

Esta renovación de la Iglesia solo puede nacer de la novedad del Evangelio. El papa nos invita a escuchar también hoy el mismo mensaje que Jesús proclamaba por los caminos de Galilea, no otro diferente. Hemos de «volver a la fuente para recuperar la frescura original del Evangelio». Solo de esta manera «podremos romper esquemas aburridos en los que pretendemos encerrar a Jesucristo».

El papa está pensando en una renovación radical «que no puede dejar las cosas como están; ya no sirve una simple administración». Por eso nos pide «abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así» e insiste una y otra vez: «Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades».

Francisco busca una Iglesia en la que solo nos preocupe comunicar la Buena Noticia de Jesús al mundo actual. «Más que el temor a no equivocarnos espero que nos mueva el temor a encerrarnos en estructuras que nos dan una falsa contención, en normas que nos vuelven jueces implacables, en costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “Dadles vosotros de comer”».

El papa nos llama a construir «una Iglesia con las puertas abiertas», pues la alegría del Evangelio es para todos y no se debe excluir a nadie. ¡Qué alegría poder escuchar de sus labios una visión de Iglesia que recupera el Espíritu más genuino de Jesús rompiendo actitudes muy arraigadas durante siglos! «A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa del Padre, donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas».

NUESTRA GRAN TENTACIÓN

MATEO 4,1-11

I CUARESMA

¹ Entonces el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo lo pusiera a prueba. ² Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre. ³ El tentador se acercó entonces y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes.

⁴ Jesús le respondió:

–Está escrito: *No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

⁵ Después el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo ⁶ y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque está escrito: *Dará órdenes a sus ángeles para que te lleven en brazos, de modo que tu pie no tropiece en piedra alguna.*

⁷ Jesús le dijo:

–También está escrito: *No tentarás al Señor, tu Dios.*

⁸ De nuevo lo llevó consigo el diablo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo con su gloria ⁹ y le dijo:

–Todo esto te daré si te postras y me adoras.

¹⁰ Entonces Jesús le dijo:

–Márchate, Satanás, porque está escrito: *Adorarás al Señor, tu Dios, y solo a él le darás culto.*

¹¹ Entonces el diablo se alejó de él, y unos ángeles se acercaron y le servían.

* * *

La escena de las «tentaciones de Jesús» es un relato que no hemos de interpretar ligeramente. Las tentaciones que se nos describen no son propiamente de orden moral. El relato nos está advirtiendo de que podemos arruinar nuestra vida si nos desviamos del camino que sigue Jesús.

La primera tentación es de importancia decisiva, pues puede pervertir y corromper nuestra vida de raíz. Aparentemente, a Jesús se le ofrece algo inocente y bueno: poner a Dios al servicio de su hambre. «Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes».

Sin embargo, Jesús reacciona de manera rápida y sorprendente: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». No hará de su propio pan un absoluto. No pondrá a Dios al servicio de su propio interés, olvidando el proyecto del Padre. Siempre buscará primero el reino de Dios y su justicia. En todo momento escuchará su Palabra.

Nuestras necesidades no quedan satisfechas solo con tener asegurado nuestro pan material. El ser humano necesita y anhela mucho más. Incluso, para rescatar del hambre y la miseria a quienes no tienen pan, hemos de escuchar a Dios, nuestro Padre, y despertar en nuestra conciencia el hambre de justicia, la compasión y la solidaridad.

Nuestra gran tentación es hoy convertirlo todo en pan. Reducir cada vez más el horizonte de nuestra vida a la satisfacción de nuestros deseos; vivir obsesionados por un bienestar siempre mayor o hacer del consumismo indiscriminado y sin límites el ideal casi único de nuestras vidas.

Nos engañamos si pensamos que ese es el camino que hay que seguir hacia el progreso y la liberación. ¿No estamos viendo que una sociedad que arrastra a las personas hacia el consumismo sin límites y hacia la autosatisfacción no hace sino generar vacío y sinsentido en las personas y egoísmo, insolidaridad e irresponsabilidad en la convivencia?

¿Por qué nos estremecemos de que vaya aumentando de manera trágica el número de personas que se suicidan cada día? ¿Por qué seguimos encerrados en nuestro falso bienestar, levantando barreras cada vez más inhumanas para que los hambrientos no entren en nuestros países, no lleguen hasta nuestras residencias ni llamen a nuestra puerta?

La llamada de Jesús nos puede ayudar a tomar más conciencia de que no solo de bienestar vive el ser humano. También los hombres y mujeres de hoy necesitamos cultivar el espíritu, conocer el amor y la amistad, desarrollar la solidaridad con los que sufren, escuchar nuestra conciencia con responsabilidad, abrirnos al Misterio último de la vida con esperanza.

ESCUCHAR A JESÚS

MATEO 17,1-9

II CUARESMA

¹ Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó a un monte alto a solas. ² Y se transfiguró ante ellos. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. ³ En esto vieron a Moisés y a Elías, que conversaban con Jesús. ⁴ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

–Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres hago tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁵ Aún estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió, y una voz desde la nube decía:

–Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadlo.

⁶ Al oír esto, los discípulos cayeron de bruces, aterrados de miedo. ⁷ Jesús se acercó, los tocó y les dijo:

–Levantaos, no tengáis miedo.

⁸ Al levantar la vista no vieron a nadie más que a Jesús. ⁹ Y, cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó:

–No contéis a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

* * *

El centro de ese relato complejo, llamado tradicionalmente la «transfiguración de Jesús», lo ocupa una voz que viene de una extraña «nube luminosa», símbolo que se emplea en la Biblia para hablar de la presencia siempre misteriosa de Dios, que se nos manifiesta y, al mismo tiempo, se nos oculta.

La voz dice estas palabras: «Este es mi Hijo, en quien me complazco. Escuchadlo». Los discípulos no han de confundir a Jesús con nadie, ni siquiera

con Moisés o Elías, representantes y testigos del Antiguo Testamento. Solo Jesús es el Hijo querido de Dios, el que tiene su rostro «resplandeciente como el sol».

Pero la voz añade algo más: «Escuchadlo». En otros tiempos, Dios había revelado su voluntad por medio de los «diez mandamientos» de la Ley. Ahora la voluntad de Dios se resume y concreta en un solo mandato: «Escuchad a Jesús». La escucha establece la verdadera relación entre los seguidores y Jesús.

Al oír esto, los discípulos caen por los suelos «aterrados de miedo». Están sobrecogidos por aquella experiencia tan cercana de Dios, pero también asustados por lo que han oído: ¿podrán vivir escuchando solo a Jesús, reconociendo solo en él la presencia misteriosa de Dios?

Entonces Jesús «se acerca, los toca y les dice: “Levantaos. No tengáis miedo”». Sabe que necesitan experimentar su cercanía humana: el contacto de su mano, no solo el resplandor divino de su rostro. Siempre que escuchamos a Jesús en el silencio de nuestro ser, sus primeras palabras nos dicen: «Levántate, no tengas miedo».

Muchas personas solo conocen a Jesús de oídas. Su nombre les resulta tal vez familiar, pero lo que saben de él no va más allá de algunos recuerdos e impresiones de la infancia. Incluso, aunque se llamen cristianos, viven sin escuchar en su interior a Jesús. Y sin esa experiencia no es posible conocer su paz inconfundible ni su fuerza para alentar y sostener nuestra vida.

Cuando un creyente se detiene a escuchar en silencio a Jesús, en el interior de su conciencia escucha siempre algo como esto: «No tengas miedo. Abandónate con toda sencillez en el misterio de Dios. Tu poca fe basta. No te inquietes. Si me escuchas, descubrirás que el amor de Dios consiste en estar siempre perdonándote. Y, si crees esto, tu vida cambiará. Conocerás la paz del corazón».

En el libro del Apocalipsis se puede leer así: «Mira, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa». Jesús llama a la puerta de cristianos y no cristianos. Podemos abrirle la puerta o rechazarlo. Pero no es lo mismo vivir con Jesús que sin él.

A GUSTO CON DIOS

JUAN 4,5-42

III CUARESMA

⁵ Llegó a un pueblo llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José. ⁶ Allí estaba también el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado por la caminata, se sentó junto al pozo. Era cerca de mediodía. ⁷ En esto, una mujer samaritana se acercó al pozo para sacar agua. Jesús le dijo:

–Dame de beber.

⁸ Los discípulos habían ido al pueblo a comprar alimentos. ⁹ La samaritana dijo a Jesús:

–¿Cómo es que tú, siendo judío, te atreves a pedirme agua a mí, que soy samaritana? (Es de advertir que los judíos y los samaritanos no se trataban.)

¹⁰ Jesús le respondió:

–Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva.

¹¹ Contestó la mujer:

–Señor, si ni siquiera tienes con qué sacar el agua y el pozo es hondo, ¿cómo puedes darme «agua viva»? ¹² Nuestro padre Jacob nos dejó este pozo del que bebió él mismo, sus hijos y sus ganados. ¿Acaso te consideras mayor que él?

¹³ Jesús replicó:

–Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed; ¹⁴ en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna.

¹⁵ Entonces la mujer exclamó:

–Señor, dame esa agua; así ya no tendré más sed y no tendré que

venir hasta aquí para sacarla.

¹⁶ Jesús le dijo:

–Vete a tu casa, llama a tu marido y vuelve aquí.

¹⁷ Ella le contestó:

–No tengo marido.

Jesús prosiguió:

–Cierto; no tienes marido. ¹⁸ Has tenido cinco, y ese con el que ahora vives no es tu marido. En esto has dicho la verdad.

¹⁹ La mujer replicó:

–Señor, veo que eres profeta. ²⁰ Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio, vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.

²¹ Jesús respondió:

–Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. ²² Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. ²³ Ha llegado la hora en que los que rindan verdadero culto al Padre lo harán en espíritu y en verdad. El Padre quiere ser adorado así. ²⁴ Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

²⁵ La mujer le dijo:

–Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga nos lo explicará todo.

²⁶ Entonces Jesús le dijo:

–Soy yo, el que está hablando contigo.

²⁷ En este momento llegaron sus discípulos y se sorprendieron de que Jesús estuviese hablando con una mujer; pero ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué estaban hablando. ²⁸ La mujer dejó allí el cántaro, volvió al pueblo y dijo a la gente:

²⁹ –Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será el Mesías?

³⁰ Ellos salieron del pueblo y se fueron a su encuentro. ³¹ Mientras tanto, los discípulos le insistían:

–Maestro, come algo.

³² Pero él les dijo:

–Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.

³³ Los discípulos comentaban entre sí:

—¿Será que alguien le ha traído de comer?

³⁴ Jesús les explicó:

—Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación. ³⁵ ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: levantad la vista y mirad los sembrados, que están ya maduros para la siega. ³⁶ El que siega recibe su salario y recoge el grano para la vida eterna, de modo que el que siembra y el que siega se alegran juntos. ³⁷ En esto tiene razón el proverbio: «Uno es el que siembra y otro el que siega». ³⁸ Yo os envío a segar un campo que vosotros no sembrasteis; otros lo trabajaron y vosotros recogéis el fruto de su trabajo.

³⁹ Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en Jesús por el testimonio de la samaritana, que aseguraba:

—Me ha dicho todo lo que he hecho.

⁴⁰ Por eso, cuando los samaritanos llegaron donde estaba Jesús, le insistían en que se quedase con ellos, y se quedó con ellos dos días. ⁴¹ Al oírle personalmente fueron muchos más los que creyeron en él; ⁴² de modo que decían a la mujer:

—Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.

* * *

La escena es cautivadora. Cansado del camino, Jesús se sienta junto al manantial de Jacob. Pronto llega una mujer a sacar agua. Pertenece a un pueblo semipagano, despreciado por los judíos. Con toda espontaneidad, Jesús inicia el diálogo con ella. No sabe mirar a nadie con desprecio, sino con ternura grande. «Mujer, dame de beber».

La mujer queda sorprendida. ¿Cómo se atreve a entrar en contacto con una samaritana? ¿Cómo se rebaja a hablar con una mujer desconocida? Las palabras de Jesús la sorprenderán todavía más: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda tú misma me pedirías a mí, y yo te daría agua viva».

Son muchas las personas que, a lo largo de estos años, se han ido alejando de Dios sin apenas advertir lo que realmente estaba ocurriendo en su interior. Hoy

Dios les resulta un «ser extraño». Todo lo que está relacionado con él les parece vacío y sin sentido: un mundo infantil cada vez más lejano.

Los entiendo. Sé lo que pueden sentir. También yo me he ido alejando poco a poco de aquel «Dios de mi infancia» que despertaba dentro de mí miedos, desazón y malestar. Probablemente, sin Jesús nunca me hubiera encontrado con un Dios que hoy es para mí un Misterio de bondad: una presencia amistosa y acogedora en quien puedo confiar siempre.

Nunca me ha atraído la tarea de verificar mi fe con pruebas científicas: creo que es un error tratar el misterio de Dios como si fuera un objeto de laboratorio. Tampoco los dogmas religiosos me han ayudado a encontrarme con Dios. Sencillamente me he dejado conducir por una confianza en Jesús que ha ido creciendo con los años.

No sabría decir exactamente cómo se sostiene hoy mi fe en medio de una crisis religiosa que me sacude también a mí como a todos. Solo diría que Jesús me ha traído a vivir la fe en Dios de manera sencilla desde el fondo de mi ser. Si yo escucho, Dios no se calla. Si yo me abro, él no se encierra. Si yo me confío, él me acoge. Si yo me entrego, él me sostiene. Si yo me hundo, él me levanta.

Creo que la experiencia primera y más importante es encontrarnos a gusto con Dios porque lo percibimos como una «presencia salvadora». Cuando una persona sabe lo que es vivir a gusto con Dios, porque, a pesar de nuestra mediocridad, nuestros errores y egoísmos, él nos acoge tal como somos, y nos impulsa a enfrentarnos a la vida con paz, difícilmente abandonará la fe. Muchas personas están hoy abandonando a Dios antes de haberlo conocido. Si conocieran la experiencia de Dios que Jesús contagia, lo buscarían. Si, acogiendo en su vida a Jesús, conocieran el don de Dios, no lo abandonarían. Se sentirían a gusto con él.

PARA EXCLUIDOS

JUAN 9,1-41

IV CUARESMA

¹ Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. ² Sus discípulos, al verlo, le preguntaron:

–Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Fue por un pecado suyo o de sus padres?

³ Jesús respondió:

–La causa de su ceguera no ha sido ni un pecado suyo ni de sus padres. Nació así para que el poder de Dios pueda manifestarse en él.

⁴ Mientras es de día debemos realizar las obras del que me envió; cuando llegue la noche, nadie podrá trabajar. ⁵ Mientras estoy en el mundo yo soy la luz del mundo.

⁶ Dicho esto, escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con la saliva y lo extendió sobre los ojos de aquel hombre. ⁷ A continuación le dijo:

–Ahora ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa «Enviado»). El ciego fue, se lavó y, cuando regresó, ya veía.

⁸ Sus vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna comentaban:

–¿No es este el que se sentaba a pedir limosna?

⁹ Unos decían:

–Sí, es el mismo.

Otros, en cambio, negaban que se tratase del mismo y decían:

–No es él, sino uno que se le parece.

Pero él decía:

–Soy yo mismo.

¹⁰ Ellos le preguntaron:

–¿Y cómo has conseguido ver?

¹¹ Él les contestó:

–Ese hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo con su saliva, me lo extendió sobre los ojos y me dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé». Fui, me lavé y comencé a ver.

¹² Le preguntaron:

–¿Y dónde está ahora ese hombre?

Él les dijo:

–No lo sé.

¹³ Llevaron ante los fariseos al hombre que había estado ciego, ¹⁴ pues el día en que Jesús había hecho lodo con su saliva y había dado la vista al ciego era sábado. ¹⁵ Así que los fariseos preguntaban a aquel hombre cómo había obtenido la vista. Él les contestó:

–Extendió un poco de lodo sobre mis ojos, me lavé y ahora veo.

¹⁶ Algunos de los fariseos decían:

–Este no puede ser un hombre de Dios, porque no respeta el sábado.

Pero otros se preguntaban:

–¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos signos?

Esto provocó la división entre ellos.

¹⁷ Entonces volvieron a preguntarle:

–¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?

Respondió:

–Que es un profeta.

¹⁸ Los judíos no querían creer que aquel hombre había estado ciego y que había comenzado a ver. Llamaron, pues, a sus padres ¹⁹ y les preguntaron:

–¿Es este vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

²⁰ Los padres respondieron:

–Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. ²¹ Cómo es que ahora ve no lo sabemos ni sabemos quién le ha dado la vista. Preguntádselo a él; tiene edad suficiente para responder por sí mismo.

²² Los padres respondieron así por miedo a los judíos, pues estos habían tomado la decisión de expulsar de la sinagoga a todos los que reconocieran que Jesús era el Mesías. ²³ Por eso sus padres dijeron: «Preguntádselo a él, que ya tiene edad suficiente».

²⁴ Entonces llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron:

–Dinos la verdad delante de Dios. Sabemos que ese hombre es un

pecador.

²⁵ Entonces él respondió:

–Yo no sé si es un pecador o no. Lo único que sé es que yo antes estaba ciego y ahora veo.

²⁶ Y volvieron a preguntarle:

–¿Qué fue lo que hizo contigo? ¿Cómo te dio la vista?

²⁷ Él les contestó:

–Ya os lo he dicho y no me habéis hecho caso, ¿para qué queréis oírlo otra vez? ¿O es que queréis también vosotros haceros discípulos suyos?

²⁸ Ellos entonces se pusieron a insultarlo:

–Discípulo de ese hombre lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. ²⁹ Nosotros sabemos muy bien que Dios habló a Moisés; en cuanto a este, ni siquiera sabemos de dónde es.

³⁰ Él replicó:

–Esto es lo sorprendente. Resulta que a mí me ha dado la vista y vosotros ni siquiera sabéis de dónde es. ³¹ Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; en cambio escucha a todo aquel que le honra y cumple su voluntad. ³² Jamás se ha oído decir que alguien haya dado la vista a un ciego de nacimiento. ³³ Si este hombre no viniese de Dios, no habría podido hacer nada.

³⁴ Ellos replicaron:

–¿Es que también pretendes darnos lecciones a nosotros, tú que estás envuelto en pecado desde que naciste?

Y lo echaron fuera.

³⁵ Jesús se enteró de que lo habían echado fuera y, cuando se encontró con él, le preguntó:

–¿Crees en el Hijo del hombre?

³⁶ El ciego le preguntó:

–¿Y quién es, Señor, para que pueda creer en él?

³⁷ Jesús le contestó:

–Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.

³⁸ Entonces aquel hombre dijo:

–Creo, Señor.

Y se postró ante él.

³⁹ A continuación, Jesús declaró:

–Yo he venido a este mundo para un juicio: para dar la vista a los

ciegos y para privar de ella a los que creen ver.

⁴⁰ **Al oír esto, algunos fariseos le preguntaron:**

–¿Acaso también nosotros estamos ciegos?

⁴¹ **Jesús respondió:**

–Si estuviéseis ciegos no seríais culpables; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece.

* * *

Es ciego de nacimiento. Ni él ni sus padres tienen culpa alguna, pero su destino quedará marcado para siempre. La gente lo mira como un pecador castigado por Dios. Los discípulos de Jesús le preguntan si el pecado es del ciego o de sus padres.

Jesús lo mira de manera diferente. Desde que lo ha visto solo piensa en rescatarlo de aquella vida de mendigo, despreciado por todos como pecador. Él se siente llamado por Dios a defender, acoger y curar precisamente a los que viven excluidos y humillados.

Después de una curación trabajosa en la que también él ha tenido que colaborar con Jesús, el ciego descubre por vez primera la luz. El encuentro con Jesús ha cambiado su vida. Por fin podrá disfrutar de una vida digna, sin temor a avergonzarse ante nadie.

Se equivoca. Los dirigentes religiosos se sienten obligados a controlar la pureza de la religión. Ellos saben quién no es pecador y quién está en pecado. Ellos decidirán si puede ser aceptado en la comunidad religiosa. Por eso lo expulsan.

El mendigo curado confiesa abiertamente que ha sido Jesús quien se le ha acercado y le ha curado, pero los fariseos lo rechazan irritados: «Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». El hombre insiste en defender a Jesús: es un profeta, viene de Dios. Los fariseos no lo pueden aguantar: «¿Es que también pretendes darnos lecciones a nosotros, tú que estás envuelto en pecado desde que naciste?».

El evangelista dice que, «cuando Jesús oyó que lo habían expulsado, fue a encontrarse con él». El diálogo es breve. Cuando Jesús le pregunta si cree en el Mesías, el expulsado dice: «¿Y quién es, Señor, para que pueda creer en él?». Jesús le responde conmovido: «No está lejos de ti. Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo». El mendigo le dice: «Creo, Señor».

Así es Jesús. Él viene siempre al encuentro de aquellos que no son acogidos oficialmente por la religión. No abandona a quienes le buscan y lo aman, aunque

sean excluidos de las comunidades e instituciones religiosas. Los que no tienen sitio en nuestras iglesias tienen un lugar privilegiado en su corazón.

¿Quién llevará hoy este mensaje de Jesús hasta esos colectivos que, en cualquier momento, escuchan condenas públicas injustas de dirigentes religiosos ciegos; que se acercan a las celebraciones cristianas con temor a ser reconocidos; que no pueden comulgar con paz en nuestras eucaristías; que se ven obligados a vivir su fe en Jesús en el silencio de su corazón, casi de manera secreta y clandestina? Amigos y amigas desconocidos, no lo olvidéis: cuando los cristianos os rechazamos, Jesús os está acogiendo.

ASÍ QUIERO MORIR YO

JUAN 11,1-45

V CUARESMA

¹ Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. ² (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, es la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos.) ³ Sus hermanas mandaron a Jesús este mensaje:

–Señor, tu amigo está enfermo.

⁴ Jesús, al enterarse, dijo:

–Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios; a través de ella se dará también a conocer la gloria del Hijo de Dios.

⁵ Por eso Jesús, aunque tenía gran amistad con Marta, con su hermana y con Lázaro, ⁶ continuó en aquel lugar otro par de días después de haber recibido el mensaje que le habían enviado. ⁷ Pasado este tiempo dijo a sus discípulos:

–Vamos otra vez a Judea.

⁸ Ellos replicaron:

–Maestro, hace poco que los judíos quisieron apedrearte. ¿Cómo es posible que quieras volver allá?

⁹ Jesús respondió:

–¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. ¹⁰ En cambio, si uno anda de noche tropieza, porque le falta la luz.

¹¹ Y añadió:

–Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo iré a despertarlo.

¹² Los discípulos comentaron:

–Señor, si se ha dormido es señal de que se recuperará.

¹³ Jesús hablaba de la muerte de Lázaro, mientras que sus discípulos entendieron que se refería al sueño natural.

¹⁴ Entonces Jesús se expresó claramente:

–Lázaro ha muerto. ¹⁵ Y me alegro de no haber estado allí, por vuestro bien; porque así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá.

¹⁶ Tomás, por sobrenombre «el Mellizo», dijo a los otros discípulos:

–Vamos también nosotros a morir con él.

¹⁷ A su llegada, Jesús se encontró con que hacía ya cuatro días que Lázaro había sido sepultado. ¹⁸ Betania está muy cerca de Jerusalén, como a dos kilómetros y medio, ¹⁹ y muchos judíos habían ido a Betania para consolar a Marta y María por la muerte de su hermano.

²⁰ Tan pronto como llegó a oídos de Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro; María se quedó en casa.

²¹ Marta dijo a Jesús:

–Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. ²² Pero, aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios él te lo concederá.

²³ Jesús le respondió:

–Tu hermano resucitará.

²⁴ Marta replicó:

–Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos.

²⁵ Entonces Jesús afirmó:

–Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶ y todo el que esté vivo y crea en mí jamás morirá. ¿Crees esto?

²⁷ Ella contestó:

–Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.

²⁸ Terminada esta conversación, Marta se fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

–El Maestro está aquí y te llama.

²⁹ María se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. ³⁰ Jesús no había entrado todavía en el pueblo; se había detenido en el lugar donde Marta se había encontrado con él.

³¹ Cuando los judíos que estaban con María en casa consolándola

vieron que se había levantado rápidamente y había salido, la siguieron, pensando que iría al sepulcro para llorar allí. ³² Sin embargo, María se dirigió a donde estaba Jesús. Cuando lo vio, se puso de rodillas a sus pies y exclamó:

–Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.

³³ Jesús, al verla llorar, y a los judíos, que también lloraban, lanzó un hondo suspiro y se emocionó profundamente.

³⁴ Después les preguntó:

–¿Dónde lo habéis sepultado?

Ellos contestaron:

–Ven, Señor, y te lo mostraremos.

³⁵ Entonces Jesús rompió a llorar.

³⁶ Los judíos comentaban:

–¡Cómo lo quería!

³⁷ Pero algunos dijeron:

–Este, que dio la vista al ciego, ¿no podía haber hecho algo para evitar la muerte de Lázaro?

³⁸ Jesús, de nuevo profundamente emocionado, se acercó más al sepulcro. Era una cueva cuya entrada estaba tapada con una gran piedra. ³⁹ Jesús les ordenó:

–Rodad la piedra hacia un lado.

Marta, la hermana del difunto, le advirtió:

–Señor, tiene que oler muy mal, porque ya hace cuatro días que murió.

⁴⁰ Jesús le contestó:

–¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?

⁴¹ Cuando rodaron la piedra, Jesús, mirando al cielo, exclamó:

–Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. ⁴² Yo sé muy bien que me escuchas siempre; si hablo así es por los que están aquí, para que crean que tú me has enviado.

⁴³ Terminada esta oración exclamó Jesús con voz potente:

–Lázaro, sal fuera.

⁴⁴ El muerto salió del sepulcro. Tenía las manos y los pies vendados y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

–Quitadle las vendas para que pueda andar.

⁴⁵ Al ver lo que Jesús había hecho, muchos de los judíos que habían ido a visitar a María creyeron en él.

* * *

Jesús nunca oculta su cariño hacia tres hermanos que viven en Betania. Seguramente son los que le acogen en su casa siempre que sube a Jerusalén. Un día, Jesús recibe un recado: «Nuestro hermano Lázaro, tu amigo, está enfermo». Al poco tiempo Jesús se encamina hacia la pequeña aldea.

Cuando se presenta, Lázaro ha muerto ya. Al verlo llegar, María, la hermana más joven, se echa a llorar. Nadie la puede consolar. Al ver llorar a su amiga y también a los judíos que la acompañan, Jesús no puede contenerse. También él «se echa a llorar» junto a ellos. La gente comenta: «¡Cómo lo quería!».

Jesús no llora solo por la muerte de un amigo muy querido. Se le rompe el alma al sentir la impotencia de todos ante la muerte. Todos llevamos en lo más íntimo de nuestro ser un deseo insaciable de vivir. ¿Por qué hemos de morir? ¿Por qué la vida no es más dichosa, más larga, más segura, más vida?

El hombre de hoy, como el de todas las épocas, lleva clavada en su corazón la pregunta más inquietante y más difícil de responder: ¿qué va a ser de todos y cada uno de nosotros? Es inútil tratar de engañarnos. ¿Qué podemos hacer ante la muerte? ¿Rebelarnos? ¿Deprimirnos?

Sin duda, la reacción más generalizada es olvidarnos y «seguir tirando». Pero, ¿no está el ser humano llamado a vivir su vida y a vivirse a sí mismo con lucidez y responsabilidad? ¿Solo hacia nuestro final nos hemos de acercar de forma inconsciente e irresponsable, sin tomar postura alguna?

Ante el misterio último de la muerte no es posible apelar a dogmas científicos ni religiosos. No nos pueden guiar más allá de esta vida. Más honrada parece la postura del escultor Eduardo Chillida, al que en cierta ocasión le escuché decir: «De la muerte, la razón me dice que es definitiva. De la razón, la razón me dice que es limitada».

Los cristianos no sabemos de la otra vida más que los demás. También nosotros nos hemos de acercar con humildad al hecho oscuro de nuestra muerte. Pero lo hacemos con una confianza radical en la bondad del Misterio de Dios que vislumbramos en Jesús. Ese Jesús al que, sin haberlo visto, amamos y al que, sin verlo aún, damos nuestra confianza.

Esta confianza no puede ser entendida desde fuera. Solo puede ser vivida por quien ha respondido, con fe sencilla, a las palabras de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida. ¿Crees tú esto?». Recientemente, Hans Küng, el teólogo católico más crítico del siglo XX, cercano ya a su final, ha dicho que, para él,

morirse es «descansar en el misterio de la misericordia de Dios». Así quiero morir yo.

NADA LE PUDO DETENER

MATEO 26,14-27,66

DOMINGO DE RAMOS

^{26,14} Entonces uno de los doce, el llamado Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes y ¹⁵ les dijo:

–¿Qué me dais si os lo entrego?

Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata.

¹⁶ Y desde ese momento andaba buscando ocasión para entregarlo.

¹⁷ El primer día de la fiesta de los panes sin levadura se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

–¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

¹⁸ Él contestó:

–Id a la ciudad, a casa de fulano, y decidle: «El maestro dice: “Se acerca el momento y quiero celebrar la cena de Pascua en tu casa con mis discípulos”».

¹⁹ Ellos hicieron lo que Jesús les había mandado y prepararon la cena de Pascua.

²⁰ Al atardecer se puso a la mesa con los Doce, ²¹ y mientras cenaban les dijo:

–Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.

²² Muy entristecidos, se pusieron a decirle uno por uno:

–¿Soy yo, Señor?

²³ Jesús respondió:

–El que come en el mismo plato que yo, ese me entregará. ²⁴ El Hijo del hombre se va, tal como está escrito de él; pero ¡ay de aquel que entrega al Hijo del hombre! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!

²⁵ Entonces preguntó Judas, el traidor:

–¿Soy yo acaso, maestro?

Y Jesús le respondió:

–Tú lo has dicho.

²⁶ Mientras cenaban, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo:

–Tomad y comed; esto es mi cuerpo.

²⁷ Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo:

–Bebed todos de ella, ²⁸ porque esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados. ²⁹ Os digo que ya no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el reino de mi Padre.

³⁰ Y después de cantar los himnos salieron hacia el monte de los Olivos.

³¹ Entonces Jesús les dijo:

–Todos vais a fallar por mi causa esta noche, porque está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño.* ³² Pero después de resucitar iré delante de vosotros a Galilea.

³³ Pedro le respondió:

–Aunque todos fallen por causa tuya, yo no fallaré.

³⁴ Jesús le dijo:

–Te aseguro que esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces.

³⁵ Pedro le replicó:

–Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

³⁶ Entonces fue Jesús con ellos a un huerto llamado Getsemaní y les dijo:

–Sentaos aquí mientras voy a orar un poco más allá.

³⁷ Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; comenzó a sentir tristeza y angustia, ³⁸ y les dijo:

–Siento una tristeza mortal; quedaos aquí y velad conmigo.

³⁹ Después, avanzando un poco más, cayó rostro en tierra y estuvo orando así:

–Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.

⁴⁰ Volvió donde estaban los discípulos y los encontró dormidos. Entonces dijo a Pedro:

–¿Conque no habéis podido estar en vela conmigo ni siquiera una

hora? ⁴¹ Velad y orad, para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil.

⁴² Por segunda vez se alejó y volvió a orar así:

–Padre mío, si no es posible que pase sin que yo la beba, hágase tu voluntad.

⁴³ Regresó y volvió a encontrarlos dormidos, pues sus ojos estaban cargados.

⁴⁴ Los dejó y volvió a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. ⁴⁵ Entonces volvió donde estaban los discípulos y les dijo:

–¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Ha llegado la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ⁴⁶ Levantaos, vamos. Ya está aquí el que me va a entregar.

⁴⁷ Aún estaba hablando cuando llegó Judas, uno de los Doce, y con él un gran tropel de gente con espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. ⁴⁸ El traidor les había dado esta señal: «Al que yo bese, ese es; prendedlo». ⁴⁹ Nada más llegar se acercó a Jesús y le dijo:

–¡Hola, maestro!

Y lo besó.

⁵⁰ Jesús le dijo:

–Amigo, haz lo que has venido a hacer.

Entonces se adelantaron, echaron mano a Jesús y lo prendieron.

⁵¹ Uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y, dando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó una oreja. ⁵² Jesús le dijo:

–Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada perecerán a espada. ⁵³ ¿O crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición enseguida más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?

⁵⁵ Luego se dirigió a la gente y dijo:

–Habéis salido a prenderme con espadas y palos como si fuera un bandido. A diario he estado enseñando en el templo, y no me apresasteis. ⁵⁶ Pero todo esto ha ocurrido para que se cumpla lo que escribieron los profetas.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

⁵⁷ Los que apresaron a Jesús lo condujeron a casa del sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los maestros de la Ley y los ancianos.

⁵⁸ Pedro lo siguió de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote; entró y se sentó con los criados para ver en qué paraba la cosa. ⁵⁹ Los jefes de los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban una acusación falsa contra Jesús para condenarlo a muerte. ⁶⁰ Pero no la encontraron, a pesar de que se presentaron muchos testigos falsos. Al fin comparecieron dos, ⁶¹ que declararon:

–Este ha dicho: «Puedo derribar el templo de Dios y reconstruirlo en tres días».

⁶² El sumo sacerdote se levantó y le dijo:

–¿No respondes nada contra esta acusación?

⁶³ Pero Jesús callaba. El sumo sacerdote le dijo:

–Te conjuro por Dios vivo; dínos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

⁶⁴ Jesús le respondió:

–Tú lo has dicho; y además os digo que *veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y que viene sobre las nubes del cielo.*

⁶⁵ Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo:

–¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece?

Ellos respondieron:

–Es reo de muerte.

⁶⁷ Entonces se pusieron a escupirle en la cara y a darle bofetadas; otros lo golpeaban, ⁶⁸ diciendo:

–Mesías, adivina quién te ha golpeado.

⁶⁹ Pedro estaba afuera, sentado en el patio. Se le acercó una criada y le dijo:

–Tú también estabas con Jesús, el Galileo.

⁷⁰ Pero él lo negó ante todos, diciendo:

–No sé de qué me hablas.

⁷¹ Salió después al portal, lo vio otra criada y dijo a los que había allí:

–Este andaba con Jesús de Nazaret.

⁷² Y por segunda vez negó con juramento:

–Yo no conozco a ese hombre.

⁷³ Poco después se acercaron a Pedro los que estaban allí y le dijeron:

—No hay duda de que tú eres uno de ellos; se te nota el acento.

⁷⁴ Entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar:

—¡No conozco a ese hombre!

Inmediatamente cantó un gallo. ⁷⁵ Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: «Antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces».

Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

^{27,1} Cuando se hizo de día, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de matar a Jesús. ² Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador.

³ Mientras tanto, Judas, el traidor, al ver que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, ⁴ diciendo:

—He pecado entregando a un inocente.

Ellos replicaron:

—¿A nosotros qué? Allá tú.

⁵ Él arrojó en el templo las monedas, se marchó y se ahorcó. ⁶ Los jefes de los sacerdotes tomaron las monedas y dijeron:

—No se pueden echar en el tesoro del templo, porque son precio de sangre.

⁷ Y, después de deliberar, compraron con ellas el campo del Alfarero para sepultura de los forasteros. ⁸ Por eso aquel campo se llama hasta hoy «Campo de sangre». ⁹ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Jeremías: *Tomaron las treinta monedas de plata, precio de aquel que fue tasado por los hijos de Israel,* ¹⁰ *y compraron el campo del Alfarero, según lo que me mandó el Señor.*

¹¹ Jesús compareció ante el gobernador, y este le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús respondió:

—Tú lo dices.

¹² Pero nada respondió a las acusaciones que le hacían los jefes de los sacerdotes y los ancianos. ¹³ Entonces Pilato le preguntó:

—¿No oyes todo lo que dicen contra ti?

¹⁴ Pero él no le respondió, de suerte que el gobernador se quedó muy extrañado.

¹⁵ Por la fiesta solía el gobernador conceder al pueblo la libertad de un preso, el que ellos quisieran. ¹⁶ Tenía entonces un preso famoso,

llamado Barrabás. ¹⁷ Así que, viéndolos reunidos, les preguntó Pilato:
–¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?

¹⁸ Pues se daba cuenta de que lo habían entregado por envidia.

¹⁹ Estaba aún en el tribunal cuando su mujer le envió este mensaje:
–No te metas con ese justo, porque esta noche he tenido pesadillas horribles por su causa.

²⁰ Los jefes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la gente para que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. ²¹ El gobernador volvió a preguntarles:

–¿A quién de los dos queréis que os suelte?

Respondieron ellos:

–A Barrabás.

²² Pilato preguntó de nuevo:

–¿Y qué hago entonces con Jesús, el llamado Mesías?

Respondieron todos:

–¡Crucifícalo!

²³ Él les dijo:

–Pues, ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos gritaron más fuerte:

–¡Crucifícalo!

²⁴ Viendo Pilato que no conseguía nada, sino que el alboroto iba en aumento, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo:

–No me hago responsable de esta muerte; allá vosotros.

²⁵ Todo el pueblo respondió:

–¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de esta muerte!

²⁶ Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, se lo entregó para que fuera crucificado.

²⁷ Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron en torno a él a toda la tropa. ²⁸ Lo desnudaron y le echaron por encima un manto de color púrpura; ²⁹ trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y una caña en su mano derecha; luego se arrodillaban ante él y se burlaban, diciendo:

–¡Salve, rey de los judíos!

³⁰ Le escupían, le quitaban la caña y lo golpeaban con ella en la cabeza. ³¹ Tras burlarse de él le quitaron el manto, le pusieron sus

ropas y lo llevaron para crucificarlo.

³² Cuando salían, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. ³³ Al llegar al lugar llamado Gólgota, esto es, el lugar de la Calavera, ³⁴ dieron a Jesús vino mezclado con hiel para que lo bebiera, pero, después de probarlo, no quiso beberlo.

³⁵ Los que lo crucificaron *se repartieron sus vestidos echándolos a suertes*. ³⁶ Y se sentaron allí para custodiarlo. ³⁷ Sobre su cabeza pusieron un letrero con la causa de su condena: «Este es Jesús, el rey de los judíos».

³⁸ Al mismo tiempo crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. ³⁹ Los que pasaban por allí lo insultaban meneando la cabeza ⁴⁰ y diciendo:

–Tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

⁴¹ Y lo mismo los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la Ley y los ancianos, se burlaban de él diciendo:

⁴² –A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. ⁴³ Ha puesto su confianza en Dios; que lo libre ahora, si es que lo quiere, ya que decía: «Soy Hijo de Dios».

⁴⁴ Hasta los ladrones que habían sido crucificados junto con él lo insultaban.

⁴⁵ Desde el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres. ⁴⁶ Hacia las tres gritó Jesús con voz potente:

–*Elí, Elí. ¿lemá sabaktani?* (Que quiere decir: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*)

⁴⁷ Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían:

–Está llamando a Elías.

⁴⁸ Enseguida, uno de ellos fue corriendo a por una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola en una caña, le daba de beber. ⁴⁹ Los otros decían:

–Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarlo.

⁵⁰ Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu.

⁵¹ Entonces el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se resquebrajaron; ⁵² se abrieron los sepulcros y muchos santos que habían muerto resucitaron, ⁵³ salieron

de los sepulcros y, después de que Jesús resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. ⁵⁴ El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, se llenaron de miedo y decían:

–Verdaderamente este era Hijo de Dios.

⁵⁵ Muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo contemplaban la escena desde lejos. ⁵⁶ Entre ellas estaban María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

⁵⁷ Al caer la tarde llegó un hombre rico, llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho discípulo de Jesús. ⁵⁸ Este José se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato mandó que se lo entregaran. ⁵⁹ José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia ⁶⁰ y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca. Rodó una piedra grande a la puerta del sepulcro y se fue. ⁶¹ María Magdalena y la otra María estaban allí, sentadas frente al sepulcro.

⁶² Al día siguiente, es decir, el día después de la preparación de la Pascua, los jefes de los sacerdotes y los fariseos se congregaron ante Pilato ⁶³ y le dijeron:

–Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: «A los tres días resucitaré». ⁶⁴ Así que manda asegurar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, roben su cuerpo y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos, y este último engaño sea peor que el primero.

⁶⁵ Pilato les dijo:

–Disponéis de un piquete de soldados; id y aseguradlo como sabéis hacer.

⁶⁶ Ellos fueron, aseguraron el sepulcro y sellaron la piedra dejando allí la guardia.

* * *

La ejecución del Bautista no fue algo casual. Según una idea muy extendida en el pueblo judío, el destino que espera al profeta es la incomprensión, el rechazo y, en muchos casos, la muerte. Probablemente, Jesús contó desde muy pronto con la posibilidad de un final violento.

Pero Jesús no fue un suicida. Tampoco buscaba el martirio. Nunca quiso el

sufrimiento ni para él ni para nadie. Dedicó su vida a combatirlo en la enfermedad, las injusticias, la marginación o la desesperanza. Vivió entregado a «buscar el reino de Dios y su justicia»: ese mundo más digno y dichoso para todos que busca su Padre.

Si Jesús acepta la persecución y el martirio es por fidelidad a ese proyecto de Dios, que no quiere ver sufrir a sus hijos e hijas. Por eso no corre hacia la muerte, pero tampoco se echa atrás. No huye ante las amenazas; tampoco modifica su mensaje ni se desdice de sus afirmaciones en defensa de los últimos.

Le habría sido fácil evitar la ejecución. Habría bastado con callarse y no insistir en lo que podía irritar en el templo o en el palacio del prefecto romano. No lo hizo. Siguió su camino. Prefirió ser ejecutado antes que traicionar su conciencia y ser infiel al proyecto de Dios, su Padre.

Aprendió a vivir en un clima de inseguridad, conflictos y acusaciones. Día a día se fue reafirmando en su misión y siguió anunciando con claridad su mensaje. Se atrevió a difundirlo no solo en las aldeas retiradas de Galilea, sino en el entorno peligroso del templo. Nada lo detuvo.

Morirá fiel al Dios en el que ha confiado siempre. Seguirá acogiendo a todos, incluso a pecadores e indeseables. Si terminan rechazándolo, morirá como un «excluido», pero con su muerte confirmará lo que ha sido su vida entera: confianza total en un Dios que no rechaza ni excluye a nadie de su perdón.

Seguirá buscando el reino de Dios y su justicia, identificándose con los más pobres y despreciados. Si un día lo ejecutan en el suplicio de la cruz, reservado para esclavos, morirá como el más pobre y despreciado, pero con su muerte sellará para siempre su fe en un Dios que quiere la salvación del ser humano de todo lo que le esclaviza.

Los seguidores de Jesús descubrimos el Misterio último de Dios encarnado en su amor y entrega extrema al ser humano. En el amor de ese crucificado está Dios mismo identificado con todos los que sufren, gritando contra todas las injusticias y perdonando a los verdugos de todos los tiempos. En este Dios se puede creer o no creer, pero no es posible burlarse de él. En él confiamos los cristianos. Nada lo detendrá en su empeño por salvar a sus hijos e hijas.

VOLVER A GALILEA

MATEO 28,1-10

PASCUA DE RESURRECCIÓN

¹ Pasado el sábado, al alborar el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. ² De pronto hubo un gran temblor. El ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, rodó la piedra del sepulcro y se sentó en ella. ³ Su aspecto era como el del relámpago y su vestido, blanco como la nieve. ⁴ Al verlo, los guardias se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. ⁵ Pero el ángel se dirigió a las mujeres y les dijo:

– Vosotras no temáis; sé que buscáis a Jesús, el crucificado. ⁶ No está aquí, ha resucitado, como dijo. Venid a ver el sitio donde yacía. ⁷ Id enseguida a decir a sus discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis». Eso es todo.

⁸ Ellas salieron a toda prisa del sepulcro y, con temor pero con mucha alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. ⁹ Jesús salió a su encuentro y las saludó.

Ellas se acercaron, se echaron a sus pies y lo adoraron. ¹⁰ Entonces Jesús les dijo:

– No temáis, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán.

* * *

Los evangelios han recogido el recuerdo de unas mujeres admirables que, al amanecer del sábado, se han acercado al sepulcro donde ha sido enterrado Jesús. No lo pueden olvidar. Le siguen amando más que a nadie. Mientras tanto, los varones han huido y permanecen tal vez escondidos.

El mensaje que escuchan al llegar es de una importancia excepcional. El evangelio de Mateo dice así: «Sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como dijo. Venid a ver el sitio donde yacía». Es un error buscar a Jesús en el mundo de la muerte. Está vivo para siempre. Nunca lo podremos encontrar donde la vida está muerta.

No lo hemos de olvidar. Si queremos encontrar a Cristo resucitado, lleno de vida y fuerza creadora, no hemos de buscarlo en una religión muerta, reducida al cumplimiento externo de preceptos y ritos rutinarios, en una fe apagada que se sostiene en tópicos y fórmulas gastadas, vacías de amor vivo a Jesús.

Entonces, ¿dónde lo podemos encontrar? Las mujeres reciben este encargo: «Id enseguida a decir a los discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis”». ¿Por qué hay que volver a Galilea para ver al Resucitado? ¿Qué sentido profundo se encierra en esta invitación? ¿Qué se nos está diciendo a los cristianos de hoy?

En Galilea se escuchó, por vez primera y en toda su pureza, la Buena Noticia de Dios y el proyecto humanizador del Padre. Si no volvemos a escucharlos hoy con corazón sencillo y abierto, nos alimentaremos de doctrinas venerables, pero no conoceremos la alegría del Evangelio de Jesús, capaz de «resucitar» nuestra fe.

Además, a orillas del lago de Galilea se fue gestando la primera comunidad de Jesús. Sus seguidores viven junto a él una experiencia única. Su presencia lo llena todo. Él es el centro. Con él aprenden a vivir acogiendo, perdonando, curando la vida y despertando la confianza en el amor insondable de Dios. Si no ponemos cuanto antes a Jesús en el centro de nuestras comunidades, nunca experimentaremos su presencia en medio de nosotros.

Si volvemos a Galilea, la «presencia invisible» de Jesús resucitado adquirirá rasgos humanos al leer los relatos evangélicos, y su «presencia silenciosa» recobrará voz concreta al escuchar sus palabras de aliento.

JESÚS SALVARÁ A SU IGLESIA

JUAN 20,19-31

II PASCUA

¹⁹ Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas por miedo a los judíos.

Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

²⁰ Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo de nuevo:

–La paz esté con vosotros.

Y añadió:

–Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

²² Sopló sobre ellos y les dijo:

–Recibid el Espíritu Santo. ²³ A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

²⁴ Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban «el Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. ²⁵ Le dijeron, pues, los demás discípulos:

–Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

–Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y no meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

²⁶ Ocho días después se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

²⁷ Después dijo a Tomás:

—**Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.**

²⁸ **Tomás contestó:**

—**¡Señor mío y Dios mío!**

²⁹ **Jesús le dijo:**

—**¿Crees porque me has visto? Dichosos los que crean sin haber visto.**

³⁰ **Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro. ³¹ Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis en él vida eterna.**

* * *

Aterrados por la ejecución de Jesús, los discípulos se refugian en una casa conocida. De nuevo están reunidos, pero ya no está con ellos Jesús. En la comunidad hay un vacío que nadie puede llenar. Les falta Jesús. ¿A quién seguirán ahora? ¿Qué podrán hacer sin él? «Está anocheciendo» en Jerusalén y también en el corazón de los discípulos.

Dentro de la casa están «con las puertas bien cerradas». Es una comunidad sin misión y sin horizonte, encerrada en sí misma, sin capacidad de acogida. Nadie piensa ya en salir por los caminos a anunciar el reino de Dios y curar la vida. Con las puertas cerradas no es posible acercarse al sufrimiento de las gentes.

Los discípulos están llenos de «miedo a los judíos». Es una comunidad paralizada por el miedo, en actitud defensiva. Solo ven hostilidad y rechazo por todas partes. Con miedo no es posible amar al mundo como lo amaba Jesús ni infundir en nadie aliento y esperanza.

De pronto, Jesús resucitado toma la iniciativa. Viene a rescatar a sus seguidores. «Entra en la casa y se pone en medio de ellos». La pequeña comunidad comienza a transformarse. Del miedo pasan a la paz que les infunde Jesús. De la oscuridad de la noche pasan a la alegría de volver a verlo lleno de vida. De las puertas cerradas van a pasar pronto a anunciar por todas partes la Buena Noticia de Jesús.

Jesús les habla poniendo en aquellos pobres hombres toda su confianza: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo a vosotros». No les dice a quién se han de acercar, qué han de anunciar ni cómo han de actuar. Ya lo han podido aprender de él por los caminos de Galilea. Serán en el mundo lo que ha sido él.

Jesús conoce la fragilidad de sus discípulos. Muchas veces les ha criticado su fe pequeña y vacilante. Necesitan la fuerza de su Espíritu para cumplir su misión. Por eso hace con ellos un gesto especial. No les impone las manos ni los bendice, como a los enfermos. Exhala su aliento sobre ellos y les dice: «Recibid el Espíritu Santo».

Solo Jesús salvará a su Iglesia. Solo él nos liberará de los miedos que nos paralizan, romperá los esquemas aburridos en los que pretendemos encerrarlo, abrirá tantas puertas que hemos ido cerrando a lo largo de los siglos, enderezará tantos caminos que nos han desviado de él.

Lo que se nos pide es reavivar mucho más en toda Iglesia la confianza en Jesús resucitado, movilizarnos para ponerlo sin miedo en el centro de nuestras parroquias y comunidades, y concentrar todas nuestras fuerzas en escuchar bien lo que su Espíritu nos está diciendo hoy a sus seguidores.

ACOGER LA FUERZA DEL EVANGELIO

LUCAS 24,13-35

III PASCUA

¹³ Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. ¹⁴ Iban hablando de todos estos sucesos. ¹⁵ Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷ Él les dijo:

–¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?

Ellos se detuvieron entristecidos, ¹⁸ y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:

–¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

¹⁹ Él les preguntó:

–¿Qué ha pasado?

Ellos contestaron:

–Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron? ²¹ Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y, sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. ²² Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro ²³ y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. ²⁴ Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron.

²⁵ Entonces Jesús les dijo:

—¡Qué torpes sois para comprender y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

²⁷ Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas les explicó lo que decían de él las Escrituras. ²⁸ Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. ²⁹ Pero ellos le insistieron, diciendo:

—Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos.

³⁰ Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. ³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. ³² Y se dijeron uno a otro:

—¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

³³ En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a todos los demás, ³⁴ que les dijeron:

—Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

* * *

Dos discípulos de Jesús se van alejando de Jerusalén. Caminan tristes y desolados. Cuando lo han visto morir en la cruz, en su corazón se ha apagado la esperanza que habían puesto en él. Sin embargo continúan pensando en él. No lo pueden olvidar. ¿Habrá sido todo una ilusión?

Mientras conversan y discuten de todo lo vivido, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos. Sin embargo, los discípulos no lo reconocen. Aquel Jesús en el que tanto habían confiado y al que habían amado con pasión les parece ahora un caminante extraño.

Jesús se une a su conversación. Los caminantes lo escuchan primero sorprendidos, pero poco a poco algo se va despertando en su corazón. No saben exactamente qué les está sucediendo. Más tarde dirán: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Los caminantes se sienten atraídos por las palabras de Jesús. Llega un momento en que necesitan su compañía. No quieren dejarle marchar: «Quédate con nosotros». Durante la cena se les abrirán los ojos y lo reconocerán. Este es el gran mensaje de este relato: cuando acogemos a Jesús como compañero de camino, sus palabras pueden despertar en nosotros la esperanza perdida.

Durante estos años, muchas personas han perdido su confianza en Jesús. Poco a poco se les ha ido convirtiendo en un personaje extraño e irreconocible. Todo lo que saben de él es lo que pueden reconstruir, de manera parcial y fragmentaria, a partir de lo que han escuchado a predicadores y catequistas.

Sin duda, la homilía de los domingos cumple una tarea insustituible, pero resulta claramente insuficiente para que las personas de hoy puedan entrar en contacto directo y vivo con el Evangelio. Tal como se lleva a cabo, ante un pueblo que ha de permanecer mudo, sin exponer sus inquietudes, interrogantes y problemas, es difícil que logre regenerar la fe vacilante de tantas personas que buscan, a veces sin saberlo, encontrarse con Jesús.

¿No ha llegado el momento de instaurar, fuera del contexto de la liturgia dominical, un espacio nuevo y diferente para escuchar juntos el Evangelio de Jesús? ¿Por qué no reunirnos laicos y presbíteros, mujeres y hombres, cristianos convencidos y personas que se interesan por la fe, a escuchar, compartir, dialogar y acoger el Evangelio de Jesús?

Hemos de dar al Evangelio la oportunidad de entrar con toda su fuerza transformadora en contacto directo e inmediato con los problemas, crisis, miedos y esperanzas de la gente de hoy. Pronto será demasiado tarde para recuperar entre nosotros la frescura original del Evangelio. Hoy es posible. Esto es lo que se pretende con la propuesta de los Grupos de Jesús.

NUEVA RELACIÓN CON JESÚS

JUAN 10,1-10

IV PASCUA

¹—Os aseguro que quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino por cualquier otra parte, es ladrón y salteador. ² El pastor de las ovejas entra por la puerta. ³ A este le abre el guarda para que entre, y las ovejas escuchan su voz; él llama a las suyas por su nombre y las saca fuera del redil. ⁴ Cuando han salido todas las suyas, se pone delante de ellas y las ovejas lo siguen, pues conocen su voz. ⁵ En cambio, nunca siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque su voz les resulta desconocida.

⁶ Jesús les puso esta comparación, pero ellos no comprendieron su significado.

⁷ Entonces Jesús se lo explicó:

—Os aseguro que yo soy la puerta por la que deben entrar las ovejas. ⁸ Todos los que vinieron antes que yo eran ladrones y salteadores. Por eso las ovejas no les hicieron caso. ⁹ Yo soy la puerta. Todo el que entre en el redil por esta puerta estará a salvo, y sus esfuerzos por buscar el sustento no serán en vano. ¹⁰ El ladrón va al rebaño únicamente para robar, matar y destruir. Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud.

* * *

En las comunidades cristianas necesitamos vivir una experiencia nueva de Jesús reavivando nuestra relación con él. Ponerlo decididamente en el centro de nuestra vida. Pasar de un Jesús confesado de manera rutinaria a un Jesús acogido vitalmente. El evangelio de Juan hace algunas sugerencias importantes al hablar de la relación de las ovejas con su pastor.

Lo primero es «escuchar su voz» en toda su frescura y originalidad. No confundirla con el respeto a las tradiciones ni con la novedad de las modas. No dejarnos distraer ni aturdir por otras voces extrañas que, aunque se escuchen en el interior de la Iglesia, no comunican su Buena Noticia.

Es importante, además, sentirnos llamados por Jesús «por nuestro nombre». Dejarnos atraer por él. Descubrir poco a poco, y cada vez con más alegría, que nadie responde como él a nuestras preguntas más decisivas, nuestros anhelos más profundos y nuestras necesidades últimas.

Es decisivo «seguir» a Jesús. La fe cristiana no consiste en creer cosas sobre Jesús, sino en creerle a él: vivir confiando en su persona; inspirarnos en su estilo de vida para orientar nuestra propia existencia con lucidez y responsabilidad.

Es vital caminar teniendo a Jesús «delante de nosotros». No hacer el recorrido de nuestra vida en solitario. Experimentar en algún momento, aunque sea de manera torpe, que es posible vivir la vida desde su raíz: desde ese Dios que se nos ofrece en Jesús, más humano, más amigo, más cercano y salvador que todas nuestras teorías.

Esta relación viva con Jesús no nace en nosotros de manera automática. Se va despertando en nuestro interior de forma frágil y humilde. Al comienzo es casi solo un deseo. Por lo general crece rodeada de dudas, interrogantes y resistencias. Pero, no sé cómo, llega un momento en el que el contacto con Jesús empieza a marcar decisivamente nuestra vida.

Estoy convencido de que el futuro de la fe entre nosotros se está decidiendo, en buena parte, en la conciencia de quienes en estos momentos nos sentimos cristianos. Ahora mismo la fe se está reavivando o se está extinguiendo en nuestras parroquias y comunidades, en el corazón de los sacerdotes y fieles que las formamos.

La increencia empieza a penetrar en nosotros desde el mismo momento en que nuestra relación con Jesús pierde fuerza o queda adormecida por la rutina, la indiferencia y la despreocupación. Por eso, el papa Francisco ha reconocido que «necesitamos crear espacios motivadores y sanadores [...] lugares donde regenerar la fe en Jesús». Hemos de escuchar su llamada.

EL CAMINO

JUAN 14,1-12 V PASCUA

¹ –No os inquietéis. Confiad en Dios y confiad también en mí. ² En la casa de mi Padre hay lugar para todos; de no ser así, ya os lo habría dicho; ahora voy a prepararos ese lugar. ³ Una vez que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo. ⁴ Vosotros ya sabéis el camino para ir a donde yo voy.

⁵ Tomás replicó:

–Pero, Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?

⁶ Jesús le respondió:

–Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre sino por mí. ⁷ Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Desde ahora lo conocéis, pues ya lo habéis visto.

⁸ Entonces Felipe le dijo:

–Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta.

⁹ Jesús le contestó:

–Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí ve al Padre. ¿Cómo me pides que os muestre al Padre? ¹⁰ ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que os digo no son palabras mías. Es el Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra. ¹¹ Debéis creerme cuando afirmo que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; si no creéis en mis palabras, creed al menos en las obras que hago. ¹² Os aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo me voy al Padre.

Al final de la última cena, los discípulos comienzan a intuir que Jesús ya no estará mucho tiempo con ellos. La salida precipitada de Judas, el anuncio de que Pedro le negará muy pronto, las palabras de Jesús hablando de su próxima partida, han dejado a todos desconcertados y abatidos. ¿Qué va a ser de ellos?

Jesús capta su tristeza y su turbación. Su corazón se conmueve. Olvidándose de sí mismo y de lo que le espera, Jesús trata de animarlos: «No os inquietéis. Confiad en Dios y confiad también en mí». Más tarde, en el curso de la conversación, Jesús les hace esta confesión: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre sino por mí». No lo hemos de olvidar nunca.

«Yo soy el camino». El problema de muchos no es que vivan extraviados o descaminados. Sencillamente viven sin camino, perdidos en una especie de laberinto: andando y desandando los mil caminos que, desde fuera, les van indicando las consignas y modas del momento.

¿Y qué puede hacer un hombre o una mujer cuando se encuentra sin camino? ¿A quién se puede dirigir? ¿Adónde puede acudir? El que camina tras los pasos de Jesús podrá seguir encontrándose con problemas y dificultades, pero está en el camino acertado que conduce al Padre. Esta es la promesa de Jesús.

«Yo soy la verdad». Estas palabras encierran una invitación escandalosa a los oídos modernos. Y, sin embargo, también hoy hemos de escuchar a Jesús. No todo se reduce a la razón. El desarrollo de la ciencia no contiene toda la verdad. El misterio último de la realidad no se deja atrapar por los análisis más sofisticados. El ser humano ha de vivir ante el misterio último de su existencia.

Jesús se presenta como camino que conduce y acerca a ese Misterio último. Dios no se impone. No fuerza a nadie con pruebas ni evidencias. El Misterio último es silencio y atracción respetuosa. Jesús es el camino que nos puede conducir a confiar en su bondad.

«Yo soy la vida». Jesús puede ir transformando nuestra vida. No como el maestro lejano que ha dejado un legado de sabiduría admirable a la humanidad, sino como alguien vivo que, desde lo más profundo de nuestro ser, infunde en nosotros un germen de vida nueva.

Esta acción de Jesús en nosotros se produce casi siempre de forma discreta y callada. El mismo creyente solo intuye una presencia imperceptible. A veces, sin embargo, nos invade la certeza, la alegría incontenible, la confianza total: Dios existe, nos ama, todo es posible, incluso la vida eterna. Nunca entenderemos la fe

cristiana si no acogemos a Jesús como el camino, la verdad y la vida.

EL ESPÍRITU DE LA VERDAD

JUAN 14,15-21

VI PASCUA

¹⁵ Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos; ¹⁶ y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Defensor, para que esté siempre con vosotros. ¹⁷ Es el Espíritu de la verdad que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está en vosotros.

¹⁸ No os dejaré huérfanos; volveré a estar con vosotros. ¹⁹ El mundo dejará de verme dentro de poco; vosotros, en cambio, seguiréis viéndome, porque yo vivo y vosotros también viviréis. ²⁰ Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. ²¹ El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él.

* * *

Jesús se está despidiendo de sus discípulos. Los ve tristes y abatidos. Pronto no le tendrán a él. ¿Quién podrá llenar su vacío? Hasta ahora ha sido él quien ha cuidado de ellos, los ha defendido de los escribas y fariseos, ha sostenido su fe débil y vacilante, les ha ido descubriendo la verdad de Dios y los ha iniciado en su proyecto humanizador.

Jesús les habla apasionadamente del Espíritu. No los quiere dejar huérfanos. Él mismo pedirá al Padre que no los abandone, que les dé «otro Defensor» para que «esté siempre con ellos». Jesús lo llama «el Espíritu de la verdad». ¿Qué se esconde en estas palabras de Jesús?

Este «Espíritu de la verdad» no ha de ser confundido con una doctrina. Esta verdad no hay que buscarla en los libros de los teólogos ni en los documentos de

la jerarquía. Es algo mucho más profundo. Jesús dice que «vive con nosotros y está en nosotros». Es aliento, fuerza, luz, amor... que nos llega del misterio último de Dios. Lo hemos de acoger con corazón sencillo y confiado.

Este «Espíritu de la verdad» no nos convierte en «propietarios» de la verdad. No viene para que impongamos a otros nuestra fe ni para que controlemos su ortodoxia. Viene para no dejarnos huérfanos de Jesús, y nos invita a abrirnos a su verdad escuchando, acogiendo y viviendo su Evangelio.

Este «Espíritu de la verdad» no nos hace tampoco «guardianes» de la verdad, sino testigos. Nuestro quehacer no es disputar, combatir ni derrotar adversarios, sino vivir la verdad del Evangelio y «amar a Jesús guardando sus preceptos».

Este «Espíritu de la verdad» está en el interior de cada uno de nosotros defendiéndonos de todo lo que nos pueda apartar de Jesús. Nos invita a abrirnos con sencillez al misterio de un Dios Amigo de la vida. Quien busca a este Dios con honradez y verdad no está lejos de él. Jesús dijo en cierta ocasión: «Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Es cierto.

Este «Espíritu de la verdad» nos invita a vivir en la verdad de Jesús en medio de una sociedad donde con frecuencia a la mentira se la llama estrategia; a la explotación, negocio; a la irresponsabilidad, tolerancia; a la injusticia, orden establecido; a la arbitrariedad, libertad; a la falta de respeto, sinceridad...

¿Qué sentido puede tener la Iglesia de Jesús si dejamos que se pierda en nuestras comunidades el «Espíritu de la verdad»? ¿Quién podrá salvarla del autoengaño, las desviaciones y la mediocridad generalizada? ¿Quién anunciará la Buena Noticia de Jesús en una sociedad tan necesitada de aliento y esperanza?

ABRIR EL HORIZONTE

MATEO 28,16-20

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

¹⁶ Los Once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. ¹⁷ Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. ¹⁸

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

–Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¹⁹ Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; ²⁰ enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.

* * *

Ocupados solo en el logro inmediato de un mayor bienestar y atraídos por pequeñas aspiraciones y esperanzas, corremos el riesgo de empobrecer el horizonte de nuestra existencia perdiendo el anhelo de eternidad. ¿Es un progreso? ¿Es un error?

Hay dos hechos que no es difícil comprobar en este nuevo milenio en el que vivimos desde hace unos años. Por una parte está creciendo en la comunidad humana la expectativa y el deseo de un mundo mejor. No nos contentamos con cualquier cosa: necesitamos progresar hacia un mundo más digno, más humano y dichoso.

Por otra está creciendo al mismo tiempo el desencanto, el escepticismo y la incertidumbre ante el futuro. Hay tanto sufrimiento absurdo en la vida de las personas y de los pueblos, tantos conflictos envenenados, tales abusos contra el planeta, que no es fácil mantener la fe en el ser humano.

Es cierto que el desarrollo de la ciencia y la tecnología están logrando resolver muchos males y sufrimientos. En el futuro se lograrán, sin duda, éxitos todavía

más espectaculares. Aún no somos capaces de intuir la capacidad que se encierra en el ser humano para desarrollar un bienestar físico, psíquico y social.

Pero no sería honesto olvidar que este desarrollo prodigioso nos va «salvando» solo de algunos males y solo de manera limitada. Ahora precisamente que disfrutamos cada vez más del progreso humano empezamos a percibir mejor que el ser humano no puede darse a sí mismo todo lo que anhela y busca.

¿Quién nos salvará del envejecimiento, de la muerte inevitable o del poder extraño del mal? No nos ha de sorprender que muchos comiencen a sentir la necesidad de algo que no es ni técnica ni ciencia, tampoco ideología o doctrina religiosa. El ser humano se resiste a vivir encerrado para siempre en esta condición caduca y mortal. Busca un horizonte, necesita una esperanza más definitiva.

No pocos cristianos viven hoy mirando exclusivamente a la tierra. Al parecer no nos atrevemos a levantar la mirada más allá de lo inmediato de cada día. En esta fiesta cristiana de la Ascensión del Señor quiero recordar unas palabras de aquel gran científico y místico que fue P. Teilhard de Chardin: «Cristianos a solo veinte siglos de la Ascensión. ¿Qué habéis hecho de la esperanza cristiana?».

En medio de interrogantes e incertidumbres, los seguidores de Jesús seguimos caminando por la vida trabajados por una confianza y una convicción. Cuando parece que la vida se cierra o se extingue, Dios permanece. El misterio último de la realidad es un misterio de Amor salvador. Dios es una Puerta abierta a la vida eterna. Nadie la puede cerrar.

VIVIR A DIOS DESDE DENTRO

JUAN 20,19-23 PENTECOSTÉS

¹⁹ Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas por miedo a los judíos.

Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

²⁰ Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo de nuevo:

–La paz esté con vosotros.

Y añadió:

–Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

²² Sopló sobre ellos y les dijo:

–Recibid el Espíritu Santo. ²³ A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

* * *

Hace algunos años, el gran teólogo alemán Karl Rahner se atrevía a afirmar que el principal y más urgente problema de la Iglesia de nuestros tiempos era su «mediocridad espiritual». Estas eran sus palabras: el verdadero problema de la Iglesia es «seguir tirando con una resignación y un tedio cada vez mayores por los caminos habituales de una mediocridad espiritual».

El problema no ha hecho sino agravarse estas últimas décadas. De poco han servido los intentos de reforzar las instituciones, salvaguardar la liturgia o vigilar la ortodoxia. En el corazón de muchos cristianos se está apagando la experiencia interior de Dios.

La sociedad moderna ha apostado por lo «exterior». Todo nos invita a vivir

desde fuera. Todo nos presiona para movernos con prisa, sin apenas detenernos en nada ni en nadie. La paz ya no encuentra resquicios para penetrar hasta nuestro corazón. Vivimos casi siempre en la corteza de la vida. Se nos está olvidando qué es saborear la vida desde dentro. Para ser humana, a nuestra vida le falta hoy una dimensión esencial: la interioridad.

Es triste observar que tampoco en las comunidades cristianas sabemos cuidar y promover la vida interior. Muchos no saben lo que es el silencio del corazón, no se enseña a vivir la fe desde dentro. Privados de experiencia interior, sobrevivimos olvidando nuestra alma: escuchando palabras con los oídos y pronunciando oraciones con los labios mientras nuestro corazón está ausente.

En la Iglesia se habla mucho de Dios, pero, ¿dónde y cuándo escuchamos los creyentes la presencia callada de Dios en lo más hondo del corazón? ¿Dónde y cuándo acogemos el Espíritu del Resucitado en nuestro interior? ¿Cuándo vivimos en comunión con el Misterio de Dios desde dentro?

Acoger a Dios en nuestro interior quiere decir al menos dos cosas. La primera: no colocar a Dios siempre lejos y fuera de nosotros, es decir, aprender a escucharlo en el silencio del corazón. La segunda: bajar a Dios de la cabeza a lo profundo de nuestro ser, es decir, dejar de pensar en Dios solo con la mente y aprender a percibirlo en lo más íntimo de nosotros.

Esta experiencia interior de Dios, real y concreta, puede transformar nuestra fe. Uno se sorprende de cómo hemos podido vivir sin descubrirla antes. Es posible encontrar a Dios dentro de nosotros en medio de una cultura secularizada. Es posible también hoy conocer una alegría interior nueva y diferente. Pero me parece muy difícil mantener por mucho tiempo la fe en Dios en medio de la agitación y frivolidad de la vida moderna sin conocer, aunque sea de manera humilde y sencilla, alguna experiencia interior del Misterio de Dios.

LA INTIMIDAD DE DIOS

JUAN 3,16-18

SANTÍSIMA TRINIDAD

¹⁶ Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él. ¹⁸ El que cree en él no será condenado; por el contrario, el que no cree en él ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios.

* * *

Si por un imposible la Iglesia dijera un día que Dios no es Trinidad, ¿cambiaría en algo la existencia de muchos creyentes? Probablemente no. Por eso queda uno sorprendido ante esta confesión del P. Varillon: «Pienso que, si Dios no fuera Trinidad, yo sería probablemente ateo [...] En cualquier caso, si Dios no es Trinidad, yo no comprendo ya absolutamente nada».

La inmensa mayoría de los cristianos no sabe que al adorar a Dios como Trinidad estamos confesando que Dios, en su intimidad más profunda, es solo amor, acogida, ternura. Esta es quizá la conversión que más necesitan no pocos cristianos: el paso progresivo de un Dios considerado como Poder a un Dios adorado gozosamente como Amor.

Dios no es un ser «omnipotente y sempiterno» cualquiera. Un ser poderoso puede ser un déspota, un tirano destructor, un dictador arbitrario: una amenaza para nuestra pequeña y débil libertad. ¿Podríamos confiar en un Dios del que solo supiéramos que es omnipotente? Es muy difícil abandonarse a alguien infinitamente poderoso. Parece más fácil desconfiar, ser cautos y salvaguardar nuestra independencia.

Pero Dios es Trinidad, es un misterio de Amor. Y su omnipotencia es la

omnipotencia de quien solo es amor, ternura insondable e infinita. Es el amor de Dios el que es omnipotente. Dios no lo puede todo. Dios no puede sino lo que puede el amor infinito. Y siempre que lo olvidamos y nos salimos de la esfera del amor nos fabricamos un Dios falso, una especie de ídolo extraño que no existe.

Cuando no hemos descubierto todavía que Dios es solo Amor, fácilmente nos relacionamos con él desde el interés o el miedo. Un interés que nos mueve a utilizar su omnipotencia para nuestro provecho. O un miedo que nos lleva a buscar toda clase de medios para defendernos de su poder amenazador. Pero esta religión hecha de interés y de miedos está más cerca de la magia que de la verdadera fe cristiana.

Solo cuando uno intuye desde la fe que Dios es solo Amor y descubre fascinado que no puede ser otra cosa sino Amor presente y palpitante en lo más hondo de nuestra vida, comienza a crecer libre en nuestro corazón la confianza en un Dios Trinidad del que lo único que sabemos por Jesús es que no puede sino amarnos.

ESTANCADOS

JUAN 6,51-58

CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

⁵¹ Jesús añadió:

–Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo.

⁵² Esto suscitó una fuerte discusión entre los judíos, los cuales se preguntaban:

–¿Cómo puede este darnos a comer su carne?

⁵³ Jesús les dijo:

–Yo os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. ⁵⁴ El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. ⁵⁵ Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶ El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él. ⁵⁷ El Padre, que me ha enviado, posee la vida, y yo vivo por él. Así también el que me coma vivirá por mí. ⁵⁸ Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el pan que comieron vuestros antepasados. Ellos murieron; pero el que coma de este pan vivirá para siempre.

* * *

El papa Francisco está repitiendo que los miedos, las dudas, la falta de audacia... pueden impedir de raíz impulsar la renovación que necesita hoy la Iglesia. En su Exhortación *La alegría del Evangelio* llega a decir que, si quedamos paralizados por el miedo, una vez más podemos quedarnos simplemente en «espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia».

Sus palabras hacen pensar. ¿Qué podemos percibir entre nosotros? ¿Nos

estamos movilizando para reavivar la fe de nuestras comunidades cristianas o seguimos instalados en ese «estancamiento infecundo» del que habla Francisco? ¿Dónde podemos encontrar fuerzas para reaccionar?

Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II fue impulsar el paso desde la «misa», entendida como una obligación individual para cumplir un precepto sagrado, a la «eucaristía» vivida como celebración gozosa de toda la comunidad para alimentar su fe, crecer en fraternidad y reavivar su esperanza en Jesucristo resucitado.

Sin duda, a lo largo de estos años hemos dado pasos muy importantes. Quedan muy lejos aquellas misas celebradas en latín en las que el sacerdote «decía» la misa y el pueblo cristiano venía a «oír» la misa o a «asistir» a la celebración. Pero, ¿no estamos celebrando la eucaristía de manera rutinaria y aburrida?

Hay un hecho innegable. La gente se está alejando de manera imparable de la práctica dominical, porque no encuentra en nuestras celebraciones el clima, la palabra clara, el rito expresivo, la acogida estimulante que necesita para alimentar su fe débil y vacilante.

Sin duda, todos, presbíteros y laicos, nos hemos de preguntar qué estamos haciendo para que la eucaristía sea, como quiere el Concilio, «centro y cumbre de toda la vida cristiana». ¿Cómo permanece tan callada e inmóvil la jerarquía? ¿Por qué los creyentes no manifestamos nuestra preocupación y nuestro dolor con más fuerza?

El problema es grave. ¿Hemos de seguir «estancados» en un modo de celebración eucarística tan poco atractivo para los hombres y mujeres de hoy? ¿Es esta liturgia que venimos repitiendo desde hace siglos la que mejor puede ayudarnos a actualizar aquella cena memorable de Jesús donde se concentra de modo admirable el núcleo de nuestra fe?

CON EL FUEGO DEL ESPÍRITU

JUAN 1,29-34

II TIEMPO ORDINARIO

²⁹ Al día siguiente, Juan vio a Jesús, que se acercaba a él, y dijo:

–Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ³⁰ A este me refería yo cuando dije: «Detrás de mí viene uno que ha sido colocado delante de mí, porque existía antes que yo». ³¹ Yo mismo no lo conocía; pero la razón de mi bautismo era que él se manifestara a Israel.

³² Juan prosiguió:

–Yo he visto que el Espíritu bajaba desde el cielo como una paloma y permanecía sobre él. ³³ Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ese es quien bautizará con Espíritu Santo». ³⁴ Y, como lo he visto, doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

* * *

Las primeras comunidades cristianas se preocuparon de diferenciar bien el bautismo de Juan, que sumergía a las gentes en las aguas del Jordán, y el bautismo de Jesús, que comunicaba su Espíritu para limpiar, renovar y transformar el corazón de sus seguidores. Sin ese Espíritu de Jesús, la Iglesia se apaga y se extingue.

Solo el Espíritu de Jesús puede poner más verdad en el cristianismo actual. Solo su Espíritu nos puede conducir a recuperar nuestra verdadera identidad, abandonando caminos que nos desvían una y otra vez del Evangelio. Solo ese Espíritu nos puede dar luz y fuerza para emprender la renovación que necesita hoy la Iglesia.

El papa Francisco sabe muy bien que el mayor obstáculo para poner en marcha una nueva etapa evangelizadora es la mediocridad espiritual. Lo dice de manera rotunda. Desea alentar con todas sus fuerzas una etapa «más ardiente, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin, y de vida contagiosa». Pero todo será insuficiente «si no arde en los corazones el fuego del Espíritu».

Por eso busca para la Iglesia de hoy «evangelizadores con Espíritu» que se abran sin miedo a su acción y encuentren en ese Espíritu Santo de Jesús «la fuerza para anunciar la verdad del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente».

Según el papa, la renovación que quiere impulsar en el cristianismo actual no es posible «cuando la falta de una espiritualidad profunda se traduce en pesimismo, fatalismo y desconfianza», o cuando nos lleva a pensar que «nada puede cambiar» y, por tanto, que «es inútil esforzarse», o cuando bajamos los brazos definitivamente, «dominados por un descontento crónico o por una acedia que seca el alma».

Francisco nos advierte que «a veces perdemos el entusiasmo al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas». Sin embargo no es así. El papa expresa con fuerza su convicción: «No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra [...] no es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón».

Todo esto hemos de descubrirlo por experiencia personal de Jesús. De lo contrario, dice el papa, a quien no lo descubre, «pronto le falta fuerza y pasión; y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie». ¿No estará aquí uno de los principales obstáculos para impulsar la renovación querida por el papa Francisco?

ALGO NUEVO Y BUENO

MATEO 4,12-23

III TIEMPO ORDINARIO

¹² Al oír Jesús que Juan había sido encarcelado se volvió a Galilea. ¹³ Dejó Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún, junto al lago, en la frontera de Zabulón y Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliera lo anunciado por el profeta Isaías:

¹⁵ *Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.*

¹⁶ *El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz,
a los que habitaban en una región de sombra de muerte
una luz les brilló.*

¹⁷ Desde entonces empezó Jesús a predicar diciendo:
–Arrepentíos, porque está llegando el reino de los cielos.

¹⁸ Paseando junto al lago de Galilea vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. ¹⁹ Les dijo:

–Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

²⁰ Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. ²¹ Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también, ²² y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron.

²³ Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas. Anunciaba la buena noticia del reino y curaba las enfermedades y las dolencias del pueblo.

* * *

El primer escritor que recogió la actuación y el mensaje de Jesús lo resumió todo diciendo que Jesús proclamaba la «Buena Noticia de Dios». Más tarde, los demás evangelistas emplean el mismo término griego (*euaggelion*) y expresan la misma convicción: en el Dios anunciado por Jesús, las gentes encontraban algo «nuevo» y «bueno».

¿Hay todavía en ese Evangelio algo que pueda ser leído, en medio de nuestra sociedad indiferente y descreída, como algo nuevo y bueno para el hombre y la mujer de nuestros días? ¿Algo que se pueda encontrar en el Dios anunciado por Jesús y que no proporciona fácilmente la ciencia, la técnica o el progreso? ¿Cómo es posible vivir la fe en Dios en nuestros días?

En el Evangelio de Jesús, los creyentes nos encontramos con un Dios desde el que podemos sentir y vivir la vida como un regalo que tiene su origen en el misterio último de la realidad que es Amor. Para mí es bueno no sentirme solo y perdido en la existencia ni en manos del destino o el azar. Tengo a Alguien en quien puedo confiar y a quien puedo agradecer la vida.

En el Evangelio de Jesús nos encontramos con un Dios que, a pesar de nuestras torpezas, nos da fuerza para defender nuestra libertad sin terminar siendo esclavos de cualquier ídolo; para seguir aprendiendo siempre formas nuevas y más humanas de trabajar y de disfrutar, de sufrir y de amar. Para mí es bueno poder contar con la fuerza de mi pequeña fe en ese Dios.

En el Evangelio de Jesús nos encontramos con un Dios que despierta nuestra responsabilidad para no desentendernos de los demás. No podremos hacer grandes cosas, pero sabemos que podemos contribuir a una vida más digna y más dichosa para todos pensando sobre todo en los más necesitados e indefensos. Para mí es bueno creer en un Dios que me pregunta con frecuencia qué hago por mis hermanos. Me hace vivir con más lucidez y dignidad.

En el Evangelio de Jesús nos encontramos con un Dios que nos ayuda a entrever que el mal, la injusticia y la muerte no tienen la última palabra. Un día, todo lo que aquí no ha podido ser, lo que ha quedado a medias, nuestros anhelos más grandes y nuestros deseos más íntimos alcanzarán en Dios su plenitud. A mí me hace bien vivir y esperar mi muerte con esta confianza.

Cada uno de nosotros tiene que decidir cómo quiere vivir y cómo quiere morir. Cada uno ha de escuchar su propia verdad. Para mí no es lo mismo creer en Dios que no creer. A mí me hace bien poder hacer mi recorrido por este mundo sintiéndome acogido, fortalecido, perdonado y salvado por el Dios revelado en Jesús.

UNA IGLESIA MÁS EVANGÉLICA

MATEO 5,1-12

IV TIEMPO ORDINARIO

¹ Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. ² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ –Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.

⁴ Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará.

⁵ Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará.

⁷ Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz, porque Dios los llamará sus hijos.

¹⁰ Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. ¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

* * *

Al formular las bienaventuranzas, Mateo, a diferencia de Lucas, se preocupa de trazar los rasgos que han de caracterizar a los seguidores de Jesús. De ahí la importancia que tienen para nosotros en estos tiempos en que la Iglesia ha de ir

encontrando su propio estilo de vida en medio de una sociedad secularizada.

No es posible proponer la Buena Noticia de Jesús de cualquier forma. El Evangelio solo se difunde desde actitudes evangélicas. Las bienaventuranzas nos indican el espíritu que ha de inspirar la actuación de la Iglesia mientras peregrina hacia el Padre. Las hemos de escuchar en actitud de conversión personal y comunitaria. Solo así hemos de caminar hacia el futuro.

Dichosa la Iglesia «pobre de espíritu» y de corazón sencillo, que actúa sin prepotencia ni arrogancia, sin riquezas ni esplendor, sostenida por la autoridad humilde de Jesús. De ella es el reino de Dios.

Dichosa la Iglesia que «llora» con los que lloran y sufre al ser despojada de privilegios y poder, pues podrá compartir mejor la suerte de los perdedores y también el destino de Jesús. Un día será consolada por Dios.

Dichosa la Iglesia que renuncia a imponerse por la fuerza, la coacción o el sometimiento, practicando siempre la mansedumbre de su Maestro y Señor. Heredará un día la tierra prometida.

Dichosa la Iglesia que tiene «hambre y sed de justicia» dentro de sí misma y para el mundo entero, pues buscará su propia conversión y trabajará por una vida más justa y digna para todos, empezando por los últimos. Su anhelo será saciado por Dios.

Dichosa la Iglesia compasiva que renuncia al rigorismo y prefiere la misericordia antes que los sacrificios, pues acogerá a los pecadores y no les ocultará la Buena Noticia de Jesús. Ella alcanzará de Dios misericordia.

Dichosa la Iglesia de «corazón limpio» y conducta transparente, que no encubre sus pecados ni promueve el secretismo o la ambigüedad, pues caminará en la verdad de Jesús. Un día verá a Dios.

Dichosa la Iglesia que «trabaja por la paz» y lucha contra las guerras, que aúna los corazones y siembra concordia, pues contagiará la paz de Jesús que el mundo no puede dar. Ella será hija de Dios.

Dichosa la Iglesia que sufre hostilidad y persecución a causa de la justicia sin rehuir el martirio, pues sabrá llorar con las víctimas y conocerá la cruz de Jesús. De ella es el reino de Dios.

La sociedad actual necesita conocer comunidades cristianas marcadas por este espíritu de las bienaventuranzas. Solo una Iglesia evangélica tiene autoridad y credibilidad para mostrar el rostro de Jesús a los hombres y mujeres de hoy.

SALIR A LAS PERIFERIAS

MATEO 5,13-16

V TIEMPO ORDINARIO

¹³ Vosotros sois la sal de la tierra; pero, si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres. ¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. ¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para taparla con una vasija de barro; sino que se pone sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. ¹⁶ Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

* * *

Jesús da a conocer con dos imágenes audaces y sorprendentes lo que piensa y espera de sus seguidores. No han de vivir pensando siempre en sus propios intereses, su prestigio o su poder. Aunque son un grupo pequeño en medio del vasto Imperio de Roma, han de ser la «sal» que necesita la tierra y la «luz» que le hace falta al mundo.

«Vosotros sois la sal de la tierra». Las gentes sencillas de Galilea captan espontáneamente el lenguaje de Jesús. Todo el mundo sabe que la sal sirve, sobre todo, para dar sabor a la comida y para preservar los alimentos de la corrupción. Del mismo modo, los discípulos de Jesús han de contribuir a que las gentes saboreen la vida sin caer en la corrupción.

«Vosotros sois la luz del mundo». Sin la luz del sol, el mundo se queda en tinieblas: ya no podemos orientarnos ni disfrutar de la vida en medio de la oscuridad. Los discípulos de Jesús pueden aportar la luz que necesitamos para orientarnos, ahondar en el sentido último de la existencia y caminar con

esperanza.

Las dos metáforas coinciden en algo muy importante. Si permanece aislada en un recipiente, la sal no sirve para nada. Solo cuando entra en contacto con los alimentos y se disuelve en la comida puede dar sabor a lo que comemos. Lo mismo sucede con la luz. Si permanece encerrada y oculta, no puede alumbrar a nadie. Solo cuando está en medio de las tinieblas puede iluminar y orientar. Una Iglesia aislada del mundo no puede ser ni sal ni luz.

El papa Francisco ha visto que la Iglesia vive encerrada en sí misma, paralizada por los miedos y demasiado alejada de los problemas y sufrimientos como para dar sabor a la vida moderna y para ofrecer la luz genuina del Evangelio. Su reacción ha sido inmediata: «Hemos de salir hacia las periferias existenciales».

El papa insiste una y otra vez: «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termina clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos».

La llamada de Francisco está dirigida a todos los cristianos: «No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos». «El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro». El papa quiere introducir en la Iglesia lo que él llama la «cultura del encuentro». Está convencido de que «lo que necesita hoy la Iglesia es capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones».

NO A LA GUERRA ENTRE NOSOTROS

MATEO 5,17-37

VI TIEMPO ORDINARIO

¹⁷ No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la Ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias. ¹⁸ Porque os aseguro que mientras duren el cielo y la tierra, la más pequeña letra de la Ley estará vigente hasta que todo se cumpla. ¹⁹ Por eso, el que descuide uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a hacer lo mismo a los demás será el más pequeño en el reino de los cielos. Pero el que los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos. ²⁰ Os digo que, si no sois mejores que los maestros de la Ley y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

²¹ Habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: *No matarás*; y el que mate será llevado a juicio. ²² Pero yo os digo que todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio; el que lo llame estúpido será llevado a juicio ante el sanedrín y el que lo llame impío será condenado al fuego eterno. ²³ Así pues, si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja allí tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda. ²⁵ Trata de ponerte a buenas con tu adversario mientras vas de camino con él; no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. ²⁶ Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

²⁷ Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. ²⁸ Pero yo os digo que todo el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ²⁹ Por tanto, si tu ojo derecho es ocasión de pecado para ti, arráncatelo y arrójalo lejos de ti; te

conviene más perder uno de tus miembros que ser echado todo entero al fuego eterno. ³⁰ Y si tu mano derecha es ocasión de pecado para ti, córtatela y arrójala lejos de ti; te conviene más perder uno de tus miembros que ser arrojado todo entero al fuego eterno.

³¹ También se dijo: *El que se separe de su mujer que le dé un acta de divorcio.* ³² Pero yo os digo que todo el que se separa de su mujer, salvo en caso de unión ilegítima, la expone a cometer adulterio; y el que se casa con una separada comete adulterio.

³³ También habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: *No jurarás en falso, sino que cumplirás lo que prometiste al Señor con juramento.* ³⁴ Pero yo os digo que no juréis en modo alguno; ni por el cielo, que es el trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, que es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran Rey. ³⁶ Ni siquiera jures por tu cabeza, porque ni un cabello puedes volver blanco o negro. ³⁷ Que vuestra palabra sea sí cuando es sí, y no cuando es no. Lo que pasa de ahí viene del maligno.

* * *

Los judíos hablaban con orgullo de la Ley de Moisés. Según la tradición, Dios mismo la había regalado a su pueblo. Era lo mejor que habían recibido de él. En esa Ley se encierra la voluntad del único Dios verdadero. Ahí pueden encontrar todo lo que necesitan para ser fieles a Dios.

También para Jesús la Ley es importante, pero ya no ocupa el lugar central. Él vive y comunica otra experiencia: está llegando el reino de Dios; el Padre está buscando abrirse camino entre nosotros para hacer un mundo más humano. No basta quedarnos con cumplir la Ley de Moisés. Es necesario abrirnos al Padre y colaborar con él para hacer la vida más justa y fraterna.

Por eso, según Jesús, no basta cumplir la Ley, que ordena «no matarás». Es necesario, además, arrancar de nuestra vida la agresividad, el desprecio al otro, los insultos o las venganzas. Aquel que no mata cumple la Ley, pero, si no se libera de la violencia, en su corazón no reina todavía ese Dios que busca construir con nosotros una vida más humana.

Según algunos observadores, se está extendiendo en la sociedad actual un lenguaje que refleja el crecimiento de la agresividad. Cada vez son más frecuentes los insultos ofensivos, proferidos solo para humillar, despreciar y herir. Palabras nacidas del rechazo, el resentimiento, el odio o la venganza.

Por otra parte, las conversaciones están a menudo tejidas de palabras injustas que reparten condenas y siembran sospechas. Palabras dichas sin amor y sin respeto que envenenan la convivencia y hacen daño. Palabras nacidas casi siempre de la irritación, la mezquindad o la bajeza.

No es este un hecho que se dé solo en la convivencia social. Es también un grave problema en el interior de la Iglesia. El papa Francisco sufre al ver divisiones, conflictos y enfrentamientos de «cristianos en guerra contra otros cristianos». Es un estado de cosas tan contrario al Evangelio que ha sentido la necesidad de dirigirnos una llamada urgente: «No a la guerra entre nosotros».

Así habla el papa: «Me duele comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odios, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?». El papa quiere trabajar por una Iglesia en la que «todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis».

UNA LLAMADA ESCANDALOSA

MATEO 5,38-48

VII TIEMPO ORDINARIO

³⁸ Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente*. ³⁹ Pero yo os digo que no hagáis frente al que os hace mal; al contrario, a quien te abofetea en la mejilla derecha preséntale también la otra; ⁴⁰ al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica dale también el manto; ⁴¹ y al que te exija ir cargado mil pasos ve con él dos mil. ⁴² Da a quien te pida, y no vuelvas la espalda al que te pide prestado.

⁴³ Habéis oído que se dijo: *Ama a tu prójimo* y odia a tu enemigo. ⁴⁴ Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen. ⁴⁵ De este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos. ⁴⁶ Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen también eso los publicanos? ⁴⁷ Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? ⁴⁸ Vosotros, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

* * *

La llamada al amor es siempre atractiva. Seguramente, muchos acogían con agrado la llamada de Jesús a amar a Dios y al prójimo. Era la mejor síntesis de la Ley. Pero lo que no podían imaginar es que un día les hablara de amar a los enemigos.

Sin embargo, Jesús lo hizo. Sin respaldo alguno de la tradición bíblica, distanciándose de los salmos de venganza que alimentaban la oración de su pueblo, enfrentándose al clima general que respiraba en su entorno de odio hacia los enemigos, proclamó con claridad absoluta su llamada: «Yo, en cambio, os

digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen».

Su lenguaje es escandaloso y sorprendente, pero totalmente coherente con su experiencia de Dios. El Padre no es violento: ama incluso a sus enemigos, no busca la destrucción de nadie. Su grandeza no consiste en vengarse, sino en amar incondicionalmente a todos. Quien se sienta hijo de ese Dios no ha de introducir en el mundo odio ni destrucción de nadie.

El amor al enemigo no es una enseñanza secundaria de Jesús dirigida a personas llamadas a una perfección heroica. Su llamada quiere introducir en la historia una actitud nueva ante el enemigo, porque quiere eliminar en el mundo el odio y la violencia destructora. Quien se parezca a Dios no alimentará el odio contra nadie, buscará el bien de todos, incluso el de sus enemigos.

Cuando Jesús habla del amor al enemigo no está pidiendo que alimentemos en nosotros sentimientos de afecto, simpatía o cariño hacia quien nos hace mal. El enemigo sigue siendo alguien del que podemos esperar daño, y difícilmente pueden cambiar los sentimientos de nuestro corazón.

Amar al enemigo significa, antes que nada, no hacerle mal, no buscar ni desear hacerle daño. No hemos de extrañarnos si no sentimos amor o afecto hacia él. Es natural que nos sintamos heridos o humillados. Nos hemos de preocupar cuando seguimos alimentando odio y sed de venganza.

Pero no se trata solo de no hacerle daño. Podemos dar más pasos hasta estar incluso dispuestos a hacerle el bien si lo encontramos necesitado. No hemos de olvidar que somos más humanos cuando perdonamos que cuando nos vengamos. Podemos incluso devolverle bien por mal.

El perdón sincero al enemigo no es fácil. En algunas circunstancias, a la persona se le puede hacer prácticamente imposible liberarse enseguida del rechazo, el odio o la sed de venganza. No hemos de juzgar a nadie desde fuera. Solo Dios nos comprende y perdona de manera incondicional, incluso cuando no somos capaces de perdonar.

NO A LA IDOLATRÍA DEL DINERO

MATEO 6,24-34

VIII TIEMPO ORDINARIO

²⁴ Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o será fiel a uno y al otro no le hará caso. No podéis servir a Dios y al dinero.

²⁵ Por eso os digo: no andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber para sustentáros o con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? ²⁶ Fijaos en las aves del cielo; ni siembran, ni siegan, ni recogen en graneros y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷ ¿Quién de vosotros, por más que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? ²⁸ Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Fijaos cómo crecen los lirios del campo; no se afanan ni hilan ²⁹ y, sin embargo, os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. ³⁰ Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno Dios la viste así, ¿qué no hará con vosotros, hombres de poca fe? ³¹ Así que no os inquietéis diciendo: «¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos?». ³² Esas son las cosas por las que se preocupan los paganos. Ya sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis. ³³ Buscad ante todo el reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás. ³⁴ No andéis preocupados por el día de mañana, que el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su propio afán.

* * *

El Dinero, convertido en ídolo absoluto, es para Jesús el mayor enemigo para

construir ese mundo más digno, justo y solidario que quiere Dios. Hace ya veinte siglos que el Profeta de Galilea denunció de manera rotunda que el culto al Dinero será siempre el mayor obstáculo que encontrará la humanidad para progresar hacia una convivencia más humana.

La lógica de Jesús es aplastante: «No podéis servir a Dios y al Dinero». Dios no puede reinar en el mundo y ser Padre de todos sin reclamar justicia para los que son excluidos de una vida digna. Por eso no pueden trabajar por ese mundo más humano querido por Dios los que, dominados por el ansia de acumular riqueza, promueven una economía que excluye a los más débiles y los abandona en el hambre y la miseria.

Es sorprendente lo que está sucediendo con el papa Francisco. Mientras los medios de comunicación y las redes sociales que circulan por Internet nos informan, con toda clase de detalles, de los gestos más pequeños de su personalidad admirable, se oculta de modo vergonzoso su grito más urgente a toda la humanidad: «No a una economía de la exclusión y la iniquidad. Esa economía mata».

Francisco no necesita largas argumentaciones ni profundos análisis para exponer su pensamiento. Sabe resumir su indignación en palabras claras y expresivas que podrían abrir el informativo de cualquier telediario o ser titular de la prensa en cualquier país. Solo algunos ejemplos.

«No puede ser que no sea noticia que muera de frío un anciano en medio de la calle y que sí lo sea la caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad».

Vivimos «en la dictadura de una economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano». Como consecuencia, «mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz».

«La cultura del bienestar nos anestesia, y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un espectáculo que de ninguna manera nos altera».

Cuando le han acusado de comunista, el papa ha respondido de manera rotunda: «Este mensaje no es marxismo, sino Evangelio puro» Un mensaje que tiene que tener eco permanente en nuestras comunidades cristianas. Lo contrario podría ser signo de lo que dice el papa: «Nos estamos volviendo incapaces de compadecernos de los clamores de los otros y ya no lloramos ante el drama de los

demás».

CONSTRUIR LA VIDA SOBRE EL EVANGELIO

MATEO 7,21-29

IX TIEMPO ORDINARIO

²¹ –No todo el que me dice: «¡Señor, Señor!», entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. ²² Muchos me dirán aquel día: «¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?». ²³ Pero yo les responderé: «No os conozco de nada. ¡Apartaos de mí, malvados!».

²⁴ El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica es como aquel hombre sensato que edificó su casa sobre roca. ²⁵ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. ²⁶ Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. ²⁷ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa y esta se derrumbó. Y su ruina fue grande.

²⁸ Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, ²⁹ porque les enseñaba con autoridad, y no como sus maestros de la Ley.

* * *

Hay muchas formas de vivir el momento actual. Unos se dedican a reprobar esa corrupción que no parece tener fin. Otros viven lamentándose de una crisis económica a la que no se ve fácil salida. La mayoría solo se preocupa de disfrutar mientras se pueda. Es posible, no obstante, reaccionar de manera más sana. ¿En qué dirección?

Frente a un pragmatismo que lo reduce todo a cálculos interesados, defensa de la persona. Hemos de defender siempre a las personas como lo más grande, lo que nunca ha de ser sacrificado a nada ni a nadie.

Frente a un individualismo exacerbado que difunde la consigna del «sálvese quien pueda», solidaridad y preocupación por las víctimas. Ningún ser humano ha de quedar abandonado a su desgracia, excluido de nuestra ayuda solidaria.

Frente a la violencia y el enfrentamiento destructor, diálogo y reconciliación. No es posible construir juntos el futuro si no es desde el respeto mutuo, la tolerancia y el acercamiento de posturas.

Frente a la apatía y la insensibilidad social, que prohíbe pensar en las víctimas de la crisis económica, compasión. Solo es de verdad humano quien sabe mirar la vida desde el sufrimiento de los excluidos de una vida digna.

Frente a un tipo de organización social que busca eficacia y rendimiento sin atender a las necesidades del corazón humano, ternura y misericordia. Son cada vez más las personas que necesitan afecto, cariño y compañía para no caer en la desesperación.

Frente a una permisividad ingenua que predica «libertad» para sucumbir luego ante las nuevas esclavitudes del dinero, el sexo o la moda, lucidez. Solo quien vive desde una libertad interior y es capaz de amar con generosidad disfruta de la vida con corazón liberado.

Frente al desencanto y la crisis de esperanza, fe en un Dios Amigo del hombre. Eliminado Dios, el ser humano se va convirtiendo en una pregunta sin respuesta, un proyecto imposible, un caminar hacia ninguna parte. Estamos necesitados de una mirada más positiva y confiada. Hace bien creer en el «Dios de la esperanza».

Esta puede ser hoy entre nosotros la forma concreta de escuchar la llamada de Jesús a «poner en práctica sus palabras», construyendo de manera sensata nuestra vida sobre la «roca» del Evangelio.

NO EXCLUIR A NADIE

MATEO 9,9-13

X TIEMPO ORDINARIO

⁹ Cuando se marchaba de allí vio Jesús a un hombre que se llamaba Mateo, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo:

–Sígueme.

Él se levantó y lo siguió.

¹⁰ Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron con él y sus discípulos.

¹¹ Al verlo los fariseos preguntaban a sus discípulos:

–¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?

¹² Lo oyó Jesús y les dijo:

–No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. ¹³ Entended lo que significa: *Misericordia quiero y no sacrificios; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.*

* * *

No hay ninguna duda. El gesto más escandaloso de Jesús fue su amistad con pecadores y gentes indeseables. Nunca había ocurrido algo parecido en Israel. Lo de Jesús era inaudito. Jamás se había visto a un profeta conviviendo con pecadores en esa actitud de confianza y amistad.

¿Cómo un hombre de Dios los puede aceptar como amigos? ¿Cómo se atreve a comer con ellos sin guardar las debidas distancias? No se come con cualquiera. Cada uno acoge en su mesa a los suyos. Hay que proteger la propia identidad y santidad sin mezclarse con gente pecadora. Esta era la norma entre los grupos más religiosos de aquel pueblo que se sentía elegido por Dios.

Jesús, por el contrario, se sienta a comer con cualquiera. Su identidad consiste

precisamente en no excluir a nadie. Su mesa está abierta a todos. No hace falta ser santo. No es necesario ser una mujer honesta para sentarse junto a él. A nadie le exige previamente signo alguno de arrepentimiento. No se preocupa de que su mesa sea santa, sino acogedora.

Le guía su experiencia de Dios. Nadie le pudo convencer de lo contrario: Dios no discrimina a nadie. Le llamaron «amigo de pecadores» y nunca lo desmintió, porque era verdad: también Dios es amigo de pecadores e indeseables. Él vive aquellas comidas como un proceso de curación: «No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos».

Es verdad. Aquellos recaudadores y prostitutas no lo ven como un maestro de moral, lo sienten como un amigo que los cura por dentro. Por vez primera pueden sentarse junto a un hombre de Dios. Jesús rompe toda discriminación. Poco a poco crece en ellos la dignidad y se despierta una confianza nueva en Dios. Junto a Jesús, todo es posible. Incluso empezar a cambiar.

¿Dónde se produce hoy en nuestra Iglesia algo parecido? Nosotros confesamos repetidamente que la Iglesia es santa, como si temiéramos que nadie lo notara. ¿Cuándo nos llamarán «amigos de pecadores»? Parejas rotas que no han podido mantener su fidelidad, jóvenes derrotados por la droga, delincuentes indeseables para todos, esclavas de la prostitución, personas despreciadas por su condición homosexual... ¿nos ven como una Iglesia acogedora?

SIN COMPLEJOS DE INFERIORIDAD

MATEO 9,36-10,8

XI TIEMPO ORDINARIO

^{9,36} Al ver a la gente sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor. ³⁷ Entonces dijo a sus discípulos:

–La mies es abundante, pero los obreros son pocos. ³⁸ Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

^{10,1} Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias. ² Los nombres de los doce apóstoles son: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; luego Santiago, el hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; ³ Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo; ⁴ Simón el cananeo y Judas Iscariote, el que lo entregó.

⁵ A estos doce los envió Jesús con las siguientes instrucciones:

–No vayáis a regiones de paganos ni entréis en los pueblos de Samaría. ⁶ Id más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. ⁷ Id y proclamad que está llegando el reino de los cielos. ⁸ Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios; gratis lo recibisteis, dadlo gratis.

* * *

Hace algún tiempo pude leer en Javier Sádaba uno de los más claros exponentes de las peregrinas afirmaciones que se hacen hoy sobre el fenómeno religioso. Según este pensador y filósofo, «lo normal y extendido en nuestros días es que un hombre adulto y razonablemente instruido no sea un creyente o un incrédulo,

sino que se despreocupe de tales cuestiones». Por lo visto, solo las personas inmaduras o poco instruidas nos seguimos preocupando del origen y destino de la existencia o del sentido último de la vida. Lo adulto y razonable es la indiferencia y la despreocupación.

La religión, según Sádaba, es algo desfasado. «Se podrá ser creyente por originalidad, desesperación, inercia o quién sabe qué tipo de conveniencia», pero la religión «en poco o nada afecta a la conducta del ciudadano a la altura de su tiempo».

Así, de esta manera tan sencilla y superficial, puede un escritor de nuestros días descalificar sin más pruebas ni argumentos la fe de los cristianos contemporáneos. Sádaba nos recuerda diversas «motivaciones» ambiguas para creer, pero excluye precisamente la experiencia personal que cada creyente pueda tener de lo que la fe le aporta para vivir esta existencia de manera sana, digna y esperanzada, contribuyendo a construir un mundo más justo y solidario.

No puede «entender» que haya personas que están a la altura no solo de los tiempos, sino a la altura del ser humano precisamente porque han encontrado en la fe cristiana la fuente última de sentido, responsabilidad y esperanza.

Lo triste es que bastantes cristianos, acobardados por este clima social a veces tan contrario y hostil a lo religioso, terminan viviendo su fe con una especie de «complejo de inferioridad». Se sienten creyentes en lo más hondo de su corazón, pero no se atreven a confesarlo ante los demás, en su propio ámbito profesional o en los círculos sociales donde se mueven.

Sin embargo, en unos tiempos en que tanto se habla de autenticidad, sería un contrasentido que los creyentes ocultáramos las convicciones que ponen luz y esperanza en nuestras vidas. Entre el cristiano intolerante y agresivo y el cristiano acomplejado y vergonzante está el hombre o la mujer de fe que sabe presentar su propia experiencia de creyente ante la cual se diluyen tantas afirmaciones grandilocuentes.

Nuestra sociedad necesita más que nunca esos «mensajeros» a los que Jesús confía la tarea de anunciar su Buena Noticia. Testigos que digan con su vida y sus labios que la existencia puede ser vivida con otra dignidad y confianza, con otra hondura y esperanza.

NUESTROS MIEDOS

MATEO 10,26-33

XII TIEMPO ORDINARIO

²⁶ Así pues, no les tengáis miedo; porque no hay nada oculto que no haya de manifestarse, nada secreto que no haya de saberse. ²⁷ Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz; lo que escucháis al oído, proclamadlo desde las azoteas.

²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

²⁹ ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra sin que lo permita vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. ³¹ No temáis, vosotros valéis más que todos los pájaros.

³² Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial; ³³ pero a quien me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

* * *

Cuando nuestro corazón no está habitado por un amor fuerte o una fe firme, fácilmente queda nuestra vida a merced de nuestros miedos. A veces es el miedo a perder prestigio, seguridad, comodidad o bienestar lo que nos detiene al tomar las decisiones. No nos atrevemos a arriesgar nuestra posición social, nuestro dinero o nuestra pequeña felicidad.

Otras veces nos paraliza el miedo a no ser acogidos. Nos atemoriza la

posibilidad de quedarnos solos, sin la amistad o el amor de las personas. Tener que enfrentarnos a la vida diaria sin la compañía cercana de nadie.

Con frecuencia vivimos preocupados solo de quedar bien. Nos da miedo hacer el ridículo, confesar nuestras verdaderas convicciones, dar testimonio de nuestra fe. Tememos las críticas, los comentarios y el rechazo de los demás. No queremos ser clasificados. Otras veces nos invade el temor al futuro. No vemos claro nuestro porvenir. No tenemos seguridad en nada. Quizá no confiamos en nadie. Nos da miedo enfrentarnos al mañana.

Siempre ha sido tentador para los creyentes buscar en la religión un refugio seguro que nos libere de nuestros miedos, incertidumbres y temores. Pero sería un error ver en la fe el agarradero fácil de los pusilánimes, los cobardes y asustadizos.

La fe confiada en Dios, cuando es bien entendida, no conduce al creyente a eludir su propia responsabilidad ante los problemas. No le lleva a huir de los conflictos para encerrarse cómodamente en el aislamiento. Al contrario, es la fe en Dios la que llena su corazón de fuerza para vivir con más generosidad y de manera más arriesgada. Es la confianza viva en el Padre la que le ayuda a superar cobardías y miedos para defender con más audacia y libertad el reino de Dios y su justicia.

La fe no crea hombres cobardes, sino personas resueltas y audaces. No encierra a los creyentes en sí mismos, sino que los abre más a la vida problemática y conflictiva de cada día. No los envuelve en la pereza y la comodidad, sino que los anima para el compromiso.

Cuando un creyente escucha de verdad en su corazón las palabras de Jesús: «No tengáis miedo», no se siente invitado a eludir sus compromisos, sino alentado por la fuerza de Dios para enfrentarse a ellos.

LA FAMILIA NO ES INTOCABLE

MATEO 10,37-42

XIII TIEMPO ORDINARIO

³⁷ El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí.

³⁸ El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. ³⁹ El que quiera conservar la vida la perderá, y el que la pierda por mí la conservará.

⁴⁰ El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe a mí recibe al que me envió. ⁴¹ El que recibe a un profeta por ser profeta recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo recibirá recompensa de justo; ⁴² y quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños por ser discípulo mío, os aseguro que no se quedará sin recompensa.

* * *

Con frecuencia, los creyentes hemos defendido la «familia» en abstracto, sin detenernos a reflexionar sobre el contenido concreto de un proyecto familiar entendido y vivido desde el Evangelio. Y, sin embargo, no basta con defender el valor de la familia sin más, porque la familia puede plasmarse de maneras muy diversas en la realidad.

Hay familias abiertas al servicio de la sociedad y familias replegadas sobre sus propios intereses. Familias que educan en el egoísmo y familias que enseñan solidaridad. Familias liberadoras y familias opresoras.

Jesús ha defendido con firmeza la institución familiar y la estabilidad del matrimonio. Y ha criticado duramente a los hijos que se desentienden de sus padres. Pero la familia no es para Jesús algo absoluto e intocable. No es un ídolo. Hay algo que está por encima y es anterior: el reino de Dios y su justicia.

Lo decisivo no es la familia de carne, sino esa gran familia que hemos de construir entre todos sus hijos e hijas colaborando con Jesús en abrir caminos al reinado del Padre. Por eso, si la familia se convierte en obstáculo para seguir a Jesús en este proyecto, Jesús exigirá la ruptura y el abandono de esa relación familiar: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí».

Cuando la familia impide la solidaridad y fraternidad con los demás y no deja a sus miembros trabajar por la justicia querida por Dios entre los hombres, Jesús exige una libertad crítica, aunque ello traiga consigo conflictos y tensiones familiares.

¿Son nuestros hogares una escuela de valores evangélicos como la fraternidad, la búsqueda responsable de una sociedad más justa, la austeridad, el servicio, la oración, el perdón? ¿O son precisamente lugar de «desevangelización» y correa de transmisión de los egoísmos, injusticias, convencionalismos, alienaciones y superficialidad de nuestra sociedad?

¿Qué decir de la familia donde se orienta al hijo hacia un clasismo egoísta, una vida instalada y segura, un ideal del máximo lucro, olvidando todo lo demás? ¿Se está educando al hijo cuando lo estimulamos solo para la competencia y rivalidad, y no para el servicio y la solidaridad?

¿Es esta la familia que tenemos que defender los católicos? ¿Es esta la familia donde las nuevas generaciones pueden escuchar el Evangelio? ¿O es esta la familia que también hoy hemos de «abandonar», de alguna manera, para ser fieles al proyecto de vida querido por Jesús?

TRES LLAMADAS DE JESÚS

MATEO 11,25-30

XIV TIEMPO ORDINARIO

²⁵ Entonces Jesús dijo:

–Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. ²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²⁷ Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. ²⁹ Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. ³⁰ Porque mi yugo es suave y mi carga, ligera.

* * *

El evangelio de Mateo ha recogido tres llamadas de Jesús que hemos de escuchar con atención sus seguidores, pues pueden transformar el clima de desaliento, cansancio y aburrimiento que a veces se respira en algunos sectores de nuestras comunidades cristianas.

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré». Es la primera llamada. Está dirigida a todos los que viven su religión como una carga pesada. No son pocos los cristianos que viven agobiados por su conciencia. No son grandes pecadores. Sencillamente han sido educados para tener siempre presente su pecado y no conocen la alegría del perdón continuo de Dios. Si se encuentran con Jesús se sentirán aliviados.

Hay también cristianos cansados de vivir su religión como una tradición gastada. Si se encuentran con Jesús aprenderán a vivir confiando en un Dios Padre. Descubrirán una alegría interior que hoy no conocen. Seguirán a Jesús no

por obligación, sino por atracción.

«Cargad con mi yugo, porque es llevadero, y mi carga, ligera». Es la segunda llamada. Jesús no agobia a nadie. Al contrario, libera lo mejor que hay en nosotros, pues nos propone vivir haciendo la vida más humana, digna y sana. No es fácil encontrar un modo más apasionante de vivir.

Jesús libera de miedos y presiones, no los introduce; hace crecer nuestra libertad, no nuestras servidumbres; despierta en nosotros la confianza, nunca la tristeza; nos atrae hacia el amor, no hacia leyes y preceptos. Nos invita a vivir haciendo el bien.

«Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras vidas». Es la tercera llamada. Hemos de aprender de Jesús a vivir como él. Jesús no complica la vida. La hace más clara y sencilla, más humilde y más sana. Ofrece descanso. No propone nunca a sus seguidores algo que él no ha vivido. Por eso puede entender nuestras dificultades y nuestros esfuerzos, puede perdonar nuestras torpezas y errores, animándonos siempre a levantarnos.

Hemos de centrar nuestros esfuerzos en promover un contacto más vital con Jesús en nuestras comunidades, tan necesitadas de aliento, descanso y paz. Me entristece ver que es precisamente su modo de entender y de vivir la religión lo que conduce a no pocos, casi inevitablemente, a no conocer la experiencia de confiar en Jesús. Pienso en tantas personas que, dentro y fuera de la Iglesia, viven «perdidas», sin saber a qué puerta llamar. Sé que Jesús podría ser para ellas la gran noticia.

SEMBRAR

MATEO 13,1-23

XV TIEMPO ORDINARIO

¹ Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. ² Se reunió en torno a él mucha gente, tanta que subió a una barca y se sentó, mientras la gente estaba de pie en la orilla. ³ Y les expuso muchas cosas por medio de parábolas. Decía:

–Salió el sembrador a sembrar. ⁴ Al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino, pero vinieron las aves y se la comieron. ⁵ Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó enseguida, porque la tierra era poco profunda, ⁶ pero, cuando salió el sol, se agostó y se secó, porque no tenía raíz. ⁷ Parte cayó entre cardos, pero estos crecieron y la ahogaron. ⁸ Finalmente, otra parte cayó en tierra buena y dio fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta. ⁹ El que tenga oídos para oír que oiga.

¹⁰ Los discípulos se acercaron y le preguntaron:

–¿Por qué les hablas por medio de parábolas?

¹¹ Jesús les respondió:

–A vosotros, Dios os ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no. ¹² Porque al que tiene se le dará, y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. ¹³ Por eso les hablo por medio de parábolas, porque, aunque miran, no ven, y aunque oyen, no escuchan ni entienden. ¹⁴ De esta manera se cumple en ellos lo anunciado por Isaías:

Oiréis, pero no entenderéis; miraréis, pero no veréis,

¹⁵ porque se ha embotado el corazón de este pueblo, se han vuelto torpes sus oídos y se han cerrado sus ojos; de modo que sus ojos no ven, sus oídos no oyen, su corazón no entiende,

y no se convierten a mí para que yo los sane.

¹⁶ Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos; ¹⁷ porque os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. ¹⁸ Así pues, escuchad vosotros lo que significa la parábola del sembrador.

¹⁹ Hay quien oye el mensaje del reino, pero no lo entiende; viene el maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón. Este es como la semilla que cayó al borde del camino. ²⁰ La semilla que cayó en terreno pedregoso es como el que oye el mensaje y lo recibe enseguida con alegría, ²¹ pero no tiene raíz en sí mismo, es inconstante y, al llegar la tribulación o la persecución a causa del mensaje, enseguida sucumbe. ²² La semilla que cayó entre cardos es como el que oye el mensaje, pero las preocupaciones del mundo y la seducción del dinero asfixian el mensaje y queda sin fruto. ²³ En fin, la semilla que cayó en tierra buena es como el que oye el mensaje y lo entiende; este da fruto, sea ciento, sesenta o treinta.

* * *

Al terminar el relato de la parábola del sembrador, Jesús hace esta llamada: «El que tenga oídos para oír que oiga». Se nos pide que prestemos mucha atención a la parábola. Pero, ¿en qué hemos de reflexionar? ¿En el sembrador? ¿En la semilla? ¿En los diferentes terrenos?

Tradicionalmente, los cristianos nos hemos fijado casi exclusivamente en los terrenos en que cae la semilla, para revisar cuál es nuestra actitud al escuchar el Evangelio. Sin embargo es importante prestar también atención al sembrador y a su modo de sembrar.

Es lo primero que dice el relato: «Salió el sembrador a sembrar». Lo hace con una confianza sorprendente. Siembra de manera abundante. La semilla cae y cae por todas partes, incluso donde parece difícil que pueda germinar. Así lo hacían los campesinos de Galilea, que sembraban incluso al borde de los caminos y en terrenos pedregosos.

A la gente no le es difícil identificar al sembrador. Así siembra Jesús su mensaje. Lo ven salir todas las mañanas a anunciar la Buena Noticia de Dios. Siembra su Palabra entre la gente sencilla, que lo acoge, y también entre los escribas y fariseos, que lo rechazan. Nunca se desalienta. Su siembra no será

estéril.

Desbordados por una fuerte crisis religiosa, podemos pensar que el Evangelio ha perdido su fuerza original y que el mensaje de Jesús ya no tiene garra para atraer la atención del hombre o la mujer de hoy. Ciertamente, no es el momento de «cosechar» éxitos llamativos, sino de aprender a sembrar sin desalentarnos, con más humildad y verdad.

No es el Evangelio el que ha perdido fuerza humanizadora; somos nosotros los que lo estamos anunciando con una fe débil y vacilante. No es Jesús el que ha perdido poder de atracción. Somos nosotros los que lo desvirtuamos con nuestras incoherencias y contradicciones.

El papa Francisco dice que, cuando un cristiano no vive una adhesión fuerte a Jesús, «pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie».

Evangelizar no es propagar una doctrina, sino hacer presente en medio de la sociedad y en el corazón de las personas la fuerza humanizadora y salvadora de Jesús. Y esto no se puede hacer de cualquier manera. Lo más decisivo no es el número de predicadores, catequistas y enseñantes de religión, sino la calidad evangélica que podamos irradiar los cristianos. ¿Qué contagiamos? ¿Indiferencia o fe convencida? ¿Mediocridad o pasión por una vida más humana?

IMPORTANCIA DE LO PEQUEÑO

MATEO 13,24-43

XVI TIEMPO ORDINARIO

²⁴ Jesús les propuso esta otra parábola:

–Con el reino de los cielos sucede lo que con un hombre que sembró buena semilla en su campo. ²⁵ Mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue. ²⁶ Y, cuando creció la hierba y se formó la espiga, apareció también la cizaña. ²⁷ Entonces los siervos vinieron a decir al amo: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es posible que tenga cizaña?». ²⁸ Él les respondió: «Lo ha hecho un enemigo». Le dijeron: «¿Quieres que vayamos a arrancarla?». ²⁹ Él les dijo: «No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. ³⁰ Dejad que crezcan juntos ambos hasta el tiempo de la siega; entonces diré a los segadores: “Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, pero el trigo, amontonadlo en mi granero”».

³¹ Les propuso otra parábola:

–Sucede con el reino de los cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. ³² Es la más pequeña de todas las semillas, pero, cuando crece, es mayor que las hortalizas y se hace como un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas.

³³ Les dijo otra parábola:

–Sucede con el reino de los cielos lo que con la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina hasta que todo fermenta.

³⁴ Jesús expuso todas estas cosas por medio de parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas, ³⁵ para que se cumpliera lo anunciado por el profeta:

*Hablaré por medio de parábolas,
publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo.*

³⁶ Entonces dejó a la gente y se fue a la casa. Sus discípulos se le acercaron y le dijeron:

–Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

³⁷ Jesús les dijo:

–El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; ³⁸ el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña, los hijos del maligno; ³⁹ el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores, los ángeles. ⁴⁰ Así como se recoge la cizaña y se hace una hoguera con ella, así también sucederá en el fin del mundo. ⁴¹ El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su reino a todos los que fueron causa de tropiezo y a los malvados, ⁴² y los echarán al horno de fuego. Allí llorarán y les rechinarán los dientes. ⁴³ Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos que oiga.

* * *

Al cristianismo le ha hecho mucho daño a lo largo de los siglos el triunfalismo, la sed de poder y el afán de imponerse a sus adversarios. Todavía hay cristianos que añoran una Iglesia poderosa que llene los templos, conquiste las calles e imponga su religión a la sociedad entera.

Hemos de volver a leer dos pequeñas parábolas en las que Jesús deja claro que la tarea de sus seguidores no es construir una religión poderosa, sino ponerse al servicio del proyecto humanizador del Padre –el reino de Dios– sembrando pequeñas «semillas» de Evangelio e introduciéndolo en la sociedad como pequeño «fermento» de una vida humana.

La primera parábola habla de un grano de mostaza que se siembra en la huerta. ¿Qué tiene de especial esta semilla? Que es la más pequeña de todas, pero, cuando crece, se convierte en un arbusto mayor que las hortalizas. El proyecto del Padre tiene unos comienzos muy humildes, pero su fuerza transformadora no la podemos ahora ni imaginar.

La actividad de Jesús en Galilea sembrando gestos de bondad y de justicia no es nada grandioso ni espectacular: ni en Roma ni en el Templo de Jerusalén son conscientes de lo que está sucediendo. El trabajo que realizamos hoy sus seguidores parece insignificante: los centros de poder lo ignoran.

Incluso los mismos cristianos podemos pensar que es inútil trabajar por un mundo mejor: el ser humano vuelve una y otra vez a cometer los mismos horrores de siempre. No somos capaces de captar el lento crecimiento del reino de Dios.

La segunda parábola habla de una mujer que introduce un poco de levadura en una masa grande de harina. Sin que nadie sepa cómo, la levadura va trabajando silenciosamente la masa hasta fermentarla por completo.

Así sucede con el proyecto humanizador de Dios. Una vez que es introducido en el mundo va transformando calladamente la historia humana. Dios no actúa imponiéndose desde fuera. Humaniza el mundo atrayendo las conciencias de sus hijos hacia una vida más digna, justa y fraterna.

Hemos de confiar en Jesús. El reino de Dios siempre es algo humilde y pequeño en sus comienzos, pero Dios está ya trabajando entre nosotros promoviendo la solidaridad, el deseo de verdad y de justicia, el anhelo de un mundo más dichoso. Hemos de colaborar con él siguiendo a Jesús.

Una Iglesia menos poderosa, más desprovista de privilegios, más pobre y más cercana a los pobres siempre será una Iglesia más libre para sembrar semillas de Evangelio y más humilde para vivir en medio de la gente como fermento de una vida más digna y fraterna.

LA DECISIÓN MÁS IMPORTANTE

MATEO 13,44-52

XVII TIEMPO ORDINARIO

⁴⁴—Sucede con el reino de los cielos lo que con un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

⁴⁵ También sucede con el reino de los cielos lo que con un mercader que busca ricas perlas, y que, ⁴⁶ al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

⁴⁷ También sucede con el reino de los cielos lo que con una red que echan al mar y recoge toda clase de peces; ⁴⁸ una vez llena, los pescadores la sacan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en cestos y tiran los malos. ⁴⁹ Así será el fin del mundo. Saldrán los ángeles a separar a los malos de los buenos, ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego; allí llorarán y les rechinarán los dientes.

⁵¹ Jesús preguntó a sus discípulos:

—¿Habéis entendido todo esto?

Ellos le contestaron:

—Sí.

⁵² Y Jesús les dijo:

—Todo maestro de la Ley que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

* * *

El evangelio recoge dos breves parábolas de Jesús con un mismo mensaje. En

ambos relatos, el protagonista descubre un tesoro enormemente valioso o una perla de valor incalculable. Y los dos reaccionan del mismo modo: venden con alegría y decisión lo que tienen y se hacen con el tesoro o la perla. Según Jesús, así reaccionan los que descubren el reino de Dios.

Al parecer, Jesús teme que la gente le siga por intereses diversos, sin descubrir lo más atractivo e importante: ese proyecto apasionante del Padre que consiste en conducir a la humanidad hacia un mundo más justo, fraterno y dichoso, encaminándolo así hacia su salvación definitiva en Dios.

¿Qué podemos decir hoy después de veinte siglos de cristianismo? ¿Por qué tantos cristianos buenos viven encerrados en su práctica religiosa con la sensación de no haber descubierto en ella ningún «tesoro»? ¿Dónde está la raíz última de esa falta de entusiasmo y alegría en no pocos ámbitos de nuestra Iglesia, incapaz de atraer hacia el núcleo del Evangelio a tantos hombres y mujeres que se van alejando de ella, sin renunciar por eso a Dios ni a Jesús?

Después del Concilio, Pablo VI hizo esta afirmación rotunda: «Solo el reino de Dios es absoluto. Todo lo demás es relativo». Años más tarde, Juan Pablo II lo reafirmó diciendo: «La Iglesia no es ella su propio fin, pues está orientada al reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento». El papa Francisco nos viene repitiendo: «El proyecto de Jesús es instaurar el reino de Dios».

Si esta es la fe de la Iglesia, ¿por qué hay cristianos que ni siquiera han oído hablar de ese proyecto que Jesús llamaba «reino de Dios»? ¿Por qué no saben que la pasión que animó toda la vida de Jesús, la razón de ser y el objetivo de toda su actuación, fue anunciar y promover ese proyecto humanizador del Padre: buscar el reino de Dios y su justicia?

La Iglesia no puede renovarse desde su raíz si no descubre el «tesoro» del reino de Dios. No es lo mismo llamar a los cristianos a colaborar con Dios en su gran proyecto de hacer un mundo más humano que vivir distraídos en prácticas y costumbres que nos hacen olvidar el verdadero núcleo del Evangelio.

El papa Francisco nos está diciendo que «el reino de Dios nos reclama». Este grito nos llega desde el corazón mismo del Evangelio. Lo hemos de escuchar. Seguramente, la decisión más importante que hemos de tomar hoy en la Iglesia y en nuestras comunidades cristianas es la de recuperar el proyecto del reino de Dios con alegría y entusiasmo.

DADLES VOSOTROS DE COMER

MATEO 14,13-21

XVIII TIEMPO ORDINARIO

¹³ Jesús, al enterarse de lo sucedido, se retiró de allí en una barca a un lugar tranquilo para estar a solas. La gente se dio cuenta y lo siguió a pie desde los pueblos. ¹⁴ Cuando Jesús desembarcó y vio aquel gran gentío, sintió compasión de ellos y curó a los enfermos que traían. ¹⁵ Al anochecer, sus discípulos se acercaron a decirle:

–El lugar está despoblado y es ya tarde; despide a la gente para que vayan a las aldeas y se compren comida.

¹⁶ Pero Jesús les dijo:

–No necesitan marcharse; dadles vosotros de comer.

¹⁷ Le dijeron:

–No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.

¹⁸ Él les dijo:

–Traédmelos aquí.

¹⁹ Y, después de mandar que la gente se sentase en la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes, se los dio a los discípulos y estos a la gente. ²⁰ Comieron todos hasta hartarse, y recogieron doce canastos llenos de los trozos sobrantes. ²¹ Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

* * *

Jesús está ocupado en curar a aquellas gentes enfermas y desnutridas que le traen de todas partes. Lo hace, según el evangelista, porque su sufrimiento le conmueve. Mientras tanto, sus discípulos ven que se está haciendo muy tarde. Su diálogo con Jesús nos permite penetrar en el significado profundo del episodio

llamado erróneamente la «multiplicación de los panes».

Los discípulos hacen a Jesús un planteamiento realista y razonable: «Despide a la gente para que vayan a las aldeas y se compren comida». Ya han recibido de Jesús la atención que necesitaban. Ahora, que cada uno se vuelva a su aldea y se compre algo de comer según sus recursos y posibilidades.

La reacción de Jesús es sorprendente: «No necesitan marcharse; dadles vosotros de comer». El hambre es un problema demasiado grave para desentendernos unos de otros y dejar que cada uno lo resuelva en su propio pueblo como pueda. No es el momento de separarse, sino de unirse más que nunca para compartir entre todos lo que haya, sin excluir a nadie.

Los discípulos le hacen ver que solo hay cinco panes y dos peces. No importa. Lo poco basta cuando se comparte con generosidad. Jesús manda que se sienten todos sobre el prado para celebrar una gran comida. De pronto todo cambia. Los que estaban a punto de separarse para saciar su hambre en su propia aldea se sientan juntos en torno a Jesús para compartir lo poco que tienen. Así quiere ver Jesús a la comunidad humana.

¿Qué sucede con los panes y los peces en manos de Jesús? No los «multiplica». Primero bendice a Dios y le da gracias: aquellos alimentos vienen de Dios; son de todos. Luego los va partiendo y se los va dando a los discípulos. Estos, a su vez, se los van dando a la gente. Los panes y los peces han ido pasando de unos a otros. Así han podido saciar su hambre todos.

Santiago Agrelo, arzobispo de Tánger, ha levantado una vez más su voz para recordarnos «el sufrimiento de miles de hombres, mujeres y niños que, dejados a su suerte o perseguidos por los gobiernos, y entregados al poder usurero y esclavizante de las mafias, mendigan, sobreviven, sufren y mueren en el camino de la emigración».

En vez de unir nuestras fuerzas para erradicar en su raíz el hambre en el mundo solo se nos ocurre encerrarnos en nuestro «bienestar egoísta», levantando barreras cada vez mas degradantes y asesinas. ¿En nombre de qué Dios los despedimos para que se hundan en su miseria? ¿Dónde estamos los seguidores de Jesús? ¿Cuándo se oye en nuestras eucaristías el grito de Jesús: «Dadles vosotros de comer»?

EN MEDIO DE LA CRISIS

MATEO 14,22-33

XIX TIEMPO ORDINARIO

²² Luego mandó a sus discípulos que subieran a la barca y que fueran delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. ²³

Después de despedirla, subió al monte para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo.

²⁴ La barca, que estaba ya muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. ²⁵ Al final ya de la noche, Jesús se acercó a ellos caminando sobre las aguas. ²⁶ Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían:

–Es un fantasma.

Y se pusieron a gritar de miedo. ²⁷ Pero Jesús les dijo enseguida:

–¡Ánimo! Soy yo, no temáis.

²⁸ Pedro le respondió:

–Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

²⁹ Jesús le dijo:

–Ven.

Pedro saltó de la barca y, andando sobre las aguas, se dirigía hacia Jesús. ³⁰ Pero al ver la violencia del viento se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó:

–¡Señor, sálvame!

³¹ Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo:

–¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?

³² Subieron a la barca y el viento se calmó. ³³ Y los que estaban en ella se postraron ante Jesús, diciendo:

–Verdaderamente eres Hijo de Dios.

* * *

No es difícil ver en la barca de los discípulos de Jesús, sacudida por las olas y desbordada por el fuerte viento en contra, la figura de la Iglesia actual, amenazada desde fuera por toda clase de fuerzas adversas y tentada desde dentro por el miedo y la mediocridad. ¿Cómo leer nosotros este relato evangélico desde una crisis en la que la Iglesia parece hoy naufragar?

Según el evangelista, «Jesús se acerca a la barca caminando sobre las aguas». Los discípulos no son capaces de reconocerlo en medio de la tormenta y la oscuridad de la noche. Les parece un «fantasma». El miedo los tiene aterrorizados. Lo único real para ellos es aquella fuerte tempestad.

Este es nuestro primer problema. Estamos viviendo la crisis de la Iglesia contagiándonos unos a otros desaliento, miedo y falta de fe. No somos capaces de ver que Jesús se nos está acercando precisamente desde el interior de esta fuerte crisis. Nos sentimos más solos e indefensos que nunca.

Jesús les dice las tres palabras que necesitan escuchar: «¡Ánimo! Soy yo. No temáis». Solo Jesús les puede hablar así. Pero sus oídos solo oyen el estruendo de las olas y la fuerza del viento. Este es también nuestro error. Si no escuchamos la invitación de Jesús a poner en él nuestra confianza incondicional, ¿a quién acudiremos?

Pedro siente un impulso interior y sostenido por la llamada de Jesús, salta de la barca y «se dirige hacia Jesús andando sobre las aguas». Así hemos de aprender hoy a caminar hacia Jesús en medio de las crisis: apoyándonos no en el poder, el prestigio y las seguridades del pasado, sino en el deseo de encontrarnos con Jesús en medio de la oscuridad y las incertidumbres de estos tiempos.

No es fácil. También nosotros podemos vacilar y hundirnos, como Pedro. Pero, lo mismo que él, podemos experimentar que Jesús extiende su mano y nos salva mientras nos dice: «Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?».

¿Por qué dudamos tanto? ¿Por qué no estamos aprendiendo apenas nada nuevo de la crisis? ¿Por qué seguimos buscando falsas seguridades para «sobrevivir» dentro de nuestras comunidades, sin aprender a caminar con fe renovada hacia Jesús en el interior mismo de la sociedad secularizada de nuestros días?

Esta crisis no es el final de la fe cristiana. Es la purificación que necesitamos para liberarnos de intereses mundanos, triunfalismos engañosos y deformaciones que nos han ido alejando de Jesús a lo largo de los siglos. Él está actuando en esta crisis. Él nos está conduciendo hacia una Iglesia más evangélica. Reavivemos nuestra confianza en Jesús. No tengamos miedo.

JESÚS ES DE TODOS

MATEO 15,21-28

XX TIEMPO ORDINARIO

²¹ Jesús se marchó de allí y se retiró a la región de Tiro y Sidón. ²² En esto, una mujer cananea venida de aquellos contornos se puso a gritar:

–Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David; mi hija vive maltratada por un demonio.

²³ Jesús no le respondió nada. Pero sus discípulos se acercaron y le decían:

–Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.

²⁴ Él respondió:

–Dios me ha enviado solo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

²⁵ Pero ella fue, se postró ante Jesús y le suplicó:

–¡Señor, socórreme!

²⁶ Él respondió:

–No está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perrillos.

Ella replicó:

²⁷ –Eso es cierto, Señor, pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.

²⁸ Entonces Jesús le dijo:

–¡Mujer, qué grande es tu fe! Que se cumpla como deseas.

Y desde aquel momento quedó curada su hija.

* * *

Una mujer pagana toma la iniciativa de acudir a Jesús, aunque no pertenece al pueblo judío. Es una madre angustiada que vive sufriendo con una hija «maltratada por un demonio». Sale al encuentro de Jesús dando gritos: «Ten

compasión de mí, Señor, Hijo de David».

La primera reacción de Jesús es inesperada. Ni siquiera se detiene para escucharla. Todavía no ha llegado la hora de llevar la Buena Noticia de Dios a los paganos. Como la mujer insiste, Jesús justifica su actuación: «Dios me ha enviado solo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel».

La mujer no se echa atrás. Superará todas las dificultades y resistencias. En un gesto audaz se postra ante Jesús, detiene su marcha y, de rodillas, con un corazón humilde, pero firme, le dirige un solo grito: «Señor, socórreme».

La respuesta de Jesús es insólita. Aunque en esa época los judíos llamaban con toda naturalidad «perros» a los paganos, sus palabras resultan ofensivas a nuestros oídos: «No está bien echar a los perrillos el pan de los hijos». Retomando su imagen de manera inteligente, la mujer se atreve desde el suelo a corregir a Jesús: «Eso es cierto, Señor, pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de los amos».

Su fe es admirable. Seguro que en la mesa del Padre se pueden alimentar todos: los hijos de Israel y también los «perros» paganos. Jesús parece pensar solo en las «ovejas perdidas» de Israel, pero también ella es una «oveja perdida». El Enviado de Dios no puede ser solo de los judíos. Ha de ser de todos y para todos.

Jesús se rinde ante la fe de la mujer. Su respuesta nos revela su humildad y su grandeza: «Mujer, ¡qué grande es tu fe!, que se cumpla como deseas». Esta mujer está descubriendo a Jesús que la misericordia de Dios no excluye a nadie. El Padre bueno está por encima de las barreras étnicas y religiosas que trazamos los humanos.

Jesús reconoce a la mujer como creyente, aunque vive en una religión pagana. Incluso encuentra en ella una «fe grande», no la fe pequeña de sus discípulos, a los que recrimina más de una vez como «hombres de poca fe». Cualquier ser humano puede acudir a Jesús con confianza. Él sabe reconocer su fe, aunque viva fuera de la Iglesia. Todos podrán encontrar en él un Amigo y un Maestro de vida.

Los cristianos hemos de alegrarnos de que Jesús siga atrayendo hoy a tantas personas que viven fuera de la Iglesia. Jesús es más grande que todas nuestras instituciones. Él sigue haciendo mucho bien, incluso a aquellos que se han alejado de nuestras comunidades cristianas.

QUÉ DECIMOS NOSOTROS

MATEO 16,13-20

XXI TIEMPO ORDINARIO

¹³ De camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

–¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos le contestaron:

–Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ Jesús les preguntó:

–Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Simón Pedro respondió:

–Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷ Jesús le dijo:

–Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos. ¹⁸ Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. ¹⁹ Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

²⁰ Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.

* * *

También hoy nos dirige Jesús a los cristianos la misma pregunta que hizo un día a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». No nos pregunta solo para que nos pronunciemos sobre su identidad misteriosa, sino también para que revisemos nuestra relación con él. ¿Qué le podemos responder desde nuestras

comunidades?

¿Nos esforzamos por conocer cada vez mejor a Jesús o lo tenemos «encerrado en nuestros viejos esquemas aburridos» de siempre? ¿Somos comunidades vivas, interesadas en poner a Jesús en el centro de nuestra vida y de nuestras actividades o vivimos estancados en la rutina y la mediocridad?

¿Amamos a Jesús con pasión o se ha convertido para nosotros en un personaje gastado al que seguimos invocando mientras en nuestro corazón va creciendo la indiferencia y el olvido? Quienes se acercan a nuestras comunidades, ¿pueden sentir la fuerza y el atractivo que tiene para nosotros?

¿Nos sentimos discípulos de Jesús? ¿Estamos aprendiendo a vivir con su estilo de vida en medio de la sociedad actual o nos dejamos arrastrar por cualquier reclamo más apetecible para nuestros intereses? ¿Nos da igual vivir de cualquier manera o hemos hecho de nuestra comunidad una escuela para aprender a vivir como Jesús?

¿Estamos aprendiendo a mirar la vida como la miraba él? ¿Miramos desde nuestras comunidades a los necesitados y excluidos con compasión y responsabilidad o nos encerramos en nuestras celebraciones, indiferentes al sufrimiento de los más desvalidos y olvidados: los que fueron siempre los predilectos de Jesús?

¿Seguimos a Jesús colaborando con él en el proyecto humanizador del Padre o seguimos pensando que lo más importante del cristianismo es preocuparnos de nuestra salvación? ¿Estamos convencidos de que el modo mejor de seguir a Jesús es vivir cada día haciendo la vida más humana y más dichosa para todos?

¿Vivimos el domingo cristiano celebrando la resurrección de Cristo? ¿Creemos en Jesús resucitado, que camina con nosotros lleno de vida? ¿Vivimos acogiendo en nuestras comunidades la paz que nos dejó en herencia a sus seguidores? ¿Creemos que Jesús nos ama con un amor que nunca acabará? ¿Creemos en su fuerza resucitadora? ¿Sabemos ser testigos del misterio de esperanza que llevamos dentro de nosotros?

APRENDER A PERDER

MATEO 16,21-27

XXII TIEMPO ORDINARIO

²¹ Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría.

²² Entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a recriminarle:

–Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso.

²³ Pero Jesús, volviéndose, dijo a Pedro:

–¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son como los de Dios, sino como los de los hombres.

²⁴ Y, dirigiéndose a sus discípulos, añadió:

–Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz, y me siga. ²⁵ Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí la encontrará. ²⁶ Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida? ¿O qué puede dar a cambio de su vida? ²⁷ El Hijo del hombre está a punto de venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles. Entonces tratará a cada uno según su conducta.

* * *

El dicho está recogido en todos los evangelios y se repite hasta seis veces: «El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la encontrará». Jesús no está hablando de un tema religioso. Está planteando a sus discípulos cuál es el verdadero valor de la vida.

El dicho está expresado de manera paradójica y provocativa. Hay dos maneras

muy diferentes de orientar la vida: una conduce a la salvación; la otra, a la perdición. Jesús invita a todos a seguir el camino que parece más duro y menos atractivo, pues conduce al ser humano a la salvación definitiva.

El primer camino consiste en aferrarse a la vida viviendo exclusivamente para uno mismo: hacer del propio «yo» la razón última y el objetivo supremo de la existencia. Este modo de vivir, buscando siempre la propia ganancia o ventaja, conduce al ser humano a la perdición.

El segundo camino consiste en saber perder viviendo como Jesús, abiertos al objetivo último del proyecto humanizador del Padre: saber renunciar a la propia seguridad o ganancia, buscando no solo el propio bien, sino también el de los demás. Este modo generoso de vivir conduce al ser humano a su salvación.

Jesús está hablando desde su fe en un Dios salvador, pero sus palabras son una grave advertencia para todos. ¿Qué futuro le espera a una humanidad dividida y fragmentada donde los poderes económicos buscan su propio beneficio; los países su propio bienestar; los individuos su propio interés?

La lógica que dirige en estos momentos la marcha del mundo es irracional. Los pueblos y los individuos estamos cayendo poco a poco en la esclavitud del «tener siempre más». Todo es poco para sentirnos satisfechos. Para vivir bien necesitamos siempre más productividad, más consumo, más bienestar material, más poder sobre los demás.

Buscamos insaciablemente bienestar, pero, ¿no nos estamos deshumanizando siempre un poco más? Queremos «progresar» cada vez más, pero, ¿qué progreso es este que nos lleva a abandonar a millones de seres humanos en la miseria, el hambre y la desnutrición? ¿Cuántos años podremos disfrutar de nuestro bienestar cerrando nuestras fronteras a los hambrientos y a quienes buscan entre nosotros refugio de tantas guerras?

Si los países privilegiados solo buscamos «salvar» nuestro nivel de bienestar, si no queremos perder nuestro potencial económico, jamás daremos pasos hacia una solidaridad a nivel mundial. Pero no nos engañemos. El mundo será cada vez más inseguro y más inhabitable para todos, también para nosotros. Para salvar la vida humana en el mundo hemos de aprender a perder.

ESTÁ ENTRE NOSOTROS

MATEO 18,15-20

XXIII TIEMPO ORDINARIO

¹⁵ Por eso, si tu hermano te ofende, ve y repréndelo a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. ¹⁶ Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que *cualquier asunto se resuelva en presencia de dos o tres testigos*. ¹⁷ Si no les hace caso, díselo a la comunidad; y si tampoco hace caso a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano.

¹⁸ Os aseguro que lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo; y lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. ¹⁹ También os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial. ²⁰ Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

* * *

Aunque las palabras de Jesús, recogidas por Mateo, son de gran importancia para la vida de las comunidades cristianas, pocas veces atraen la atención de comentaristas y predicadores. Esta es la promesa de Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Jesús no está pensando en celebraciones masivas, como las de la plaza de San Pedro en Roma. Aunque solo sean dos o tres, allí está él en medio de ellos. No es necesario que esté presente la jerarquía; no hace falta que sean muchos los reunidos.

Lo importante es que «estén reunidos», no dispersos ni enfrentados: que no vivan descalificándose unos a otros. Lo decisivo es que se reúnan «en su nombre»; que escuchen su llamada, que vivan identificados con su proyecto del

reino de Dios. Que Jesús sea el centro de su pequeño grupo.

Esta presencia viva y real de Jesús es la que ha de animar, guiar y sostener a las pequeñas comunidades de sus seguidores. Es Jesús quien ha de alentar su oración, sus celebraciones, proyectos y actividades. Esta presencia es el «secreto» de toda comunidad cristiana viva.

Los cristianos no podemos reunirnos hoy en nuestros grupos y comunidades de cualquier manera: por costumbre, por inercia o para cumplir unas obligaciones religiosas. Seremos muchos o, tal vez, pocos. Pero lo importante es que nos reunamos en su nombre, atraídos por su persona y por su proyecto de hacer un mundo más humano.

Hemos de reavivar la conciencia de que somos comunidades de Jesús. Nos reunimos para escuchar su Evangelio, para mantener vivo su recuerdo, para contagiarnos de su Espíritu, para acoger en nosotros su alegría y su paz, para anunciar su Buena Noticia.

El futuro de la fe cristiana entre nosotros dependerá en buena parte de lo que hagamos los cristianos en nuestras comunidades concretas las próximas décadas. No basta lo que pueda hacer el papa Francisco en el Vaticano. Tampoco podemos poner nuestra esperanza en el puñado de sacerdotes que puedan ordenarse los próximos años. Nuestra única esperanza es Jesucristo.

Somos nosotros los que hemos de centrar nuestras comunidades cristianas en la persona de Jesús como la única fuerza capaz de regenerar nuestra fe gastada y rutinaria. El único capaz de atraer a los hombres y mujeres de hoy. El único capaz de engendrar una fe nueva en estos tiempos de incredulidad. La renovación de las instancias centrales de la Iglesia es urgente. Los decretos de reformas, necesarios. Pero nada tan decisivo como volver con radicalidad a Jesucristo.

VIVIR PERDONANDO

MATEO 18,21-35

XXIV TIEMPO ORDINARIO

²¹ Entonces se acercó Pedro y le preguntó:

–Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Hasta siete veces?

²² Jesús le respondió:

–No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. ²³

Porque con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. ²⁴ Al comenzar a ajustarlas le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ Como no podía pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para pagar la deuda. ²⁶ El siervo se echó a sus pies, suplicando: «¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!». ²⁷ El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda. ²⁸ Nada más salir, aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello, diciendo: «¡Paga lo que debes!». ²⁹ El compañero se echó a sus pies, suplicándole: «¡Ten paciencia conmigo y te pagaré!». ³⁰ Pero él no accedió, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. ³¹ Al verlo sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido. ³² Entonces el señor lo llamó y le dijo: «Siervo malvado, yo te perdoné aquella deuda entera, porque me lo suplicaste. ³³ ¿No debías haber tenido compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?». ³⁴ Entonces su señor, muy enfadado, lo entregó para que lo castigarán hasta que pagase toda la deuda. ³⁵ Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no os perdonáis de corazón unos a otros.

* * *

Los discípulos le han oído a Jesús decir cosas increíbles sobre el amor a los enemigos, la oración al Padre por los que los persiguen, el perdón a quien les hace daño. Seguramente les parece un mensaje extraordinario, pero poco realista y muy problemático.

Pedro se acerca ahora a Jesús con un planteamiento más práctico y concreto que les permita, al menos, resolver los problemas que surgen entre ellos: recelos, envidias, enfrentamientos y conflictos. ¿Cómo tienen que actuar en aquella familia de seguidores que caminan tras sus pasos? En concreto: «¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda?».

Antes de que Jesús le responda, el impetuoso Pedro se le adelanta a hacerle su propia sugerencia: «¿Hasta siete veces?». Su propuesta es de una generosidad muy superior al clima justiciero que se respira en la sociedad judía. Va más allá incluso de lo que se practica entre los rabinos y los grupos esenios, que hablan como máximo de perdonar hasta cuatro veces.

Sin embargo, Pedro se sigue moviendo en el plano de la casuística judía, donde se prescribe el perdón como arreglo amistoso y reglamentado para garantizar el funcionamiento ordenado de la convivencia entre quienes pertenecen al mismo grupo.

La respuesta de Jesús exige ponernos en otro registro. En el perdón no hay límites: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». No tiene sentido llevar cuentas del perdón. El que se pone a contar cuántas veces está perdonando al hermano se adentra por un camino absurdo que arruina el espíritu que ha de reinar entre sus seguidores.

Entre los judíos era conocido el «Canto de venganza» de Lámeq, un legendario héroe del desierto, que decía así: «Caín será vengado siete veces, pero Lámeq será vengado setenta veces siete». Frente a esta cultura de la venganza sin límites, Jesús propone el perdón sin límites entre sus seguidores.

Las diferentes posiciones ante el Concilio han ido provocando en el interior de la Iglesia conflictos y enfrentamientos a veces muy dolorosos. La falta de respeto mutuo, los insultos y las calumnias son frecuentes. Sin que nadie los desautorice, sectores que se dicen cristianos se sirven de Internet para sembrar agresividad y odio, destruyendo sin piedad el nombre y la trayectoria de otros creyentes.

Necesitamos urgentemente testigos de Jesús que anuncien con palabra firme su Evangelio y que contagien con corazón humilde su paz. Creyentes que vivan perdonando y curando esta obcecación enfermiza que ha penetrado en su Iglesia.

NO DESVIRTUAR LA BONDAD DE DIOS

MATEO 20,1-16

XXV TIEMPO ORDINARIO

¹ Por eso, con el reino de los cielos sucede lo que con el dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. ² Después de contratar a los obreros por un denario al día los envió a su viña. ³ Salió a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo ⁴ y les dijo: «Id también vosotros a la viña, y os daré lo que sea justo». ⁵ Ellos fueron. Salió de nuevo a mediodía y a primera hora de la tarde e hizo lo mismo. ⁶ Salió por fin a media tarde, encontró a otros que estaban sin trabajo y les dijo: «¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?». ⁷ Le contestaron: «Porque nadie nos ha contratado». Él les dijo: «Id también vosotros a la viña». ⁸ Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: «Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros». ⁹ Vinieron los de media tarde y cobraron un denario cada uno. ¹⁰ Cuando llegaron los primeros pensaban que cobrarían más; pero también ellos cobraron un denario cada uno. ¹¹ Al recibirlo se quejaban del dueño, ¹² diciendo: «Estos últimos han trabajado solo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor». ¹³ Pero él respondió a uno de ellos: «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? ¹⁴ Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que a ti, ¹⁵ ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que vas a tener envidia porque yo soy bueno?». ¹⁶ Así los últimos serán primeros, y los primeros, últimos.

* * *

A lo largo de su trayectoria profética, Jesús insistió una y otra vez en comunicar su experiencia de Dios como «un misterio de bondad insondable» que rompe todos nuestros cálculos. Su mensaje es tan revolucionario que, después de veinte siglos, hay todavía cristianos que no se atreven a tomarlo en serio.

Para contagiar a todos su experiencia de ese Dios bueno, Jesús compara su actuación con la conducta sorprendente del señor de una viña. Hasta cinco veces sale él mismo en persona a contratar jornaleros para su viña. No parece preocuparle mucho su rendimiento en el trabajo. Lo que quiere es que ningún jornalero se quede un día más sin trabajo.

Por eso mismo, al final de la jornada, no les paga ajustándose al trabajo realizado por cada grupo. Aunque su trabajo ha sido muy desigual, a todos les da «un denario»: sencillamente, lo que necesitaba cada día una familia campesina de Galilea para poder sobrevivir.

Cuando el portavoz del primer grupo protesta porque ha tratado a los últimos igual que a ellos, que han trabajado más que nadie, el señor de la viña le responde con estas palabras admirables: «¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?». ¿Me vas a impedir con tus cálculos mezquinos ser bueno con quienes necesitan su pan para cenar?

¿Qué está sugiriendo Jesús? ¿Es que Dios no actúa con los criterios de justicia e igualdad que nosotros manejamos? ¿Será verdad que Dios, más que estar midiendo los méritos de las personas, como haríamos nosotros, busca siempre responder desde su bondad insondable a nuestra necesidad radical de salvación?

Confieso que siento una pena inmensa cuando me encuentro con personas buenas que se imaginan a Dios dedicado a anotar cuidadosamente los pecados y los méritos de los humanos, para retribuir un día exactamente a cada uno según su merecido. ¿Es posible imaginar un ser más inhumano que alguien entregado a esto desde toda la eternidad?

Creer en un Dios Amigo incondicional puede ser la experiencia más liberadora que se pueda imaginar, la fuerza más vigorosa para vivir y para morir. Por el contrario, vivir ante un Dios justiciero y amenazador puede convertirse en la neurosis más peligrosa y destructora de la persona.

Hemos de aprender a no confundir a Dios con nuestros esquemas estrechos y mezquinos. No hemos de desvirtuar su bondad insondable mezclando los rasgos auténticos que provienen de Jesús con trazos de un Dios justiciero tomados de aquí y de allá. Ante el Dios bueno revelado en Jesús, lo único que cabe es la confianza.

POR DELANTE DE NOSOTROS

MATEO 21,28-32

XXVI TIEMPO ORDINARIO

²⁸ –¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: «Anda, hijo, ve a trabajar hoy en la viña». ²⁹ Él respondió: «No quiero». Pero después se arrepintió y fue. ³⁰ Luego se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él respondió: «Voy, señor». Pero no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?

Le contestaron:

–El primero.

Entonces Jesús les dijo:

–Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de Dios. ³² Porque vino Juan a mostraros el camino de la salvación y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y vosotros, a pesar de verlo, no os arrepentisteis ni creísteis en él.

* * *

Un día, Jesús pronunció estas duras palabras contra los dirigentes religiosos de su pueblo: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de Dios». Hace unos años pude comprobar que la afirmación de Jesús no es una exageración.

Un grupo de prostitutas de diferentes países, acompañadas por algunas Hermanas Oblatas, reflexionaron sobre Jesús con la ayuda de mi libro *Jesús. Aproximación histórica*. Todavía me conmueve la fuerza y el atractivo que tiene Jesús para estas mujeres de alma sencilla y corazón bueno. Rescato algunos de sus testimonios.

«Me sentía sucia, vacía y poca cosa, todo el mundo me usaba. Ahora me siento

con ganas de seguir viviendo, porque Dios sabe mucho de mi sufrimiento [...] Dios está dentro de mí. Dios está dentro de mí. Dios está dentro de mí. ¡Este Jesús me entiende...!».

«Ahora, cuando llego a casa después del trabajo, me lavo con agua muy caliente para arrancar de mi piel la suciedad y después le rezo a este Jesús porque él sí me entiende y sabe mucho de mi sufrimiento [...] Jesús, quiero cambiar de vida, guíame, porque tú solo conoces mi futuro».

«Yo pido a Jesús todo el día que me aparte de este modo de vida. Siempre que me ocurre algo yo le llamo y él me ayuda. Él está cerca de mí, es maravilloso [...] Él me lleva en sus manos, él carga conmigo, siento su presencia».

«En la madrugada es cuando más hablo con él. Él me escucha mejor, porque en este horario la gente duerme. Él está aquí, no duerme. Él siempre está aquí. A puerta cerrada me arrodillo y le pido que merezca su ayuda, que me perdone, que yo lucharé por él».

«Un día, yo estaba sentada en la plaza y dije: “Oh, Dios mío, ¿será que yo solo sirvo para esto? ¿Solo para la prostitución?” [...] Entonces es el momento en que más sentí a Dios cargando conmigo, ¿entendiste?, transformándome. Fue en aquel momento. Tanto que yo no me olvido. ¿Entendiste?».

«Yo ahora hablo con Jesús y le digo: aquí estoy, acompáñame. Tú viste lo que le sucedió a mi compañera [se refiere a una compañera asesinada en un hotel]. Te ruego por ella y pido que nada malo les suceda a mis compañeras. Yo no hablo, pero pido por ellas, pues ellas son personas como yo».

«Estoy furiosa, triste, dolida, rechazada, nadie me quiere, no sé a quién culpar, o sería mejor odiar a la gente y a mí, o al mundo. Fíjate, desde que era niña yo creí en ti y has permitido que esto me pasara. Te doy otra oportunidad para protegerme ahora. Bien, yo te perdono, pero, por favor, no me dejes de nuevo».

¿Qué misterio se encierra en Jesús para tener ese poder en el corazón de las personas? Cómo cambiaría la vida de muchos si le conocieran mejor.

CRISIS RELIGIOSA

MATEO 21,33-43

XXVII TIEMPO ORDINARIO

³³ –Escuchad esta otra parábola: había un hacendado que *plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre*, la arrendó a unos labradores y se ausentó. ³⁴ Al llegar la vendimia, envió sus criados a los labradores para recoger los frutos. ³⁵ Pero los labradores agarraron a los criados, hirieron a uno, mataron a otro y al otro lo apedrearon. ³⁶ De nuevo envió otros criados, en mayor número que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. ³⁷ Finalmente les envió a su hijo, pensando: «A mi hijo lo respetarán». ³⁸ Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: «Este es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia». ³⁹ Le echaron mano, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. ⁴⁰ ¿Qué os parece? Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con esos labradores?

⁴¹ Le respondieron:

–Acabará de mala manera con esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo.

⁴² Jesús les dijo:

–¿No habéis leído nunca en las Escrituras: *La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular; esto es obra del Señor, y es realmente admirable?* ⁴³ Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios y se entregará a un pueblo que dé a su tiempo los frutos que al reino corresponden.

* * *

La parábola de los «viñadores homicidas» es un relato en el que Jesús va descubriendo con acentos alegóricos la historia de Dios con su pueblo elegido. Es

una historia triste. Dios lo había cuidado desde el comienzo con todo su cariño. Era su «viña preferida». Esperaba hacer de ellos un pueblo ejemplar por su justicia y su fidelidad. Sería una «gran luz» para todos los pueblos.

Sin embargo, aquel pueblo fue rechazando y matando uno tras otro a los profetas que Dios les iba enviando para recoger los frutos de una vida más justa. Por último, en un gesto increíble de amor, les envió a su propio Hijo. Pero los dirigentes de aquel pueblo terminaron con él. ¿Qué puede hacer Dios con un pueblo que defrauda de manera tan ciega y obstinada sus expectativas?

Los dirigentes religiosos que están escuchando atentamente el relato responden espontáneamente en los mismos términos de la parábola: el señor de la viña no puede hacer otra cosa que dar muerte a aquellos labradores y poner su viña en manos de otros. Jesús saca rápidamente una conclusión que no esperan: «Por eso yo os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se le entregará a un pueblo que produzca frutos».

Comentaristas y predicadores han interpretado con frecuencia la parábola de Jesús como la reafirmación de la Iglesia cristiana como el «nuevo Israel» después del pueblo judío, que, con la destrucción de Jerusalén el año 70, se ha dispersado por todo el mundo.

Sin embargo, la parábola está hablando también de nosotros. Una lectura honesta del texto nos obliga a hacernos graves preguntas: ¿estamos produciendo en nuestros tiempos «los frutos» que Dios espera de su pueblo: justicia para los excluidos, solidaridad, compasión hacia los que sufren, perdón...?

Dios no tiene por qué bendecir un cristianismo estéril del que no recibe los frutos que espera. No tiene por qué identificarse con nuestra mediocridad, nuestras incoherencias, desviaciones y poca fidelidad. Si no respondemos a sus expectativas, Dios seguirá abriendo caminos nuevos a su proyecto de salvación con otras gentes que produzcan frutos de justicia.

Nosotros hablamos de «crisis religiosa», «descristianización», «abandono de la práctica religiosa»... ¿No estará Dios preparando el camino que haga posible el nacimiento de una Iglesia menos poderosa, pero más evangélica; menos numerosa, pero más entregada a hacer un mundo más humano? ¿No vendrán nuevas generaciones más fieles a Dios que nosotros?

INVITACIÓN

MATEO 22,1-14

XXVIII TIEMPO ORDINARIO

¹ Jesús tomó de nuevo la palabra y les dijo esta parábola:

² –Con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que celebraba la boda de su hijo. ³ Envió a sus criados para llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. ⁴ De nuevo envió otros criados encargándoles que dijeran a los invitados: «Mi banquete está preparado, he matado becerros y cebones, y todo está a punto; venid a la boda». ⁵ Pero ellos no hicieron caso y se fueron unos a su campo y otros a su negocio. ⁶ Los demás, echando mano a los criados, los maltrataron y los mataron. ⁷ El rey, entonces, se enojó y envió sus tropas para que acabasen con aquellos asesinos e incendiasen su ciudad. ⁸ Después dijo a sus criados: «El banquete de boda está preparado, pero los invitados no eran dignos. ⁹ Id, pues, a los cruces de los caminos y convidad a la boda a todos los que encontréis». ¹⁰ Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y la sala se llenó de invitados.

¹¹ Al entrar el rey para ver a los comensales observó que uno de ellos no llevaba traje de boda. ¹² Le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?». Él se quedó callado. ¹³ Entonces el rey dijo a los servidores: «Atadlo de pies y manos y echadlo fuera, a las tinieblas; allí llorará y le rechinarán los dientes». ¹⁴ Porque son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

* * *

Jesús conocía muy bien cómo disfrutaban los campesinos de Galilea en las bodas que se celebraban en las aldeas. Sin duda, él mismo tomó parte en más de una.

¿Qué experiencia podía haber más gozosa para aquellas gentes que ser invitados a una boda y poder sentarse con los vecinos a compartir juntos un banquete de fiesta?

Este recuerdo vivido desde niño ayudó a Jesús más tarde a comunicar su experiencia de Dios de una manera nueva y sorprendente. Según él, Dios está preparando un banquete final para todos sus hijos, pues a todos los quiere ver sentados junto a él disfrutando para siempre de una vida plenamente dichosa.

Podemos decir que Jesús entendió su vida entera como el ofrecimiento de una gran invitación en nombre de Dios a esa fiesta final. Por eso Jesús no impone nada a la fuerza, no presiona a nadie. Anuncia la Buena Noticia de Dios, despierta la confianza en el Padre, enciende en los corazones la esperanza. A todos les ha de llegar su invitación.

¿Qué ha sido de esta invitación de Dios? ¿Quién la anuncia? ¿Quién la escucha? ¿Dónde se habla en la Iglesia de esta fiesta final? Satisfechos con nuestro bienestar, sordos a lo que no sean nuestros intereses inmediatos, ¿no necesitamos ya de Dios? ¿Nos estamos acostumbrando poco a poco a vivir sin necesidad de alimentar una esperanza última?

Jesús era realista. Sabía que la invitación de Dios puede ser rechazada. En la parábola de «los invitados a la boda» se habla de diversas reacciones de los invitados. Unos rechazan la invitación de manera consciente y rotunda: «No quisieron venir». Otros responden con absoluta indiferencia: «No hicieron caso». Les importan más sus tierras y negocios.

Pero, según la parábola, Dios no se desalienta. Por encima de todo habrá una fiesta final. El deseo de Dios es que la sala del banquete se llene de invitados. Por eso hay que ir a los «cruces de los caminos», por donde caminan tantas gentes errantes, que viven sin esperanza y sin futuro. La Iglesia ha de seguir anunciando con fe y alegría la invitación de Dios proclamada en el Evangelio de Jesús.

El papa Francisco está preocupado por una predicación que se obsesiona «por una transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intentan imponer a fuerza de insistencia». El mayor peligro está, según él, en que ya «no será propiamente el Evangelio lo que se anuncie, sino algunos acentos doctrinales o morales que proceden de determinadas opciones ideológicas. El mensaje correrá el riesgo de perder su frescura y dejará de tener olor a Evangelio».

LOS POBRES SON DE DIOS

MATEO 22,15-21

XXIX TIEMPO ORDINARIO

¹⁵ Entonces los fariseos se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en sus palabras ¹⁶ y le enviaron discípulos suyos con los partidarios de Herodes a decirle:

–Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas con verdad el camino de Dios y que no te dejas influir por nadie, pues no miras las apariencias de las personas. ¹⁷ Dinos, pues, tu parecer: ¿estamos obligados a pagar tributo al César o no?

¹⁸ Jesús se dio cuenta de su mala intención y les dijo:

–¿Por qué me ponéis a prueba, hipócritas? ¹⁹ Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le presentaron un denario, ²⁰ y él les preguntó:

–¿De quién es esta imagen y la inscripción?

²¹ Le respondieron:

–Del César.

Jesús les replicó:

–Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

* * *

A espaldas de Jesús, los fariseos llegan a un acuerdo para prepararle una trampa decisiva. No vienen ellos mismos a encontrarse con él. Le envían a unos discípulos acompañados por unos partidarios de Herodes Antipas. Tal vez no faltan entre ellos algunos poderosos recaudadores de los tributos para Roma.

La trampa está bien pensada: «¿Estamos obligados a pagar tributo al César o no?». Si responde negativamente le podrán acusar de rebelión contra Roma. Si legitima el pago de tributos quedará desprestigiado ante aquellos pobres campesinos que viven oprimidos por los impuestos, y a los que él ama y defiende

con todas sus fuerzas.

La respuesta de Jesús ha sido resumida de manera lapidaria a lo largo de los siglos en estos términos: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Pocas palabras de Jesús habrán sido tan citadas como estas. Y ninguna, tal vez, más distorsionada y manipulada desde intereses muy ajenos al Profeta defensor de los pobres.

Jesús no está pensando en Dios y en el César de Roma como dos poderes que pueden exigir cada uno de ellos, en su propio campo, sus derechos a sus súbditos. Como todo judío fiel, Jesús sabe que a Dios «le pertenece la tierra y todo lo que contiene, el orbe y todos sus habitantes» (Salmo 24). ¿Qué puede ser del César que no sea de Dios? ¿Acaso no son hijos de Dios los súbditos del emperador?

Jesús no se detiene en las diferentes posiciones que enfrentan en aquella sociedad a herodianos, saduceos o fariseos sobre los tributos a Roma y su significado: si llevan la «moneda del tributo» en sus bolsas que cumplan sus obligaciones. Pero él no vive al servicio del Imperio de Roma, sino abriendo caminos al reino de Dios y su justicia.

Por eso les recuerda algo que nadie le ha preguntado: «Dad a Dios lo que es de Dios». Es decir, no deis a ningún César lo que solo es de Dios: la vida de sus hijos. Como ha repetido tantas veces a sus seguidores, los pobres son de Dios, los pequeños son sus predilectos, el reino de Dios les pertenece. Nadie ha de abusar de ellos.

No se ha de sacrificar la vida, la dignidad o la felicidad de las personas a ningún poder. Y, sin duda, ningún poder sacrifica hoy más vidas y causa más sufrimiento, hambre y destrucción que esa «dictadura de una economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano» que, según el papa Francisco, han logrado imponer los poderosos de la tierra. No podemos permanecer pasivos e indiferentes acallando la voz de nuestra conciencia con las prácticas religiosas.

CREER EN EL AMOR

MATEO 22,34-40

XXX TIEMPO ORDINARIO

³⁴ Cuando los fariseos oyeron que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron, ³⁵ y uno de ellos, experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

³⁶ –Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la Ley?

³⁷ Jesús le contestó:

–*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.* ³⁸ Este es el primer mandamiento y el más importante. ³⁹ El segundo es semejante a este: *Amarás al prójimo como a ti mismo.* ⁴⁰ En estos dos mandamientos se basa toda la Ley y los profetas.

* * *

La religión cristiana les resulta a no pocos un sistema religioso difícil de entender y, sobre todo, un entramado de leyes demasiado complicado para vivir correctamente ante Dios. ¿No necesitamos los cristianos concentrar mucho más nuestra atención en cuidar antes que nada lo esencial de la experiencia cristiana?

Los evangelios han recogido la respuesta de Jesús a un sector de fariseos que le preguntan cuál es el mandamiento principal de la Ley. Así resume Jesús lo esencial: lo primero es «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser»; lo segundo es «amarás a tu prójimo como a ti mismo».

La afirmación de Jesús es clara. El amor es todo. Lo decisivo en la vida es amar. Ahí está el fundamento de todo. Por eso, lo primero es vivir ante Dios y ante los demás en una actitud de amor. No hemos de perdernos en cosas accidentales y secundarias, olvidando lo esencial. Del amor arranca todo lo

demás. Sin amor, todo queda desvirtuado.

Al hablar del amor a Dios, Jesús no está pensando en los sentimientos o emociones que pueden brotar de nuestro corazón; tampoco está invitando a multiplicar nuestros rezos y oraciones. Amar al Señor, nuestro Dios, con todo el corazón es reconocer a Dios como Fuente última de nuestra existencia, despertar en nosotros una adhesión total a su voluntad y responder con fe incondicional a su amor universal de Padre de todos.

Por eso añade Jesús un segundo mandamiento. No es posible amar a Dios y vivir de espaldas a sus hijos e hijas. Una religión que predica el amor a Dios y se olvida de los que sufren es una gran mentira. La única postura realmente humana ante cualquier persona que encontramos en nuestro camino es amarla y buscar su bien como quisiéramos para nosotros mismos.

Todo este lenguaje puede parecer demasiado viejo, demasiado gastado y poco eficaz. Sin embargo, también hoy el primer problema en el mundo es la falta de amor, que va deshumanizando una y otra vez los esfuerzos y las luchas por construir una convivencia más humana.

Hace unos años, el pensador francés Jean Onimus escribía así: «El cristianismo está todavía en sus comienzos: nos lleva trabajando solo dos mil años. La masa es pesada y se necesitarán siglos de maduración antes de que la caridad la haga fermentar». Los seguidores de Jesús no hemos de olvidar nuestra responsabilidad. El mundo necesita testigos vivos que ayuden a las futuras generaciones a creer en el amor, pues no hay un futuro esperanzador para el ser humano si termina por perder la fe en el amor.

NO HACEN LO QUE DICEN

MATEO 23,1-12

XXXI TIEMPO ORDINARIO

¹ Entonces Jesús, dirigiéndose a la gente y a sus discípulos, les dijo:

² –En la cátedra de Moisés se han sentado los maestros de la Ley y los fariseos. ³ Obedecedles y haced lo que os digan, pero no imitéis su ejemplo, porque no hacen lo que dicen. ⁴ Atan cargas pesadas e insoportables y las ponen sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no mueven ni un dedo para llevarlas. ⁵ Todo lo hacen para que los vea la gente: ensanchan sus filacterias y alargan los flecos del manto; ⁶ les gusta el primer puesto en los convites y los primeros asientos en las sinagogas; ⁷ que les saluden por la calle y los llamen maestros. ⁸ Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰ Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno solo es vuestro preceptor: el Mesías. ¹¹ El mayor entre vosotros será el que sirva a los demás. ¹² Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

* * *

Jesús habla con indignación profética. Su discurso, dirigido a la gente y a sus discípulos, es una dura crítica a los dirigentes religiosos de Israel. Mateo lo recoge hacia los años ochenta para que los dirigentes de la Iglesia cristiana no caigan en conductas parecidas.

¿Podremos recordar hoy las recriminaciones de Jesús con paz, en actitud de conversión, sin ánimo alguno de polémicas estériles? Sus palabras son una invitación para que obispos, presbíteros y cuantos tenemos alguna

responsabilidad eclesial hagamos una revisión de nuestra actuación.

«No hacen lo que dicen». Nuestro mayor pecado es la incoherencia. No vivimos lo que predicamos. Tenemos poder, pero nos falta autoridad. Nuestra conducta nos desacredita. Un ejemplo de vida más evangélica de los dirigentes cambiaría el clima en muchas comunidades cristianas.

«Atan cargas pesadas e insoportables y las ponen sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no mueven ni un dedo para llevarlas». Es cierto. Con frecuencia somos exigentes y severos con los demás, comprensivos e indulgentes con nosotros. Agobiamos a la gente sencilla con nuestras exigencias, pero no les facilitamos la acogida del Evangelio. No somos como Jesús, que se preocupa de hacer ligera su carga, pues es humilde y de corazón sencillo.

«Todo lo hacen para que los vea la gente». No podemos negar que es muy fácil vivir pendientes de nuestra imagen, buscando casi siempre «quedar bien» ante los demás. No vivimos ante ese Dios que ve en lo secreto. Estamos más atentos a nuestro prestigio personal.

«Les gusta el primer puesto y los primeros asientos [...] y que les saluden por la calle y los llamen maestros». Nos da vergüenza confesarlo, pero nos gusta. Buscamos ser tratados de manera especial, no como un hermano más. ¿Hay algo más ridículo que un testigo de Jesús buscando ser distinguido y reverenciado por la comunidad cristiana?

«No os dejéis llamar maestro [...] ni preceptor [...] porque uno solo es vuestro Maestro y vuestro Preceptor: Cristo». El mandato evangélico no puede ser más claro: renunciad a los títulos para no hacer sombra a Cristo; orientad la atención de los creyentes solo hacia él. ¿Por qué la Iglesia no hace nada por suprimir tantos títulos, prerrogativas, honores y dignidades para mostrar mejor el rostro humilde y cercano de Jesús?

«No llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo». Para Jesús, el título de Padre es tan único, profundo y entrañable que no ha de ser utilizado por nadie en la comunidad cristiana. ¿Por qué lo permitimos?

ENCENDER UNA FE GASTADA

MATEO 25,1-13

XXXII TIEMPO ORDINARIO

¹ Sucede con el reino de los cielos lo que con aquellas diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo. ² Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. ³ Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite, ⁴ mientras que las sensatas llevaron aceite en las alcuza junto con las lámparas. ⁵ Como el esposo tardaba les entró sueño y se durmieron. ⁶ A medianoche se oyó un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». ⁷ Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. ⁸ Las necias dijeron a las sensatas: «Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan». ⁹ Las sensatas respondieron: «Como no vamos a tener bastante para nosotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo compréis». ¹⁰ Mientras iban a comprarlo vino el esposo. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. ¹¹ Más tarde llegaron también las otras jóvenes, diciendo: «Señor, señor, ábrenos». ¹² Pero él respondió: «Os aseguro que no os conozco». ¹³ Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

* * *

La primera generación cristiana vivió convencida de que Jesús, el Señor resucitado, volvería muy pronto lleno de vida. No fue así. Poco a poco, los seguidores de Jesús se tuvieron que preparar para una larga espera.

No es difícil imaginar las preguntas que se despertaron entre ellos. ¿Cómo mantener vivo el espíritu de los comienzos? ¿Cómo vivir despiertos mientras llega el Señor? ¿Cómo alimentar la fe sin dejar que se apague? Un relato de Jesús sobre lo sucedido en una boda les ayudaba a pensar la respuesta.

Diez jóvenes, amigas de la novia, encienden sus lámparas y se preparan para recibir al esposo. Cuando, al caer el sol, llegue el novio a tomar consigo a la esposa, los acompañarán a ambos en el cortejo que los llevará hasta la casa del esposo, donde se celebrará el banquete nupcial.

Hay un detalle que el narrador quiere destacar desde el comienzo. Entre las jóvenes hay cinco «sensatas» y previsoras que toman consigo aceite para alimentar sus lámparas a medida que se vaya consumiendo la llama. Las otras cinco son unas «necias» y descuidadas que se olvidan de tomar aceite, con el riesgo de que se les apaguen las lámparas.

Pronto descubrirán su error. El esposo se retrasa y no llega hasta medianoche. Cuando se oye la llamada a recibirlo, las sensatas alimentan con su aceite la llama de sus lámparas y acompañan al esposo hasta entrar con él en la fiesta. Las necias no saben sino lamentarse: «Que se nos apagan las lámparas». Ocupadas en adquirir aceite, llegan al banquete cuando la puerta está cerrada. Demasiado tarde.

Muchos comentaristas tratan de buscar un significado secreto al símbolo del aceite. ¿Está Jesús hablando del fervor espiritual, del amor, de la gracia bautismal...? Tal vez es más sencillo recordar su gran deseo: «Yo he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?». ¿Hay algo que pueda encender más nuestra fe que el contacto vivo con Jesús?

¿No es una insensatez pretender conservar una fe gastada sin reavivarla con el fuego de Jesús? ¿No es una contradicción creernos cristianos sin conocer su proyecto ni sentirnos atraídos por su estilo de vida?

Necesitamos urgentemente una calidad nueva en nuestra relación con él. Cuidar todo lo que nos ayude a centrar nuestra vida en su persona. No gastar energías en lo que nos distrae o desvía de su Evangelio. Encender cada domingo nuestra fe rumiando sus palabras y comulgando vitalmente con él. Nadie puede transformar nuestras comunidades como Jesús.

BÚSQUEDA CREATIVA

MATEO 25,14-30

XXXIII TIEMPO ORDINARIO

¹⁴ Sucede también con el reino de los cielos lo que con aquel hombre que, al ausentarse, llamó a sus criados y les encomendó su hacienda. ¹⁵ A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno según su capacidad; y se ausentó. ¹⁶ El que había recibido cinco talentos fue a negociar enseguida con ellos, y ganó otros cinco. ¹⁷ Asimismo, el que tenía dos ganó otros dos. ¹⁸ Pero el que había recibido uno solo fue, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. ¹⁹ Después de mucho tiempo volvió el amo y pidió cuentas a sus criados. ²⁰ Se acercó el que había recibido cinco talentos llevando otros cinco, y dijo: «Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado». ²¹ Su amo le dijo: «Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poco te pondré al frente de mucho: entra en el gozo de tu señor». ²² Llegó también el de los dos talentos y dijo: «Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado». ²³ Su amo le dijo: «Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poco te pondré al frente de mucho: entra en el gozo de tu señor». ²⁴ Se acercó finalmente el que solo había recibido un talento y dijo: «Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; ²⁵ tuve miedo y escondí tu talento en tierra; aquí tienes lo tuyo». ²⁶ Su amo le respondió: «¡Criado malvado y perezoso! ¿No sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí? ²⁷ Debías haber puesto mi dinero en el banco; y al volver yo habría retirado mi dinero con los intereses. ²⁸ Así que quitadle a él el talento y dádsele al que tiene diez. ²⁹ Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. ³⁰ Y a ese criado inútil arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí

llorará y le rechinarán los dientes».

* * *

A pesar de su aparente inocencia, la parábola de los talentos encierra una carga explosiva. Es sorprendente ver que el tercer criado es condenado sin haber cometido ninguna acción mala. Su único error consiste en no hacer nada: no arriesga su talento, no lo hace fructificar, lo conserva intacto en un lugar seguro.

El mensaje de Jesús es claro. No al conservadurismo, sí a la creatividad. No a una vida estéril, sí a la respuesta activa a Dios. No a la obsesión por la seguridad, sí al esfuerzo arriesgado por transformar el mundo. No a la fe enterrada bajo el conformismo, sí al trabajo comprometido en abrir caminos al reino de Dios.

El gran pecado de los seguidores de Jesús puede ser siempre el no arriesgarnos a seguirlo de manera creativa. Es significativo observar el lenguaje que se ha empleado entre los cristianos a lo largo de los años para ver en qué hemos centrado con frecuencia la atención: conservar el depósito de la fe; conservar la tradición; conservar las buenas costumbres; conservar la gracia; conservar la vocación...

Esta tentación de conservadurismo es más fuerte en tiempos de crisis religiosa. Es fácil entonces invocar la necesidad de controlar la ortodoxia, reforzar la disciplina y la normativa, asegurar la pertenencia a la Iglesia... Todo puede ser explicable, pero, ¿no es con frecuencia una manera de desvirtuar el Evangelio y congelar la creatividad del Espíritu?

Para los dirigentes religiosos y los responsables de las comunidades cristianas puede ser más cómodo «repetir» de manera monótona los caminos heredados del pasado, ignorando los interrogantes, las contradicciones y los planteamientos del hombre moderno, pero, ¿de qué sirve todo ello si no somos capaces de transmitir luz y esperanza a los problemas y sufrimientos que sacuden a los hombres y mujeres de nuestros días?

Las actitudes que hemos de cuidar hoy en el interior de la Iglesia no se llaman «prudencia», «fidelidad al pasado», «resignación»... Llevan más bien otro nombre: «búsqueda creativa», «audacia», «capacidad de riesgo», «escucha del Espíritu», que todo lo hace nuevo.

Lo más grave puede ser que, lo mismo que el tercer criado de la parábola, también nosotros creamos que estamos respondiendo fielmente a Dios con nuestra actitud conservadora, cuando en realidad estamos defraudando sus

expectativas. El principal quehacer de la Iglesia hoy no puede ser conservar el pasado, sino aprender a comunicar la Buena Noticia de Jesús en una sociedad sacudida por cambios socioculturales sin precedentes.

LO DECISIVO

MATEO 25,31-46

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

³¹ Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles se sentará en su trono de gloria. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, ³³ y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. ³⁴ Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me alojasteis; ³⁶ estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme». ³⁷ Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les responderá: «Os aseguro que, cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». ⁴¹ Después dirá a los del otro lado: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; ⁴³ fui forastero y no me alojasteis; estaba desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis». ⁴⁴ Entonces responderán también estos diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». ⁴⁵ Y él les responderá: «Os aseguro que, cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo». ⁴⁶ E irán estos al castigo eterno y los justos, a la vida eterna.

* * *

El relato no es propiamente una parábola, sino una evocación del juicio final de todos los pueblos. Toda la escena se concentra en un diálogo largo entre el juez, que no es otro que Jesús resucitado, y dos grupos de personas: los que han aliviado el sufrimiento de los más necesitados y los que han vivido negándoles su ayuda.

A lo largo de los siglos, los cristianos han visto en este diálogo fascinante «la mejor recapitulación del Evangelio», «el elogio absoluto del amor solidario» o «la advertencia más grave a quienes viven refugiados falsamente en la religión». Vamos a señalar las afirmaciones básicas.

Todos los hombres y mujeres, sin excepción, serán juzgados por el mismo criterio. Lo que da un valor imperecedero a la vida no es la condición social, el talento personal o el éxito logrado a lo largo de los años. Lo decisivo es el amor práctico y solidario a los necesitados de ayuda.

Este amor se traduce en hechos muy concretos. Por ejemplo, «dar de comer», «dar de beber», «acoger al inmigrante», «vestir al desnudo», «visitar al enfermo o encarcelado». Lo decisivo ante Dios no son las acciones religiosas, sino estos gestos humanos de ayuda a los necesitados. Pueden brotar de una persona creyente o del corazón de un agnóstico que piensa en los que sufren.

El grupo de los que han ayudado a los necesitados que han ido encontrando en su camino no lo ha hecho por motivos religiosos. No ha pensado en Dios ni en Jesucristo. Sencillamente ha buscado aliviar un poco el sufrimiento que hay en el mundo. Ahora, invitados por Jesús, entran en el reino de Dios como «benditos del Padre».

¿Por qué es tan decisivo ayudar a los necesitados y tan condenable negarles la ayuda? Porque, según revela el juez, lo que se hace o se deja hacer a ellos se le está haciendo o dejando de hacer al mismo Dios encarnado en Cristo. Cuando abandonamos a un necesitado estamos abandonando a Dios. Cuando aliviarnos su sufrimiento lo estamos haciendo con Dios.

Este sorprendente mensaje nos pone a todos mirando a los que sufren. No hay religión verdadera, no hay política progresista, no hay proclamación responsable de los derechos humanos si no es defendiendo a los más necesitados, aliviando su sufrimiento y restaurando su dignidad.

En cada persona que sufre, Jesús sale a nuestro encuentro, nos mira, nos interroga y nos interpela. Nada nos acerca más a él que aprender a mirar

detenidamente el rostro de los que sufren con compasión. En ningún lugar podremos reconocer con más verdad el rostro de Jesús.

RELACIÓN DE TEXTOS BÍBLICOS

Mateo 1,18-24 → IV Adviento
Mateo 2,1-12 → Epifanía del Señor
Mateo 2,13-15.19-23 → La Sagrada Familia
Mateo 3,1-12 → II Adviento
Mateo 3,13-17 → Bautismo del Señor
Mateo 4,1-11 → I Cuaresma
Mateo 4,12-23 → III Tiempo Ordinario
Mateo 5,1-12 → IV Tiempo Ordinario
Mateo 5,13-16 → V Tiempo Ordinario
Mateo 5,17-37 → VI Tiempo Ordinario
Mateo 5,38-48 → VII Tiempo Ordinario
Mateo 6,24-34 → VIII Tiempo Ordinario
Mateo 7,21-29 → IX Tiempo Ordinario
Mateo 9,9-13 → X Tiempo Ordinario
Mateo 9,36-10,8 → XI Tiempo Ordinario
Mateo 10,26-33 → XII Tiempo Ordinario
Mateo 10,37-42 → XIII Tiempo Ordinario
Mateo 11,2-11 → III Adviento
Mateo 11,25-30 → XIV Tiempo Ordinario
Mateo 13,1-23 → XV Tiempo Ordinario
Mateo 13,24-43 → XVI Tiempo Ordinario
Mateo 13,44-52 → XVII Tiempo Ordinario
Mateo 14,13-21 → XVIII Tiempo Ordinario
Mateo 14,22-33 → XIX Tiempo Ordinario
Mateo 15,21-28 → XX Tiempo Ordinario
Mateo 16,13-20 → XXI Tiempo Ordinario
Mateo 16,21-27 → XXII Tiempo Ordinario
Mateo 17,1-9 → II Cuaresma
Mateo 18,15-20 → XXIII Tiempo Ordinario
Mateo 18,21-35 → XXIV Tiempo Ordinario
Mateo 20,1-16 → XXV Tiempo Ordinario
Mateo 21,28-32 → XXVI Tiempo Ordinario
Mateo 21,33-43 → XXVII Tiempo Ordinario

Mateo 22,1-14 → XXVIII Tiempo Ordinario
Mateo 22,15-21 → XXIX Tiempo Ordinario
Mateo 22,34-40 → XXX Tiempo Ordinario
Mateo 23,1-12 → XXXI Tiempo Ordinario
Mateo 24,37-44 → I Adviento
Mateo 25,1-13 → XXXII Tiempo Ordinario
Mateo 25,14-30 → XXXIII Tiempo Ordinario
Mateo 25,31-46 → Jesucristo, Rey del universo
Mateo 26,14-27,66 → Domingo de Ramos
Mateo 28,1-10 → Pascua de Resurrección
Mateo 28,16-20 → Ascensión del Señor
Lucas 2,1-14 → Natividad del Señor
Lucas 2,16-21 → Santa María, Madre de Dios
Lucas 24,13-35 → III Pascua
Juan 1,1-18 → II Domingo después de Navidad
Juan 1,29-34 → II Tiempo Ordinario
Juan 3,16-18 → Santísima Trinidad
Juan 4,5-42 → III Cuaresma
Juan 6,51-58 → Cuerpo y Sangre de Cristo
Juan 9,1-41 → IV Cuaresma
Juan 10,1-10 → IV Pascua
Juan 11,1-45 → V Cuaresma
Juan 14,1-12 → V Pascua
Juan 14,15-21 → VI Pascua
Juan 20,19-23 → Pentecostés
Juan 20,19-31 → II Pascua

RELACIÓN DE DOMINGOS

- I Adviento → Mateo 24,37-44
- II Adviento → Mateo 3,1-12
- III Adviento → Mateo 11,2-11
- IV Adviento → Mateo 1,18-24
- Natividad del Señor → Lucas 2,1-14
- La Sagrada Familia → Mateo 2,13-15.19-23
- Santa María, Madre de Dios → Lucas 2,16-21
- II Domingo después de Navidad → Juan 1,1-18
- Epifanía del Señor → Mateo 2,1-12
- Bautismo del Señor → Mateo 3,13-17
- I Cuaresma → Mateo 4,1-11
- II Cuaresma → Mateo 17,1-9
- III Cuaresma → Juan 4,5-42
- IV Cuaresma → Juan 9,1-41
- V Cuaresma → Juan 11,1-45
- Domingo de Ramos → Mateo 26,14-27,66
- Pascua de Resurrección → Mateo 28,1-10
- II Pascua → Juan 20,19-31
- III Pascua → Lucas 24,13-35
- IV Pascua → Juan 10,1-10
- V Pascua → Juan 14,1-12
- VI Pascua → Juan 14,15-21
- Ascensión del Señor → Mateo 28,16-20
- Pentecostés → Juan 20,19-23
- Santísima Trinidad → Juan 3,16-18
- Cuerpo y Sangre de Cristo → Juan 6,51-58
- II Tiempo Ordinario → Juan 1,29-34
- III Tiempo Ordinario → Mateo 4,12-23
- IV Tiempo Ordinario → Mateo 5,1-12
- V Tiempo Ordinario → Mateo 5,13-16
- VI Tiempo Ordinario → Mateo 5,17-37
- VII Tiempo Ordinario → Mateo 5,38-48
- VIII Tiempo Ordinario → Mateo 6,24-34

IX Tiempo Ordinario → Mateo 7,21-29
X Tiempo Ordinario → Mateo 9,9-13
XI Tiempo Ordinario → Mateo 9,36-10,8
XII Tiempo Ordinario → Mateo 10,26-33
XIII Tiempo Ordinario → Mateo 10,37-42
XIV Tiempo Ordinario → Mateo 11,25-30
XV Tiempo Ordinario → Mateo 13,1-23
XVI Tiempo Ordinario → Mateo 13,24-43
XVII Tiempo Ordinario → Mateo 13,44-52
XVIII Tiempo Ordinario → Mateo 14,13-21
XIX Tiempo Ordinario → Mateo 14,22-33
XX Tiempo Ordinario → Mateo 15,21-28
XXI Tiempo Ordinario → Mateo 16,13-20
XXII Tiempo Ordinario → Mateo 16,21-27
XXIII Tiempo Ordinario → Mateo 18,15-20
XXIV Tiempo Ordinario → Mateo 18,21-35
XXV Tiempo Ordinario → Mateo 20,1-16
XXVI Tiempo Ordinario → Mateo 21,28-32
XXVII Tiempo Ordinario → Mateo 21,33-43
XXVIII Tiempo Ordinario → Mateo 22,1-14
XXIX Tiempo Ordinario → Mateo 22,15-21
XXX Tiempo Ordinario → Mateo 22,34-40
XXXI Tiempo Ordinario → Mateo 23,1-12
XXXII Tiempo Ordinario → Mateo 25,1-13
XXXIII Tiempo Ordinario → Mateo 25,14-30
Jesucristo, Rey del universo → Mateo 25,31-46

Contenido

Portadilla
Presentación
Con los ojos abiertos
Recorrer caminos nuevos
Curar heridas
Experiencia interior
Un Dios cercano
Abiertos al proyecto de Dios
La Madre
Recuperar la frescura del Evangelio
Responder a la luz
Una nueva etapa
Nuestra gran tentación
Escuchar a Jesús
A gusto con Dios
Para excluidos
Así quiero morir yo
Nada le pudo detener
Volver a Galilea
Jesús salvará a su Iglesia
Acoger la fuerza del Evangelio
Nueva relación con Jesús
El camino
El Espíritu de la verdad
Abrir el horizonte
Vivir a Dios desde dentro
La intimidad de Dios
Estancados
Con el fuego del Espíritu
Algo nuevo y bueno
Una Iglesia más evangélica
Salir a las periferias

No a la guerra entre nosotros
Una llamada escandalosa
No a la idolatría del dinero
Construir la vida sobre el Evangelio
No excluir a nadie
Sin complejos de inferioridad
Nuestros miedos
La familia no es intocable
Tres llamadas de Jesús
Sembrar
Importancia de lo pequeño
La decisión más importante
Dadles vosotros de comer
En medio de la crisis
Jesús es de todos
Qué decimos nosotros
Aprender a perder
Está entre nosotros
Vivir perdonando
No desvirtuar la bondad de Dios
Por delante de nosotros
Crisis religiosa
Invitación
Los pobres son de Dios
Creer en el amor
No hacen lo que dicen
Encender una fe gastada
Búsqueda creativa
Lo decisivo
Relación de textos bíblicos
Relación de domingos
Créditos

Diseño: Estudio SM

© 2016, José Antonio Pagola

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

© De la presente edición: PPC, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcredit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-3054-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Presentación	3
Con los ojos abiertos	6
Recorrer caminos nuevos	8
Curar heridas	10
Experiencia interior	12
Un Dios cercano	14
Abiertos al proyecto de Dios	16
La Madre	18
Recuperar la frescura del Evangelio	20
Responder a la luz	23
Una nueva etapa	25
Nuestra gran tentación	27
Escuchar a Jesús	29
A gusto con Dios	31
Para excluidos	35
Así quiero morir yo	40
Nada le pudo detener	45
Volver a Galilea	54
Jesús salvará a su Iglesia	56
Acoger la fuerza del Evangelio	59
Nueva relación con Jesús	62
El camino	64
El Espíritu de la verdad	67
Abrir el horizonte	69
Vivir a Dios desde dentro	71
La intimidad de Dios	73
Estancados	75
Con el fuego del Espíritu	77

Algo nuevo y bueno	79
Una Iglesia más evangélica	81
Salir a las periferias	83
No a la guerra entre nosotros	85
Una llamada escandalosa	88
No a la idolatría del dinero	90
Construir la vida sobre el Evangelio	93
No excluir a nadie	95
Sin complejos de inferioridad	97
Nuestros miedos	99
La familia no es intocable	101
Tres llamadas de Jesús	103
Sembrar	105
Importancia de lo pequeño	108
La decisión más importante	111
Dadles vosotros de comer	113
En medio de la crisis	115
Jesús es de todos	117
Qué decimos nosotros	119
Aprender a perder	121
Está entre nosotros	123
Vivir perdonando	125
No desvirtuar la bondad de Dios	127
Por delante de nosotros	129
Crisis religiosa	131
Invitación	133
Los pobres son de Dios	135
Creer en el amor	137
No hacen lo que dicen	139
Encender una fe gastada	141

Búsqueda creativa	143
Lo decisivo	146
Relación de textos bíblicos	149
Relación de domingos	151
Contenido	153
Créditos	155